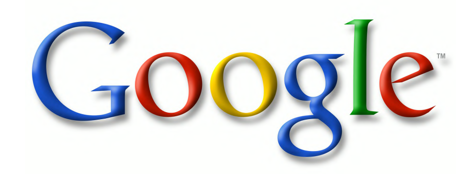
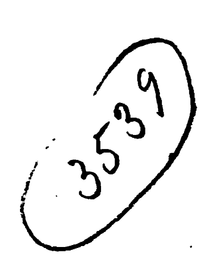




N. 9

9


3539

ENTRETENIMIENTOS

POÉTICOS

DEL

P. F. MANUEL NAVARRETE.

Virginibus, puerisque canto.

HOR. LIB. 3°. ODA 1ª.

TOMO PRIMERO.

MÉXICO.

Imprenta de Valdés,

1823.

AL PÚBLICO.

Á tí, ilustrado público, á tí dedico esta primera edicion de los ENTRETENIMIENTOS POÉTICOS del Cisne Americano *FR. MANUEL NAVARRETE.*

Me hubiera sido fácil elegir para Mecenas *algun*

sugeto distinguido; pero ¿por qué habia de brindar á otro finezas que tú solo me debes? Para tí únicamente he trabajado: Tu instruccion y tu deleite fueron el objeto que me propuse en esta empresa: Tú eres quien me ha de agradecer este servicio: Tú quien ha de leer esta obrita: Y tú, en fin, quien ha de dispensarle la proteccion que para ella solicito, que

es; el conocer su valor, y celebrarla con juicio y oportunidad.

Altamente convencido de estos principios, ni un momento he dudado el consagrarte este trabajo; y tengo la gloria de poder asegurar, que te presento nada ménos que un monumento preciosísimo, *que atestiguará en todo tiempo, que la patria dichosa que*

contó entre sus hijos á tan insigne poeta, no tiene que envidiar en el arte de Apolo, ni al siglo de oro de la sábia Roma; ni á los antiguos primores de la docta Grecia; ni á las modernas producciones de la culta Europa. ¡Digno elogio, que dictó la verdad, pronuncia la justicia, y jamás osará desmentir la emulacion!

Y ¿como me podré figurar que no merecerá tu agrado la publicacion de esta obrita, cuando ella va á enriquecer tanto al tesoro de la bella literatura? ¿Qué espectáculo podrá haber mas interesante á tus ojos, que el presenciar como se va difundiendo en este septentrion el benigno resplandor de las luces, *al paso que se eleva por su*

horizonte el sol hermoso de la libertad!

Acepta, pues, ó público, este sencillo obsequio que gustoso te ofrece

El ciudadano

Alejandro Valdés.

PRÓLOGO

DEL EDITOR.

Tengo la satisfaccion de dar á luz LOS ENTRETENIMIENTOS POÉTICOS DEL R. P. FR. MANUEL NAVARRETE.

Me parece del todo inútil el empeñarme en demostrar el mérito de esta obra, pues saliendo ella al público no pretendo usurpar al lector el derecho que tiene para juzgar por sí mismo de las

producciones agenas; del que ciertamente usaria aun cuando yo tratara de prevenirlo con elogios que al fin no habia de creer sobre mi palabra. Bien seguro estoy de que hallará en estas bellas producciones de un ingenio tan justamente celebrado, aquella dulzura suave y armoniosa, de que tanto se paga nuestro oido; aquellas imágenes vivas y naturales, que parecen poner á los objetos delante de los ojos; y sobre todo, aquella sensibilidad inesplicable, que penetrando hasta el corazon lo deja por algun tiempo profundamente conmovido.

Tambien tengo por escusado el recomendar la utilidad de esta edicion: bastará decir, que es la primera, y que se hace despues de catorce años de ha-

ber muerto el autor. Todas aquellas poesias de este, que se hallan en muchos tomos de nuestros Diarios, donde se insertáron con interválo de años entre las primeras y las últimas, se presentan aquí bajo un solo punto de vista, y colocadas en el órden que me pareció mas oportuno. Igualmente salen muchas piezas que jamás se habian dado á la prensa; pues he logrado tener á las manos bastantes manuscritos, y principalmente una coleccion copiosa, escrita del mismo puño de nuestro insigne poeta.

Hay en la obra algunas notas de este, y otras que yo he agregado: las primeras van designadas con una A. las segundas con una E.

Deseoso de publicar, si me fuese posible, cuantos versos produjo el nú-

men fecundísimo de este célebre AMERICANO, he trabajado con el mayor conato á fin de conseguirlo. ¡Ojalá y aquellos que se hayan ocultado á mi diligencia, ocupen su lugar algun dia en una segunda edicion!

ELOGIO

DE FR. MANUEL NAVARRETE.

POR

D. MARIANO BARAZABAL.

Ó SEA

SUEÑO MITOLÓGICO

DEL ÁRCADE ANFRISO.

ROMANCE ENDECASÍLABO.

Hijas de Jove, la eminente cumbre
Dejad del Pindo, y á la patria mia
Bajad, cual suele del hermano vuestro
La luz hermosa que al viviente anima.
Sí, divas musas, descended ufanas
Al suelo fausto dó la vena rica
Nació del oro, por desgracia suya,
Pues la hizo blanco de la vil codicia.....
Que no de tal riqueza, ni de cuantas
Tiene por dote la morena ninfa

Del vasto septentrion, que no vió Alcides,
Jacta soberbia ni presume altiva.
Américа blasona, sacras deas,
Y forma en ello toda su delicia,
Ó de que vos lacteis sus hijos caros,
Ó de sèr de los vuestros la nodriza.
Á vos toca elegir: no es fácil caso.
¡Oh! luego que sepais la causa digna
Por qué os emplaza mi atrevido lábio,
Disputaréis á América la dicha.
Toda esta esclamacion me figuraba
El ensueño mas dulce de mi vida,
Que si fugado por la eburnea puerta; (1)
Pero no Fobetor (2) lo presidia.
Y es que una noche la pasé en mi lecho
Entregado á tan plácida vigilia,
Cual la de leer *del Cisne Americano*
La hechicera dulcísima poesia.
Morfeo envidioso se acercó invisible
Poco antes que la estrella matutina
Anuncie la alva: y esparció el beleño,
Y de la flor de Adonis la semilla. (3)

XV.

Mas no bastando diligencia tanta
Las alas bate: mata la bujía:
Cierra mis ojos: y el melifluo poema
De mi ya floja mano se desliza.
Empero, no triunfaste, dios del sueño:
Si el cuerpo duerme, vela el alma mia;
Y en las alas del éstasi mas dulce
Mírale hablando con las musas mismas.
La ilusion sigue; yo me veo en la falda
Del Pindo sacro: Las supernas hijas
Del alto Jove con acento blando
Oigo que dicen: „Sube hasta la cima.
No temas; sube, Anfriso, que al Parnaso
Subir merece quien virtuoso aplica
El favor de las musas á su patria;
Y esto ha honrado la série de tu vida.
Yo ménos suficiente que alentado,
La senda estrecha que á la cumbre guia
Piso con luengos desiguales pasos,
Ya bien hollando flores ó ya espinas.
Jamás me viera de la escelsa cumbre,
Á no ser por milagro de las divas,

En *dó* su celestial castalio coro
Tienen las nueve hermanas peregrinas.
Llego: Las miro: Y prosternado apenas
Me deja absorto la vision divina
Cuya pintura el estupor me veda,
Cual imposible á mi profana lira.
Decid vos lo que ví, Piérides almas,
Ó tú, délfico sacro, tú lo digas:
Tú que presides á la par que al cielo
Del sacro monte la mansion elísea.
Mientra, solo diré, que interrogado
Por ¿cual es el asunto que motiva
Mi osada invocacion? respondo firme:
" El almo NAVARRETE: Sus poesias.
¿De cual de vos es hijo predilecto,
Desea saber mi patria, santas divas?
Hoy que las prensas sudan con sus obras,
Y honrarse quiere la tipografia."
Erato dice luego: " mio es el lauro,
Que NAVARRETE solo amor respira;
Y en líricas bellezas basten solo
Las amorosas *flores de Clorila.*" (4).

XVII.

Sorprendida CALIOPE dice: »¿como?
MANUEL cantó de amor; pero ¿te olvidas
De que á mi influjo le premió en su alcazar
Minerva docta las *heróicas rimas?*" (5)
Entónces dice CLIO: »perdona, hermana,
Que si en la *historia* la *epopeya* finca,
Yo, yo la madre soy del almo vate,
Por ese y otros poemas que no indicas."
»Son sus versos retóricos, morales,
Y madre suya soy:" dijo POLIMNIA.
»Mas bien lo fuera yo si aparecieran
Sus bellos dramas:" (6) replicó TALÍA.
EUTERPE con TERSÍCORE disputa
De mil composiciones esquisitas
Lo discreto, lo fluido, lo gracioso,
En el *idilio* y *sátira* festiva.
Aquí la gemebunda MELPOMENE
Un suspiro lanzando dice: »amigas,
Repasad de MANUEL los *Ratos tristes*: (7)
Las flébiles dolientes *Elegías*: (8)
Y si no os deshaceis en dulce llanto
Confesándome luego enternecidas . .

XVIII.

Que yo la madre soy, el Pindo dejo,
Y á morar voy en la laguna Estigia."
»Yo me subiré al cielo, grita URANIA,
Dó el alma de MANUEL estrellas pisa,
Si en el Pindo me niegan ser su madre,
Por sus *Místicos poemas*, de justicia.
¿Quien cantó *la Divina Providencia*: (9)
El vate que entonó *la pura, limpia,
Inmaculada* CONCEPCION gloriosa
(Mitológicos vénia.....) de MARÍA, (10)
Podrá dejar de ser hijo mimado
De musa celestial? ¡Quien lo imagina!
Y puesto que yo soy musa del cielo,
Silencio, hermanas, que la gloria es mia."
La discusion se enciende entre las musas:
¡Qué de imágenes hallan peregrinas
En loor de NAVARRETE! ¡Qué de encomios!
¡Qué digna emulacion! ¡Qué noble envidia!
Sí, mi querida, ¡mi adorada patria!
Yo empeñadas miré á las Nemosinas
Contender por ser madres del que hiciera
La lengua de los dioses mas pulida.

Pero, ¿qué es lo que miro! Cuando estaban
En mas calor, de Júpiter las hijas,
Con nueva refulgente luz hermosa
La inaccesible cúmbre se ilumina.
Una nube mas alba que la nieve
Que descansaba en la frondosa cima,
Descórrese cual velo en dos mitades,
Y al rubicundo APOLO patentiza.
Sentado estaba en una silla de oro,
Tachonada de estrellas diamantinas:
El SEMI-DIOS MANUEL al diestro lado
Y al opuesto la AMÉRICA se vian.
"Hermanas, dijo el dios, Pierides, basta.
Mi Hijo es este. Su madre esta Gran INDIA,
Deidad del septentrion. El Amor su ayo.
Vosotras, claras musas, sus *nodrizas*......
En aquel nuevo mundo se levanta
Otro nuevo Parnaso, y la justicia
Manda: que un nuevo APOLO en NAVARRETE
Ocupe mi lugar, y le presida.
Decidle á ese atrevido anahuacense,
Ese que, cual mi rio, se denomina

Anfriso, (11) que en el Pindo no hay tiranos....
Y aplaudo su patriótica osadía.
Que á su patria se vuelva, proclamando
Á este su compatriota y mi delicia;
Nó *al Cisne Americano*; *al nuevo Apolo*,
Y....." yo despierto, y la ilusion termina.

---

(1) Finge la fábula, que los sueños de cosas que resultan verdaderas salen por una puerta de cuerno, y los que solo son ilusiones de la fantasia, por una de marfil.

(2) Dios que presidia los sueños funestos y espantosos.

(3) Muerto Adonis por un jabalí, fué convertido en amapola, cuya semilla es la adormidera.

(4) Pág. 7. tom. 1.

(5) Pág. 95. tom. 2.

(6) El autor de este elogio tiene noticia de que el sábio *Navarrete* hizo piezas dramáticas.

(7) Pág. 1. hasta la 77. tom. 2.

(8) Pág. 78. á la 91. tom. 2.

(9) Pág. 101. á la 220. tom. id.

(10) Pág. 221. á la 249. tom. id.

(11) *Anfriso*, rio de Tesalia en cuyas orillas vivió Apolo, cuando desterrado del cielo guardaba como pastor los ganados de Admeto.

MEMORIA SUCINTA

DE LOS PRINCIPALES SUCESOS DE LA VIDA DE *FR. MANUEL NAVARRETE*, CON ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE SUS POESIAS.

ESCRITA POR UN ÍNTIMO AMIGO SUYO.

El *R. P. Fr. JOSÉ MANUEL MARTINEZ DE NAVARRETE*, á quien generalmente sólo se llama *Fr. Manuel Navarrete*, nació en la Villa de ZAMORA, perteneciente al Obispado de Michoacan, el dia 18 de Junio del año de 1768. Fueron sus padres *D. Juan María Martinez de Navarrete*, y *Doña María Teresa Ochoa y Abadiano*, ambos naturales de la misma Villa, y personas de distinguida nobleza. No fué dado á nuestro poeta el gozar de las ter-

nuras de un padre amante y bondadoso, pues la muerte se lo robó á los cuarenta dias de haber nacido. Pasó su infancia en el lugar de su nacimiento, y en él se le enseñó á leer y escribir, y se le dedicó al estudio de la latinidad, bajo la direccion de su preceptor D. Manuel Cuevas. Los progresos que hizo en el conocimiento del idioma, y las ventajas con que escedió á sus condiscípulos, fueron, digámoslo así, los primeros vislumbres con que se anunció este futuro manantial de luz.

Por cierta decadencia de fortuna que sobrevino á la familia, pasó, siendo todavia pequeñito, á la ciudad de México, en compañia de su primo el Lic. D. José Manuel Abadiano; con el fin de destinarse allí en el comercio: y en efecto fué admitido en una tienda situada por el portal de la Diputacion. No puede caber duda de los conocimientos que adquirió en aquel ejercicio, ni de la honradez con que se manejó en él, pues en el año de 1787 lo comisionó su patron para que fuese á espender una memoria á un paraje, que parece haber

sido el real de minas de Temascaltepec. Sentia nuestro jovencito que lo llamaba Dios para el estado religioso; por lo cual, despues de rendir las cuentas del encargo que se le habia confiado, pidió licencia á su patron para separarse de aquel giro, y se trasladó á Valladolid, estando allí su hermano D. Blas, quien le proporcionó el viaje para Querétaro, donde tomó el habito del SERÁFICO SAN FRANCISCO en el convento de la provincia de Michoacan, *de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo.*

Concluido el tiempo del noviciado, hizo su profesion religiosa, y lo mandaron sus prelados al convento de recoleccion del Pueblito, con el objeto de que en él recordase y perfeccionase la latinidad, que habia aprendido en su niñez, como ya queda dicho. Concluido este estudio se restituyó al convento de Querétaro, á la espectativa de la filosofia, que por estatuto de la religion debia estudiar tres años: y en esta vacante fué cuando hizo los primeros ensayos de sus versos. Se dirigió, en fin,

para cursarla al convento de Celaya. Estaba aun adoptada allí, por aquellos tiempos, la doctrina peripatética, y vista con ceño la moderna; pero nuestro joven corista mostró tanto desafecto á la primera, y se aficionó tanto á la segunda, que desertado de la aula se asoció con un compañero suyo llamado Fr. Victoriano Borja, y entre ambos estudiaron la filosofia de Altieri. Acabado este trienio regresó al convento de Querétaro, donde estudió la sagrada Teología.

Estando ya en disposicion para poderse dedicar á los ministerios á que lo destinara su provincia, obtuvo la cátedra de latinidad en el convento grande, y habiendo desempeñado este cargo, se trasladó al convento de Valladolid, y residió en aquella ciudad por un tiempo considerable. Como ya habia recibido la sagrada órden del sacerdocio, quisieron emplearlo sus superiores con utilidad de los fieles; por lo cual lo hicieron ir de predicador á Rioverde, y lo mismo á Silao, donde fué tambien comisario de la órden tercera; y en el ejercicio de estos púlpitos permaneció algunos años. Ya en

los últimos de su vida fué nombrado cura párroco de la Villa de S. Antonio de Tula, la cual está situada en la intendencia de S. Luis Potosí, y es una de las misiones pertenecientes á Rioverde, cuyo curato se sirve por uno de los mismos padres misioneros de la órden de S. Francisco. Aquí fué donde concurrió con el Illmô. Sôr. Obispo de Monterey Dr. D. Primo Feliciano Marin, y aquí donde se captó el singular aprecio con que lo distinguió este sábio prelado. Finalmente, pasó al real de minas de Tlalpujahua, con el motivo de haber sido promovido para la guardiania de aquel convento.

En toda esta série de tiempos y de ocupaciones, cultivó NAVARRETE la poesia, á la que siempre tuvo una particular inclinacion. Desde que seguia su carrera literaria en la ciudad de Celaya, procuraba robar á sus quehaceres cuantos ratos podia, para consagrarlos á las musas; y así es que entónces salió á luz manuscrita su primera composicion en verso heroico y patético, hecha con motivo de la muerte de su madre, á la

cual tituló *Noche triste.* Esta obra fué como una piedra que descubrió el precioso mineral de donde habia salido. En ella se advierten aquellas esclamaciones enérgicas, que solo pueden nacer del alma cuando está penetrada de un acerbo dolor: aquellos sentimientos puros de que tanto se honra la especie humana: y por último, aquellos rasgos de la naturaleza que jamás la afectacion ha sabido, ni sabrá remedar. Todavia una palabra mas acerca de esta escelente elegía: Ella está puesta en un estilo verdaderamente sublime: en aquel estilo que desdeña los adornos postizos, que no hacen mas que poner trabas á la sencillez.

Entregado el autor en los años subsecuentes al estudio de la poesia, su primera escuela y dechado fué el Parnaso Español, donde se hizo de lo que se llama gusto; el que perfeccionándose en otras obras, especialmente en la de Melendez Valdes, depuró su ingenio hasta elevarlo al punto de finura y delicadeza que muestran sus composiciones. Á proporcion que las iba trabajando estuvo á la mira de reservarlas, y mantuvo esta precaucion

por el tiempo de once años; en cuyo periodo las revió, corrijió, y aumentó. Componian estas un volumen en cuarto cuando se crió el Diario de México en el año de 1805. Por este conducto se publicaron muchos de sus versos, y el aplauso con que se recibieron fué como la campana que llamó la atencion general. Preguntábase al Diarista por el nombre de este autor, pues al fin de ellos solo se leían las tres iniciales F. M. N. y se formaba empeño en saber ¿á qué lugar de nuestro continente habia tocado la dicha de servirle de patria? Muchos y muy apreciables poetas, que constituidos en una especie de ARCADIA ilustraban al Diario con sus composiciones, le tributaron en ellas los mas grandes elogios. Hicieron mas: Lo eligieron por su MAYORAL, y aun pensaron en hacer un viage hasta el lugar donde residia, solo por tener el gusto de conocerlo. La sábia Universidad de México, esa madre fecunda de tantos hombres grandes, dió tambien su voto, y de un modo bastantemente decisivo, en favor del escelso númen de nuestro NA-

VARRETE; pues en un Certámen literario que celebró en el año de 1809 asignó el primer premio destinado para la poesía, á un canto de este que habia sido presentado pará entrar en el crisol de la crítica, en competencia de otros muchos. Y ¿á quien no causará admiracion el saber, que sus mejores composiciones salieron de sus manos » cuando (para usar de las espresiones de un sábio amigo suyo) (*) yacia soterrado en las montañas de la Villa de Tula, desde donde, como Ovidio desde el Ponto, remitia sus obras tan bellas y limadas, como si salieran de la mejor Academia de la Europa; no de otro modo que Bergier admiró al mundo sábio, y confundió al Déismo con su preciosa obra, trabajada en las serranias y malezas de los Pirineos! »

Si notare alguno que entre los versos de nuestro autor abundan tanto los del género erótico, queriendo deducir de aquí consecuencias acerca del estado en

(*) *El Lic D Carlos María Bustamante* en la Necrología del *P. Navarrete*, que insertó en el diario de 9. de agosto de 1809.

que se hallaba el corazon del poeta, reflexione, que muchos partos del ingenio deben su ser únicamente á la fantasia; sin que haya razon que baste á persuadir, que sea fuerza tenerlos por hijos de algun afecto de la voluntad. Puede tambien tener presente, que al enviar NAVARRETE sus poesias á *Fabio*, nombre que da á su hermano *D. Blas*, le dice:

» Las mas veces instado
» de la amistad y el ruego,
» en *agenos amores*
» canté agradables métros."

Así consta, y consta igualmente que las dos traducciones de unos versos de Galo, y la de otros de Angelo Policiano, las hizo de órden del Rmô. P. Fr. José María Carranza, varon muy docto de la provincia franciscana de Michoacan, quien pretendió conocer de este modo los tamaños de nuestro poeta; y habiendo quedado muy complacido quiso acabar de formarlo poniéndole en las manos el arte, del que se aprovechó Fr.

MANUEL maravillosamente; ya en la correccion de sus *Ratos tristes*, ya en la formacion de otras obras posteriores.

Es muy dificil entre sus poesias señalar las piezas que sobresalen mas por su mérito, pues no hay duda que los génios originales son fecundos en cualquiera clase de composiciones; pero es fácil hacer ver, que acertó á dejarnos en todas ellas lo mas precioso y selecto que se puede encontrar en el ramo á que corresponden. Por eso en el estilo alegre y jocoso ya nos presenta, como en *las Flores de Clorila*, á la naturaleza engalanada, risueña, y festiva, rebozando solo placeres: Ya toma sus colores de los objetos mas triviales, y nos pinta con la mayor viveza la alma cándida y pura de *la inocente Anarda*: Ya se pone á acompañar con sus blandos acentos los tonos concertados de *la música Celia*: Ya se entretiene en celebrar á *la Pollita* predilecta de la hechicera *Clori*. Si fijamos la consideracion en sus composiciones sérias y magestuosas, como son las sagradas y morales, verémos ¡con cuánta magestad elige los conceptos! ¡con

cuanto decoro los trata! ¡con cuanto respeto los espone! Él nos lleva de la mano, y nos enseña: ¡como pregonan todas las criaturas, que vela sobre ellas una PROVIDENCIA bienhechora! Él nos llena del mayor entusiasmo cuando toma á su cargo el alabar *el triunfo que consiguió la gracia en la* CONCEPCION *inmaculada de MARÍA.* Él nos hace erizar de horror representándonos la situacion lamentable de *una alma desdichada, que ha sido privada para siempre de la gloria.* Y ¿jamás alguna lira ha sido pulsada con tanta suavidad como la suya, al compás melancólico de la triste elegía? Digánlo sus *Ratos*; aquellos *Ratos* que parece que los formó la misma Melpomene, al lado de un espectro, ó en la pavorosidad de los sepulcros, rodeada de los despojos de la muerte.

Muchos censores juiciosos é instruidos, han sido de parecer que la poesia lúgubre era el caracter mas natural de NAVARRETE; pero á pesar de la generalidad con que así se piensa, y del respeto con que debo mirar las opiniones de los inteligentes, me atreveré á de-

cir, que su verdadero caracter era, en mi concepto, la sencillez en la poesia pastoril. Me fundo en que no hay una sola pieza de esta clase en que no se vea bajo de esa misma sencillez una sublimidad á la que ciertamente no llegaron los mas afamados autores en sus obras compuestas en aquel estilo. Despues de haber arriesgado este juicio, que quiero sujetar á la desision de los sábios, añadiré: Que todas las poesias de nuestro insigne *Zamorano*, llevan consigo como una carta de recomendacion para que las apreciemos mas los Americanos; por haber sido producidas en nuestra patria, y por un paisano nuestro que careciendo de aquellas ideas de comparacion que se adquieren con la residencia en diversos paises del mundo, y destituido alguna vez aun de los libros precisos, pensó por sí, y escribió por sí, recurriendo á sus propias reflexiones, y á una imaginacion admirablemente fecunda.

Tal fué NAVARRETE considerado como poeta. Si no temiera yo cansar al lector con la dilacion, me complaceria en formar aquí un cuadro que lo re-

presentara copiado con todas aquellas prendas que hacian tan delicioso su trato personal; pero sacrificando este gusto en obsequio de la brevedad, lo mostraré en una pequeña miniatura, ó por mejor decir, en un ligerísimo bosquejo.

Concedió el cielo á este hombre aquellas preciosas cualidades que constituyen á un sujeto verdaderamente amable en una sociedad. Tocole una alma verdaderamente noble, por lo que siempre aborreció todo género de bajezas. Su caracter fué sumamente ingénuo, y la doblez y el artificio, fueron vicios para él absolutamente desconocidos. Sus modales fueron afables; sus pensamientos sanos; y su conversacion en estremo agradable. Su pobreza no le impidió ser franco, y muchas personas le vieron ejecutar acciones bastante generosas. El cuidado con que reservó sus poesias por tantos años; siendo así que por lo comun se nota en los poetas un flujo irresistible de espetar á todos sus produccio-nes, bien ó mal digeridas, es un argumento convincente de su moderacion, y de la desconfianza que tuvo de sí mis-

mo. El juicio que formó de ellas al remitirlas á su hermano, prueba claramente su humildad. El elogio que hizo á Carlos IV. por haber manifestado, que le desagradaba *el tormento*, es un testimonio de que fué opuesto á la violencia. Mas entre tantas virtudes como lo adornaron, campeaba y se llevaba la atencion su filantropía. No le faltaron acaso en el discurso de su vida graves persecuciones; pero él amó sinceramente á los autores de estas: Me parece que de ellos se estaba acordando, cuando en su 4.º *Rato triste*, despues de asegurar que solo por sus penas vivia en las soledades, y que no era enemigo de sus semejantes, añadió con tanta mansedumbre:

» Y aunque entre muchos de ellos me imagino
» Como entre hambrientos lobos mansa oveja,
» De nadie formo queja
» Porque así lo dispone mi destino."

Si tal fué su porte respecto de esos hombres, ¿cuales serian las efusiones de su corazon, reservadas para aquellos sujetos con quienes vivió unido por los

dulces lazos de una estrecha amistad? Dilo tú por todos, *¡oh sin igual tiernísimo* FILENO! (**) tú que fuiste depositario fiel de los arcanos de su pecho, y á quien profesó mas que á nadie un cariño de que te hacias tan acreedor; Dí..... pero nada digas, porque es bien claro que le hubiera sido imposible el componer muchas de sus obras, á no haber estado dotado de una esquisita sensibilidad. Por lo que toca á sus lineamentos esteriores fué alto de estatura; blanco; de ojos azules; de pelo castaño y rizo; de buena presencia; de semblante halagueño; y de talle naturalmente airoso.

Nadie se imagine que he formado aquí una descripcion estudiada no de lo que él fué; sino de lo que debia haber sido; como la que hizo Plinio de Trajano, y Marco Tulio de su Orador. Soy sincero,

---

(**) Así llama en su *B. Rato triste á Fileno*, nombre que dió á su muy amado amigo *R. P. F. Vicente Vittoria*, franciscano de su misma provincia, y actualmente Custodio de Rioverde.

no pretendo engañar al público, y aseguro: *Que en lo que he dicho ni siquiera hay exageracion.*

Este insigne poeta tan favorecido de las musas, este hombre tan amable en el trato de la sociedad, terminó la carrera de su vida hallándose de Guardian en el real de minas de Tlalpujahua. Poco tiempo llevaba de residir allí cuando se sintió atacado de una retencion de orina, que léjos de ceder á los remedios que se le aplicaron, se obstinó en tales términos, que fué preciso administrarle los santos sacramentos. Hallándose en esta situacion, hizo salir de su recámara á una Señora anciana que lo cuidaba, llamada *Doña Josefa Silva*, con pretesto de enviarla por un medicamento; y aprovechandose de aquel intervalo, puso fuego á sus manuscritos. ¡De cuantas preciosidades nos privaria este incendio! En él se sabe que perecieron treinta Sonetos dirigidos á *Anarda.* Agravose la enfermedad de todo punto, y con tal rapidez, que en el cuarto dia espiró NAVARRETE á las once y me-

dia de la mañana. Acaeció su muerte el dia 19 de julio del año de 1809, á los cuarenta y un años de su edad. Fué sepultado su cadáver al siguiente dia en la iglesia del mismo convento. Confieso que me faltan espresiones con que significar lo amargo de mi pena..... ¡Lector! si eres sensible, añade aquí una lágrima á las muchas que entónces derramaron sus parientes y amigos.

Los elogios de tan recomendable varon deberian escribirse por un Salustio, ó un Plutarco, que ensalzaran del modo debido el relevante mérito de un AMERICANO cuya fama pasará, para honor de su patria, á las mas remotas generaciones.

ENTRETENIMIENTOS

POÉTICOS.

I.

Qui legis, tuam reprehendo si mea laudas omnia, estultitiam; si nihil, invidiam.

OWEN.

Tu estulticia reprehendo,
lector, si en todo me alabas;
y tu envidia, si me niegas
en parte las alabanzas.



En la remision de estas poesias

Á FABIO.

Como en triste sepulcro
en un estante viejo,
condenados á olvido
yacian mis pobres versos:
Pero á la voz que manda
en todo lo que tengo,
fueron saliendo todos
los miserables muertos.

Dame pena el mirarlos
carcomidos del tiempo,
animándome á darles
algun semblante bueno.
Ya les quito, les pongo;
y al fin de todo advierto,
que en vano se compone
lo que de suyo es feo.
No obstante, Fabio, al modo
de anatómico diestro,
que un esqueleto forma
de carcomidos huesos:
De la misma manera
por solo tus preceptos,
hice este como Libro,
de mis mohosos versos.
Hacerte yo querria
un ramillete ameno,
del monte de las musas,
con floridos conceptos:
Pero, ¡vanas fatigas
de inútiles deseos,

si Apolo no me inflama
con su divino fuego!
En juveniles años,
y alegres pasatiempos,
el amor fué mi númen:
¿cuales serán mis versos?
Pero debo advertirte,
que de su blando plectro
no siempre me he valido
en algun propio empeño.
Las mas veces instado
de la amistad y el ruego,
en agenos amores
canté agradables metros.
De aquí nace la especie
de nombres tan diversos,
Filis, Doris, Clorila,
y otros mil sobrepuestos.
En todos, ya supongo,
por todos sus aspectos
la falta del adorno,
y tambien del ingenio.

4.

Pero tú, bien lo sabes:
el alcázar supremo
de las ciencias no he visto
sino muy á lo léjos.
Por eso me disfrazo
en simple zagalejo,
y en humildes cabañas
las mas veces me sueño.
Por eso á mis muchachas
por los campos las llevo,
ya tejiendo guirnaldas,
ya guardando corderos.
Por eso....... pero basta
de por esto y aquello:
cada cual reproduce
el caracter del genio.
Por último, te encargo,
que no pongas mis versos
donde malignos momos
tal vez puedan morderlos.
Despues mas que descuides
de ratones perversos,

de crueles polillas;
y otros animalejos.
Aquellos son peores;
porque aunque estos, es cierto,
que devoran las hojas;
pero el honor aquellos.
Y en este caso, estaban
mejor mis pobres versos,
como en triste sepulcro,
en un estante viejo.

PRÓLOGO

INGENUO.

Dirá quien mis versos lea
 tal vez sin ningun primor:
 Váyase el rudo pastor
 á cantar allá á su aldea.
Mas para cuando así sea,
 desde ahora mi musa acuerda
 decirle, pues que discuerda
 con su oido mi estilo llano:
 Vaya el necio ciudadano
 con su crítica á la mí—
 ré—fá—sol—lá. *Esto es á co-*
 mer con música, que son dos
 gustos á un tiempo.

LAS FLORES DE CLORILA

DEDICADAS Á FILENO.

PRÓLOGO.

¿Quaeris unde mihi toties scribantur amores?
¿Unde meus veniat mollis in ore liber?
Non hoc Caliope, non hoc mihi cantat Apollo;
Ingenium nobis ipsa puella facit.

PROPER. lib: 2.º eleg. 1.ª

Traduccion libre.

¿Preguntarás acaso,
lector, si en mis acentos
tienen parte los dioses
que cuidan de los versos?
Respondo, que ninguna;
sino que el rostro bello
de una hermosa muchacha
ha templado mi ingenio.

Clorila, sí, Clorila
la pastora que quiero
inflama mis versillos
con su amoroso fuego.
¿Para que son de Apolo
inspirantes reflejos,
si me influye mas suave
la luz de sus ojuelos?
¿Pues que si de sus lábios,
de sus lábios risueños
la sonrisa imagino?......
Helicones no quiero.
Lejos de mí el Parnaso,
que ya para hacer versos,
sí, lector mio, á Clorila,
á Clorila me atengo.

ODA 1.ª

Los versillos sabrosos
que cantaba á Clorila,
zagala del ameno
valle de las olivas:

Alegres producciones
fueron de aquellos dias,
que entre gustos se pasan
cual sombras fugitivas.
Hoy á su rudo lábio
mi musa campesina
los vuelve, acompañados
de su avena festiva.
Escucha pues, Fileno,
en dulces cancioncillas,
amores inocentes
de Silvio y su Clorila.
Como en un ramillete
advierte en esta obrilla,
las mas preciosas flores
que los tiempos marchitan.
¡Ay edad halagüeña!
huyeron tus delicias,
sin dejarme otros frutos
que punzantes espinas.
Espinas, ¡ay, Fileno!
que en la restante vida,

el corazon me pasan,
y el contento me quitan.
¡Ay agradables ratos,
cuando á la verde orilla
de una fuente risueña
estaba con Clorila!
¡Cuando á la fresca sombra
de robustas encinas,
cantábamos iguales
mil amorosas dichas!
¡Ay, hermosa muchacha:
la memoria afligida
esprime por los ojos
estas tristes reliquias!
Como quiera que sean
estas *flores, ó espinas,*
á tus aras, Fileno,
mi afecto las dedica.
Allí estarán honrando
nuestra amistad antigua,
que durará, no hay duda,
mas allá de la vida.

ODA 2ª

Como yo cuando canto
del pueblo me retiro
al silencioso bosque
de cedros y de pinos:
Ó á la orilla agradable
de los sonoros rios:
ó al valle donde pacen
mis mansos corderillos:
Seguro me contemplo
de censores malignos,
que por las propias obras
juzgan agenos dichos.
Heme de holgar ahora
con algunos versitos,
que á Clorila cantaba
allá cuando era niño.
Sus flores, ó sus gracias,
que todas son lo mismo,
cantar quiero. Tu flauta
me presta, ó Cupidillo.

Sí, Cupidillo tierno,
muy mole, muy blandito
me inspira, que no me oyen
los censores malignos.
Así te ofrezcan dones
Chipre, Amatunta, Gnido,
todo el mundo: ¿pues donde
no te hacen sacrificios?
Ni el joven floreciente,
ni el anciano marchito,
se desdeñan de darte
culto no merecido.
Á los ardientes soplos
de tu madre, yo he visto
que en tus aras se queman......
rubor me da el decirlo.
Basta, amor: lo que importa
es, que con blando estilo
me inspires, que no me oyen
los censores malignos.
Despierta en mi memoria
los sabrosos versillos,

que á Clorila cantaba
allá cuando era niño.
Mas de modo, que siendo
de mi Clorila dignos,
lo sean tambien de todos
los honestos oídos.

ODA 3ª

Por la márgen de un rio
que mansamente corre,
la zagala Clorila
cogiendo estaba flores.
Una le pido, y ella
tan inocente entónces,
á escoger de las que echa
en sus faldas me pone.
Su confianza respeto;
mas entre tanto dióme
palabra de ser mia
en lícitos amores.
Pasó el verano: vino
el otoño; y conformes

fueron siempre los frutos
á sus honestas flores.
Aprended, zagalejas,
y vosotros pastores,
á disfrutar placeres,
que no son los de Dione.

ODA 4ª

Un grupo delicioso,
por natural milagro,
de entretegidas flores
formó el ameno prado.
Entrose allí Cupido
á descansar un rato,
de aquellas travesuras
agenas de un muchacho.
De los pequeños hombros
baja el carcax dorado,
y en el florido lecho
se entrega al sueño blando.
Como otras ocasiones
salió Clorila al campo,

á engalanar su frente
con lo mejor del mayo.
Echa mano del grupo,
donde dormido acaso
estaba el hijo hermoso
de Venus muy amado.
¡Quien creyera! ya fuese
por voluntad del hado,
ó por otra cualquiera
hechura del acaso:
Entre claveles rojos,
y entre jazmines albos,
no sé como, enredóse
el diosezuelo incauto.
Las alas temblorosas
bate el rapaz cuitado,
para quedar asido
mas y mas con los lazos.
Admirada Clorila,
suspensa estuvo un rato;
pero luego entretege
al amor con los ramos.

Á su frente lo lleva,
y el amor, mas ufano
que si la misma Venus
lo pusiera en sus brazos,
Desde allí á los pastores
que coge descuidados
les dispara sus flechas,
que son ardientes rayos.
Pues yo, que á tu guirnalda
la estoy siempre mirando,
y vengo á ser por esto
de amor el mismo blanco:
¿Como tendré este pecho,
Clorila? Con mil dardos
lo siento: sí, Clorila,
lo siento atravesado.
¡Ay! suelta al picarillo,
y á la alma Venus dalo,
què menos que en tus flores
hará en su seno daños.
¡Ay! suéltalo, Clorila,
que viejos y muchachos

se quejan en la aldea
de su fogoso estrago.

ODA 5ª

Calle la fama ahora
de Chipre, y no me diga
que sus alegres huertos
ofrecen mil delicias.
El huerto compendiado
de mi bella Clorila,
contiene menos flores;
pero de mas estima.
Cuando estoy asaltado
de negra hipocondria,
me brinda mil placeres
en estas flores mismas.
Claveles en sus lábios
de púrpura encendida,
en sus ojuelos yedras,
rosas en sus mejillas.

¿Que dices, Venus blanda,
del huerto de Clorila?
¿Son así ó se parecen
tus chipriotas delicias?
¡Que distancia tan grande,
ó Venus, se divisa
entre unas y otras flores,
aunque tú lo resistas!
Aquellas aparecen
con agudas espinas;
pero estas, aunque gratas,
son de honestas delicias.
Sí, Venus, y te juro
que á pesar de tu envidia,
no se ajarán las flores
de mi amada Clorila.

ODA 6ª

Con otras zagalejas,
un dia de verano,

por modo de paseo,
salió Clorila al campo.
Cuando daban la vuelta,
traían en las manos
hacecillos curiosos,
de flores matizados.
Sobre las rúbias trenzas,
que el aire iba soplando,
se ostentaban las rosas
que habian entrelazado.
Dispuso la fortuna
que yo saliera al paso:
Clorila diome luego
un muy gracioso ramo.
Ramo que habia sido
lisonja del olfato,
émulo de los otros,
y honor ya de mi mano.
Algunos pastorcillos
que supieron el caso,
su inocencia y mi dicha
gruñeron y ladraron.

Mas yo digo á Clorila:
¿cuando vuelves al campo
con otras zagalejas
un dia de verano?

ODA 7.ª

Esas que los zagales
llamamos chupa-rosas,
tras tu guirnada vuelan,
Clorila, á todas horas.
Algunos pastorcillos
émulos de mi gloria,
andan tambien como ellas
al olor de sus rosas.
Á todos los desprecia;
porque estos y las otras,
son por rumbos opuestos
hambrientas chupa-rosas.

ODA 8ª

De su guirnalda misma,
y con su misma mano,
Clorila en mi sombrero
puso el mas bello ramo.
Traía acaso entónces
un hermoso durazno,
agradable primicia
del huerto que yo labro.
Díselo; y ella luego
lo echó en su seno blando,
en señal cariñosa
de merecer su agrado.
De este modo Clorila
advierte que su mano
no cultiva la tierra
de algun estéril campo.
No faltó quien dijera,
que los lances trocamos;
pero si bien lo dijo,
no lo sé, ni lo indago.

Solo sé que en mi pecho
sentí un placer estraño;
pero tan dulce y vivo
que......... no podré esplicarlo.
Por esto á mi Clorila
le digo cada rato:
dame flores, Clorila,
y te daré duraznos.

ODA 9.ª

Sobre la blanda yerba
de una selva florida,
sus párpados al sueño
entregaba Clorila.
La celestial fragrancia
de su cara divina,
un enjambre de abejas
convoca á toda prisa.
Cual se pega á los lábios,
y quien á las mejillas,
por dar á sus colmenas
de tan sabroso almibar.

Clorila que despierta:
y tantas abejitas
fueron luego despojo
de sus divinas iras.
Á vista del suceso,
que á todos intimida,
en rústicas zampoñas
no hay zagal que no diga:
Que el amor liba solo
las flores de Clorila;
y para Silvio, y no otro,
sus panales fabrica.

ODA 10.ª

En pos de tu guirnalda
estoy, Clorila, viendo
mil simples mariposas,
mil tiernos zagalejos.
¿Cual es mayor, discurre
por contrarios estremos,
si de aquellas lo incauto,
ó la malicia de estos?

Si respuesta acertada
me dieres, te prometo
un çabrito manchado,
que aun no asoma los cuernos.

ODA II.ª

Ajar las tiernas flores
de mi dulce zagala
quieren pastores necios
con maliciosa instancia:
Pero aunque ellos parecen
pajarracos que graznan,
cuando viles no ensucian
las flores que intentaban.
Yo, como centinela
de sus flores amadas,
advierto que su dueño
con recato las guarda.
Y al instante cogiendo
la honda necesaria,
á los pájaros bobos
les tiro esta pedrada.

Aves de mal agüero,
mil veces mal os haya;
y que os sean como espinas
las flores de mi amada.

ODA 12ª

Un sueño misterioso,
dulce Clorila, atiende,
me lleva por un prado
de flores muy recientes.
Hacer una guirnalda
allí se me previene,
mas ¡ay! que un áspid sale
de entre el florido albergue.
Grito, corro; y el susto
del letargo me vuelve:
y ya despierto, acaso
será bien que te ruegue:
Que no me des motivo
jamas porque me queje
de los sueños, que pintan
entre flores serpientes.

ODA 13ª

Un ramillo de flores
lleva en su pecho blanco
la zagala que adoro,
muchacha de quince años.
Al olor que despiden
las joyuelas del mayo,
siguenla los pastores
que encuentra por el campo.
Cércanla como avejas,
pero, vamos al caso,
todos huelen las flores;
mas nadie lleva el ramo.
Yo, que detras de todos
me divierto mirando,
al enjambre inesperto
este versillo canto:
Apartaos, zagalejos,
Clorila me ha contado,
que á sus flores no llegan
insolentes muchachos.

ODA 14.ª

Como nunca de hermosa
la zagala Clorila
se presenta á mis ojos
haciendo florecitas.
Ya construye una rosa
que emúla sus mejillas:
ya una blanca azucena
que su candor imita.
Ya un clavel cuyas hojas,
segun su roja tinta,
parece que salieron
de sus lábios teñidas.
El azul de sus ojos
en una yedra tira.........
Yo creo que mi zagala
se retrata á sí misma.
Así que ha completado
su produccion florida,
de su rubia madeja
se desata una cinta.

*

Una guirnalda teje,
y con su mano misma
ciñe mi alegre frente,
por coronar mis dichas.
En la estacion risueña
no sale á las campiñas
mas galan el verano
á espensas de su ninfa,
Como yo, zagalejos,
me presento á la vista
de toda la cabaña,
por mi amada Clorila.
Ayudadme, pastores,
á celebrar mis dichas,
y al son de nuestras flautas
conmigo todos digan:
¡Ay zagaleja hermosa!
tu Silvio te suplica,
que con tus bellas flores
otra frente no ciñas.

ODA 15ª

Un niño pequeñuelo
con inocente mano
jugaba con las flores
de un delicioso prado:
Así se divertia,
y con gorgeos blandos
engañaba del tiempo
algunos tristes ratos.
Mas ¡ay! furiosos vientos
que corren desatados,
deshojando las flores
lo privan de su encanto.
Llora el niño........ y entónces
viendo que es un retrato
de amor, delicia, ofensa,
todo lo que ha pasado:
Te ruego, mi Clorila,
que de algun fiero agravio
no deshojadas sean
las flores que yo canto.

ODA 16.ª

Auséntase Clorila,
y en este mismo instante
que es de todas mis dichas
el triste último vale:
Mi corazon, si puedo
de este modo esplicarme,
como el campo se queda
cuando el verano sale.
Á Dios, digo, *Clorila*:
y pues contigo parten
las flores que conmigo
no permiten quedarse:
Te pido las defiendas
del invierno que sabes,
no con un torpe yelo
vayan á marchitarse.
Ella me lo asegura
con aquellos modales,
que su dulce inocencia,
tiene para estos lances.

Y mientras que no vuelvan
las flores de mi amante,
estese mi cañuela
pendiente de este sauce.
Y el hijuelo de Venus
que dictó estos cantares,
la mas amarga ausencia
á llorar me acompañe.

LA INOCENCIA.

DEDICADA

Á LA ARCADIA MEXICANA. (1)



DEDICATORIA.

¿Con qué podrá mi musa,
ARCADIA MEXICANA,
darte por tanto elogio
las mas debidas gracias?

(1) Hallándose el autor de misionero en la villa de S. Antonio de Tula, colonia del nuevo Santander, en el año de 1807, dedicó las diez siguientes Odas á los poetas cuyas producciones salian entónces en los diarios de México: á quienes habla en la siguiente Dedicatoria, bajo de aquellos nombres que ellos daban á sus versos. E.

¡Oh tú, *Quebrara* amable,
que en producciones tantas
la suave esencia quinta
de las Piérides sacas:
Y tú, melifluo *Mopso*,
que de tu lira blanda
privaste á los que atentos
sus tonos escuchaban.
Y tú, fogoso *Arezi*,
á quien la edad no apaga
con sus escarchas frias
de amor la ardiente llama.
Y tú, que tras las hijas
del gran Júpiter andas,
Aplicado, travieso
en las discretas chanzas.
Y tú, que misterioso
en cuatro letras guardas (2)

(2) *J. M. R. C.* Así se firmaba uno en el diario. E.

un nombre que merece
lo publique la fama.
Y tú, *Can-azul* diestro,
que la discordia espantas,
al són de las cañuelas
que te dieron las gracias.
Uribe Deoquin........ todos
los que en el diario se hallan,
tejiéndole á mi musa
diferentes guirnaldas:
Con ellas ha subido
á la cumbre elevada
de Apolo, y hoy se mira
entre las nueve hermanas.
Allá en felice vuelo
de vuestras grandes alas
subió......... ¡milagros todos
de vuestras alabanzas!
¿Con qué podrá, pues, ella
correspondéros grata,
sino con repetiros
lo mismo que os agrada?

Vosotros lo habeis dicho;
y así estas Odas vayan,
que alaban la inocencia
de una simple muchacha.
Ellas son, en algunas
horas desocupadas,
á manera de alivio
de mi tristeza amarga.
Mi musa las entona,
y estas altas montañas
de la villa de Tula
repiten sus tonadas.
Los pastores en ellas
aprenden como se ama;
y á serles siempre fieles
se enseñan sus zagalas.
Escuchadlas, pastores
de la moderna ARCADIA:
escuchadlas benignos,
y perdonad sus faltas.

ODA I.ª

INTRODUCCION.

Cantar de la *inocencia*
los amables candores,
será el mas propio asunto
de mi campestre albogue.
Musa, la que desdeñas
á los sublimes hombres,
que se van á las nubes
en sus grandes transportes:
Y que solo te dignas
animar los cantores,
que entonan agradables
sus humildes canciones.
Tú, que á mi ruego fácil
por estos densos bosques
me acompañas algunas
felices ocasiones:
Ahora mas que nunca
benigna me socorre,

porque de la inocencia
quiero cantar loores.
Loores, que soberbios
allá en algunas córtes,
desprecian los que ciegos
su objeto no conocen.
Y tú, virtud del cielo:
alma inocencia: acorre,
vuela y dale á mi musa
tu merced y favores.
Preséntale tu imágen
bajo el rostro y colores
de la cándida Anarda,
zagala de estos montes.
Y haciendo este milagro,
verás los vicios torpes
que arrastrándose huyen
y en sus cuevas se esconden.
Verás en tus altares
las mas preciosas flores
que brotan los afectos
de nuestros corazones.

y de su seno de ambar
lo arranca y precipita.
Mas luego su ternura,
superior á lo esquiva,
del suelo lo levanta,
y le hace mil caricias.
¿No te acuerdas, Anarda,
de las primeras vistas
que tuvimos? ¡Ay tiempos
de nuestra alegre vida!
Huyeron........ mas dejando,
sin agotar nuestras dichas,
mil motivos gloriosos
de inocentes delicias.
Porque ellos solamente
lo caduco dominan;
no la virtud, que el alma
sus bienes eterniza.

ODA 3.ª

LA SIMPLICIDAD.

Cuando en la dulce Anarda
cual por vidrieras veo
aquella su agradable
inocencia del pecho:
Me acuerdo lo que sábios
decian nuestros viejos
á todos sus muchachos
en pastoriles versos.
Al son de sus zampoñas
cantaban, que hubo un tiempo
en que bajó á los campos
una virtud del cielo.
Los hombres que al mirarla
nuda y de rostro bello,
el nombre de la amable
simplicidad le dieron.
Y que amada de todos
siempre estaba con ellos,

en sus selvas y chozas,
en sus mesas y lechos.
Y que así como el orbe
se aníma por el fuego;
así por ella todos
los humanales pechos.
Pero, que vino un dia
obscuro, en que con ceño
doble la vió el engaño,
de falsedad cubierto:
Que asustóse; y turbada,
dejando nuestros techos,
se fué á las soledades
de los incultos cerros,
Á vivir con la humilde
yerbecita del suelo,
con inocentes aves,
y con mansos corderos.
¡Oh virtud, que en mi Anarda
tienes como un espejo;
así como en la luna
el resplandor febeo!

Tú, liberal la envias
de allá desde tan lejos,
tus mercedes y gracias,
que ella guarda en su seno:
Donde yo cariñoso
y rendido, te ofrezco,
como en ara sagrada,
mil sacrificios tiernos.

ODA 4.ª

LA CORDERITA.

Una mansa cordera
tiene la dulce Anarda,
que yo la dí obsequioso
de mi corta manada.
Sonoros cascabeles
le cuelga en la garganta,
y un penacho le forma
de cintas coloradas.
Érase la ovejita
en la verde campaña,

envidia de las otras,
y hechizo de su ama.
Mas ¡ay! un lobo fiero
que en la noche callada
bajó, cuando yacia
en sueño la cabaña:
Del hambre que le roe
el corazon y entrañas
agitado, la embiste,
y su sangre derrama.
¿Dó, Pan, estás dormido?
¿Por qué tu ronca flauta
con siete horrendas voces
á las fieras no espanta?
Y nó que Anarda triste
hoy llora por tu causa,
sin admitir consuelo,
mil lágrimas amargas.
Pero tu llanto enjuga,
tiernísima zagala,
que si la oveja ha muerto
aquí tienes mi alma.

Mi alma que te quiere
con un amor sin mancha,
como otra corderita,
que te traeré mañana.
Pero, cuidado, mira
que de otros montes bajan
otros lobos, hambrientos
de otras corderas mansas.
Guárdate siempre de ellos.........
de los hombres te guarda,
que carnívoros buscan
á las simples muchachas.

ODA 5.ª

EL PREMIO.

Pídenme las zagalas
que les cante la bella
perspectiva que forma
la alegre primavera:

El caso es venturoso,
pues su favor me empeñan
Lesbia, Lidia, y Anarda,
con mil dulces promesas.
Rendime, pues, gozoso:
rendime........ ¿Y quien pudiera
no rendirse á la instancia
de tres muchachas tiernas?
Á su influjo suave
desatóse la vena,
y espaciose mi musa
por la pintada selva.
Y así cantaba el como
y el cuando á nuestras tierras
se asomaba la diosa
de la estacion risueña.
Y como va sembrando
sus flores por la selva,
que por cogerlas corren
las lindas zagalejas:
Mientras que los pastores
con blandas cañucelas

mil amores las cantan
y sus gracias festejan;
Con otras muchas cosas
que llenaron la fiesta,
y que aunque no son malas,
pero que son ya viejas,
Cantaba: y luego quita
de sus doradas hebras
Lesbia un liston morado,
y lo faja á mi trenza.
Al dedo pequeñito
una ebúrnea fineza
saca Lidia, y al mio
lo hace entrar á fuerza.
¿Que hará entónces Anarda,
la dulce muchachuela,
que mi afecto se roba
con su simple inocencia?
¿Que hará entónces? me mira:
y la cara cubierta
del color que le saca
la virginal modestia:

Se acerca titubeando,
y una blanca azucena
de su albo pecho arranca,
y la pone en mi diestra.
Se oye al pronto un zuzurro,
como el que las avejas
en el hueco levantan
de la obscura colmena:
Porque muchos zagales
que están por la pradera,
discurren......... como todos,
allá con sus cabezas.
Unos, discretos votan
por el prémio de Lesbia,
y otros por el de Lidia
mil razones alegan.
Yo que no entro en disputas,
huí de la contienda;
pero dando al de Anarda
mi amor la preferencia:
Porque en él contemplaba
cifrada su inocencia,

por la que en estos campos
mis versos la celebran.
Por ella, mas que á nadie,
le cantaré la bella
perspectiva que forma
la alegre primavera.

ODA 6ª

LA TORTOLITA.

La tortolilla tierna
que en jaulita curiosa
de mímbres delicados
tenia mi pastora:
La que huérfana vino,
por suerte venturosa,
á morar en su seno,
como en nido de aromas:
La misma que á su dueño
en apacibles horas
su inocencia divierte,
y sus delicias forma:

Esta mañana, es cierto,
de la frágil custodia
saliose, dando al viento
sus alas voladoras.
Saliose cirando en lo alto
de las pajizas chozas
el alcon afilaba
sus uñas trinchadoras.
Éste la sigue, y ella
revolando medrosa,
huye; y por todas partes
las auras leves corta.
Yo entónces preparaba
mis flechas cazadoras,
con que sigo á los Ciervos,
los Pardos, y las Onzas:
Y con certera mano,
y en nombre de la diosa
de los bosques, disparo
una jara sonora.
Silvó el aire: y al punto
en presencia de todas

las Napéas que iban
en séquito de Flora,
Bajó el ave rapante
envuelta en sangre roja,
y la tórtola simple
con vida milagrosa.
Al mirar el suceso,
estaba como absorta
Anarda, y yo la dije
cantándola esta copla:
Anarda, ten presente,
si sales de tu choza,
la malicia del mundo,
tu inocencia, y mi honra.

ODA 7.ª

EL HIJO DE VENUS.

Mirando la inocencia
de Anarda, y lo sencillas

que se muestran las gracias
que la hacen compañía:
La insolencia presume
temeraria sus dichas,
en el culpable goce
de fáciles caricias.
Pero, ¡cuan engañada!
pues mi celo la avisa
del mal en que tropiezan
las imprudentes niñas.
Por esto, aunque inocente,
de las flechas se libra
que amor, hijo de Venus,
le dispara encendidas.
Burlado este muchacho,
emboscábase un dia,
cual cazador que acecha
incautas liebrecillas.
Y oculto entre las ramas
de sus cautelas fia
el triunfo á que aspiraba
de la inocencia misma.

Como otras ocasiones
tras sus corderas iba,
buscando frescas sombras
mi Anarda simplecilla:
Sacó la cara entónces
amor, y la convida
con sabrosas ciruelas,
que allí cortado habia.
Cuando ella advierte el riesgo
de las redes que pisa,
llama á su honor, que acaso
ya en su zagal venia.
Librose: y aquí es cuando
dobladas las rodillas,
el diosezuelo astuto
de la chipriota isla,
Mirando á todas partes,
y juntas sus manitas,
mil puchericos forma
que á mí me hacen cosquillas.
Y llamando á los Faunos
de aquellas serranias,

como testigos fieles,
su amparo les suplica.
Pero al fin de sus votos,
y plegaria infinita,
mezclada con un dulce
torrente de mentiras,
La merecida gala
al pronto se le aplica
que se da á los muchachos
por sus travesurillas.
Las ninfas de los montes
que estaban á la vista,
riendo á carcajadas
la fiesta solemnizan.
Y Cupido de entónces
á mi zagala mira,
como gato escaldado
que huye del agua fria.

ODA 8.ª

LA FUENTECILLA.

En el ameno soto
dó suelo entrarme á ratos,
á repasar memorias
de mis pueriles años:
Hay un ojito alegre
de agua pura, manando
el humor de algun rio
que corre subterraneo.
Jamas se le avecinan
los sedientos ganados,
porque Driadas verdes
lo están siempre guardando.
Al númen del silencio
parece consagrado;
y un no sé qué respira
de sueños y de encantos.
Alguno de estos dias
á su orilla sentado,

contemplaba lo limpio
de sus cristales claros.
Su linfa transparente
mis ojos penetrando,
alcanzaba la vista
los pececillos vagos,
Y las pequeñas guijas,
que allá como en letargo
hundidas en el fondo
se advierten descansando.
Entónces á mi dueño
el símil apropiando,
por su pecho sencillo
que nada me ha ocultado,
Escribí como pude
en el tronco de un árbol,
cedro muy corpulento,
estos versillos cuatro.
Anarda, si á este sitio
te tragere el acaso,
en esas aguas mira
tu natural retrato.

ODA 9.ª

LA VÉNUS DE CHIPRE.

Vocinglera la fama
cuenta como Cupido,
burlado por Anarda,
á su madre lo dijo.
Y como allá en el bosque,
entre espesos lentiscos
fué castigado, siendo
tan tierno y tan bonito.
Y que irritada Venus
rasgando sus vestidos,
y dando al suelo muchos
de sus lucientes rizos:
Tres, cuatro....... y muchas veces
con llantos y con gritos,
juraba la venganza
por los lagos estigios.
Y que subiendo al carro,
y dejando los ciprios

lares, á nuestras tierras
derecha tomó el giro.
Y que en su auxîlio vienen
mil flecheros Cupidos,
como tordos que vagan
tras Ceres por los trigos.
Mas ¿que importa, si Anarda
aunque simple ha tenido
para todas sus huestes
un pecho diamantino?
El caso es como sueño;
mas en verdad yo he visto
un ejército grande
de alegres pastorcillos,
Que siguen á mi Anarda
por los valles floridos:
y esto encierra misterios,
y encantos, y prodigios.
¿Pues qué? ¿no pudo Venus
dar allá con hechizos
la forma de zagales
á sus amores mismos?

Y ¿para qué todo esto,
tú, la reina de Gnido,
y de Amatunta, y Páfos,
y otros pueblos lascivos?
¿Para qué tus banderas,
tu poder y dominios,
se estienden hasta el campo
de honestos pastorcitos?
¿Para qué tanta guerra?
¿para qué tantos tiros
preparas á una joven
de un pecho el mas sencillo?
Pero: ¿que me detengo,
pastores, en deciros
la insolencia de muchos
amores atrevidos?
Una lóbrega noche
cercaron el pajizo
albergue de mi Anarda,
sus ojos ya dormidos.
Mas luego dispertándo,
y dando voces, dijo:

Anfriso, acorre, vuela,
tu honor se halla en peligro.
Y ellos, como ladrones
al trueno fugitivos,
con su madre se fuerón
de vergüenza corridos.
'Acompañadme gratos,
pastores mis amigos,
y cantémos ufanos
al son del caramillo:
¡Victor! ¡Oh, victor grande,
Anarda, y siempre victor;
que aunque simple has triunfado
de Venus y Cupido!

ODA 10ª

CONCLUSION.

Todos cantan materias
segun sus facultades,
ayudados del gusto
y primores del arte.

Y así cantan felices
los rústicos zagales,
las gracias de sus dueños,
en que mas sobresalen.
Fabio canta de Mirla,
en cítara sonante,
las hechiceras voces
de sus dulces cantares.
Floridano, de Lisi
las figuras que sabe
diestra formar en todos
los campesinos bailes.
Amin, de Aleja lo albo
de su mano tornátil,
cuando las cuerdas de oro
de su vihuela tañe.
Tambien de su Dorila
los ojuelos vivaces
canta el sábio Fileno,
en metros agradables.
Nicandro, de Rosenda
el aliento suáve

de olorosos claveles,
cuando la boca abre.
Nemoroso, de Tirsa
el cuello, comparable
á la nieve, que adorna
con sartas de corales.
Todos cantan discretos
segun su ingenio, y hacen
de este modo á sus dueños
sugetos memorables.
Yo empero cuitadillo,
en humilde lenguaje
canté de la inocencia
los dones singulares.
Cantélos como pude,
bajo el propio semblante
de Anarda, que es el dueño
que por suerte me cabe.
Si acerté en los colores
que presentan la imágen
de la *virtud*, que es propia
de genios celestiales,

No importa que tu nombre
se quede en estos valles,
Anarda, y que el silencio
para siempre lo guarde.
Toma mi albogue humilde,
y en aquel árbol grande
que hace fresca tu choza,
que penda en adelante.
Allí estará á tus ojos,
sin que otro amor alabe,
que el que nace de un pecho
sencillo y como de ángel.
¡Oh, si el tiempo quisiera
los respetos guardarle
que hacen vivir por siempre
á la virtud laudable!
Entónces: él viviera,
y tu blando caracter
aunque simple, seria
ejemplo en las edades.
¡Ay! guárdente los cielos
de enemigos falaces,

y tu alba frente ciñan
laureles inmortales. (3)

(3) Cuando en el año de 1807 pasaron estas diez oditas á la censura del Sr. D. José Manuel Sartorio para que se imprimieran en nuestros diarios, comprendió tan respetable sábio todo su parecer en esta corta, pero enérgica esclamacion: *¿Quien puede negar su aprobacion á estas* bellezas *tan dignas de salir al público?=Sartorio.*

De intento no he querido poner esta nota hasta el fin de ellas, porque no dudo que encantado ya el lector con su hermosura, esclamará tambien: ¿Quien te puede negar el tributo de la admiracion, ó dulcísimo NAVARRETE? E.

LA MÚSICA

DE CELIA.

.......Quoniam convenimus ambo
Tu calamos inflare leves, ego dicere versus.
VIRGIL. EGLOG. 5ª.

ODA 1ª

Id, mis versitos tiernos,
á la presencia augusta,
á las aras divinas
de Celia, deidad dura.
Id á sus manos albas,
á sus manos ebúrneas,
que al jazmin hacen negro,
y á la azucena obscura.

Aquellas manos sábias,
que diestramente pulsan
el órgano sonoro
de las cantoras musas.
Besadlas: ¡ay! besadlas
con sumision profunda,
á nombre del que os manda
á tan sagrada altura.
¡Ay! venturosos hados
tengais, y que os induzcan
por sus muy castos ojos
santo amor y fé pura.

ODA 2ª.

Canten otros poetas
de su objeto amoroso
claveles por mejillas,
y luceros por ojos.
Mientras que en pequeñuelos
dulces versos yo entone

la música suave
de la niña que adoro.
¡Oh! préstame, divino
VALDES, tu laud de oro:
el mismo que pudiera
honrar al grande Apolo.
Comunícame el tierno
aquel muy blando soplo,
que fué para tus versos
como un vital favonio.
Así tu diva Filis,
con recuerdos gloriosos,
enjugue para siempre
tus tan fúnebres lloros.
Entónces mis versillos,
con son mas delicioso,
que plácido murmullo
de pequeñuelo arroyo,
Irán á los oídos
de un simulacro hermoso,
duro á mí, como blando
á musicales tonos.

¡Ay, Celia! ¡ingrata Celia!
acá como en un trono
en el alma te miro,
y humillado te adoro.

ODA 3ª.

En éxtasi el mas dulce
mi alegre fantasía
del célebre Parnaso
llevóme hasta la cima.
Entre mil caprichosas
cuanto agradables ninfas,
el alma me arrebatan
la *Música* y *Poesía*.
Estas dos bellas artes,
como IRIARTE decia,
yo las ví que tocaban
en una misma lira.
Y Jove, el alto padre
de tan augustas hijas,
desde su solio excelso

luces les comunica.
Al paternal influjo
estrechamente unidas,
una y otra abrazada
sus gracias eternizan.
Mutuos sus sacros labios,
las rosadas mejillas
con ósculos se alternan
en fraternal caricia.
Aquí vuelvo del rapto,
Celia del alma mia,
solicitando el goce
de tu gracia benigna:
Y que los dulces versos
de mi tierna poesia
los llevára á sus tonos
tu música divina.
¡Oh, si tal sucediera!
¿cuanto mejor sería
la realidad, que el sueño
de la imaginativa?

ODA 4ª

¿Que quieres, amor necio,
si en pago del cariño
que á Celia ingrata tienes,
ya su rigor has visto?
¡Oh, mas que el bronce dura.....
sí, mas que el bronce mismo
dura, la que maltrata
á un ternezuelo niño!
Así esclamaba, cuando
en mi triste retiro,
dura Celia, contemplo
tu rigor escesivo.
Entónces, sea sueño
que me cae de improviso,
ó fantástico rapto,
ó amoroso delirio,
Ví entrarse por la puerta
de este cuarto que habito

dando flébiles ayes,
un pequeño infantillo.
¿Que tienes? le pregunto:
dímelo ¿andas perdido?
¿eres huérfano acaso?
¡ay! ¡pobre muchachito!
Ya un diluvio de llanto
sus tiernos cachetitos
inundaba, moviendo
mi ánimo compasivo.
Y arrancando del alma
un blando suspirillo,
me responde: „*papá*,
papá, yo soy tu hijo.
¡Ay! que ¿no me conoces?
Yo soy tu amor, el mismo
que en Celia rigorosa
á *mamá* solicíto.
Porque absorto en las gracias
de sus músicos trinos,
elevado me tiene
con sonatas y trios.

Mas ella me despacha
en busca de cariños,
y madre que me envuelva
á......... No puedo decirlo."
Sí, ya te entiendo mi alma,
le contesto: ¡angelito!
vente á mi pecho, vente
á tu cuna, á tu abrigo.
Duérmete, y la esperanza,
consuelo de afligidos,
que te mantenga......... calla:
ten paciencia, hijo mio.

ODA 5.ª

Discípula de Apolo:
cuando yo te contemplo
divertida, pulsando
el sonoro instrumento:
Cuando en raptos del alma
miro tus albos dedos,

honrando del teclado
los marfiles muy tersos:
Estaba por decirte
que como en grato sueño
escucho, aunque distante,
los acordes acentos.
Tu música agradable
con un divino fuego
alienta, sí, no hay duda,
alienta mi deseo.
¡Ay, Celia, Celia hermosa!
con sus alas soberbio
sube á gozar las luces
de tu elevado cielo.
Mas ¡ay! que deslumbrado
tan loco pensamiento,
precipitado baja;
pero en amarte ciego.
Ciego en amarte sigue,
por mas que tus intentos
castigos le preparen
despues de mil tropiezos.

Este es amor constante;
mas con tan dulce objeto,
las penas se hacen glorias,
favores los desprecios.

ODA 6ª

Jamás, ¡oh cielo santo!
la tentacion tuviera
de amar niñas que juntan
á lo sábias lo sérias.
Mi voluntad, medrosa
en esta parte, era
vírgen, y así tenia
su algo de recoleta:
Y mi amor, cauto niño,
no obstante su inocencia,
hecho voto tenia
de castidad perpetua.
Pero ¡ay! que al contemplarte
aunque adusta, discreta,

todas mis precauciones
las echaste por tierra.
Mas nada habias perdido,
si por la contingencia
tu gracia, Celia hermosa,
mi amor te mereciera.
Podias, y yo lo digo,
corresponderle tierna,
siquiera porque hasta ahora
tú has sido la primera.
¡Oh, Celia: Celia ingrata!
¡ay! ámame siquiera
porque nunca en mi vida
quise á graves ni austéras.
¡Oh, como te cantara,
y al compas de tus cuerdas
te dijera mil dulces
mil cancioncillas tiernas!

ODA 7ª

¡Oh, dichosos mil veces
músicos celebrados:

tú, *Pleyel* espresivo,
tú, *Háiden* soberano!
¡Dichosos! sí, por vuestras
obras de ingenio raro,
que acaso la hábil Celia
ahóra está estudiando.
Esto os hace, no hay duda,
aun mas afortunados:
¿para qué mayor gloria?
¿para qué mejor lauro?
Yo no le trocaria
por el eterno ramo
que en su dorada frente
ostenta Apolo ufano.
Vuestras composiciones
por virtud, ó milagro,
hagan su alma mas dulce,
y su genio mas blando.
Susciten en su pecho,
en su pecho mas blanco
que la cándida nieve,
y el bruñido alabastro,

Aquellos sentimientos
divinos, mas que humanos,
que presumen de tiernos,
sin desmentir lo castos.
El mismo amor que en ella
tiempo ha que estoy buscando,
por lisonja á lo menos
del gusto con que la amo.

ODA 8ª

Inconsolable estaba
el niño amor, y dicen
què á su madre la diosa
así le llora triste:
„ ¡Ay, madre! no sé como,
no sé como decirte,
que Celia inexôrable
no quiere recibirme.
Esta deidad me agravia,
cuando es que no me admite,
porque intereses bajos
son mis únicos fines.

¿Qué dices, madre, de eso?
alma madre, ¿qué dices?
pues yo ¿para qué quiero
los dones contentibles?
Aunque muchacho, no ando
con empeños pueriles;
ni hago el trato un comercio
que me desacredite.
Yo busco los halagos
en tonos apacibles,
como niño criado
con tus tiernos melindres.
Estos son en mis *pascuas*
en mis *pascuas* felices
mi *turron de alicante*,
y tambien mis *confites*.
¿Y qué cuando se llegan
mis cumple-años? me sirven,
sí, los dulces halagos
de muy preciosos diges."
Entónces Venus blanda
risueña esque le dice:

„ anda, cuitado, aprende
las chanzas femeniles.
Y á la deidad que nombras,
y en gracias me compite,
dile: que eres muchacho
digno que te acaricien.
Que te quiera, que te ame,
que te adore, y estime,
que á su seno te lleve,
y que en él te eternice."

ODA 9ª

Á tí, Fama gloriosa
de la divina Celia,
que sus gracia publícas
con cien bocas parleras:
Á tí que le das todo
un cúmulo de prendas,
á tí me quejo, Fama,
pues tú me haces quererla.

Si es tan tierna que admite
el símil de la cera,
cuando dócil se ablanda
á la llama febea:
¿Como dura resiste
cual diamantina piedra,
al fuego de un amante,
que ansioso la desea?
No, Fama, cuando alabes
tanta beldad, espresa,
su ingratitud, cual mancha
de toda su belleza.
Ó así como la sombra
al claro sol opuesta,
ó en cándida mañana
como una nube negra.
Y tenga Celia ingrata
el nombre de discreta,
y de hermosa, y de sábia,
y otras mil cosas buenas:
Y sobre todas cuantas
la *música* se lleva

alabanzas sublimes,
publíquese maestra;
Pero el honor mas grande
de la naturaleza,
el título de *dulce*,
no, Fama, no lo tenga:
Hasta que á mis amores
no haya dado las pruebas
que las leyes imponen
de la correspondencia.

ODA 10.ª

Estas son, ¡oh sagrado,
escelso, sábio númen!
las sílabas postreras
de mis versillos dulces;
Sí, Apolo, para siempre
de tu elevada cumbre
me despido, llorando
el rubor que me cubre.

Porque dime, ¿si Celia
como un empeño inútil
habia de leer mis versos,
por qué suave le influyes?
¿Por qué su alma dispones
con todas las virtudes
de músicos encantos,
aunque el verso no escuche?
La música, y poesia,
por tus hijas las tuve,
y en armónicos lazos
las hiciste insolubles.
¡Ea! vaya, Apolo, dile
que con su hermana junte
á mi poesia tierna;
por mas que la repugne.
Que es paternal precepto,
y es fuerza se ejecute,
que un punto no se aparten
las hijas de tu númen.
¡Oh, si tal sucediera! ....
yo en métricas laudes,

su *clave* elevaría
á esos cielos azules.
Para que allí brillara
como la lira ilustre
del milagroso Orféo,
entre las claras luces.

ODA II.ª

¿Conque puedo entregarme
al consuelo? ¡dichosas
de amor las dulces flechas
que cuentan mil victorias!
La mayor fué vencerte:
sí, Celia, y mas que todas
al amor acredita
de fuerza poderosa.
Todo el amor lo vence:
y por el alma toda
se me entra y me consume
su tea abrasadora.

Pero, ¡qué dulce! ¡ay, Celia!
¡ay, Celia muy hermosa!
¿la sientes tú? pues deja,
deja abrasarte toda.
¡Oh, blandos cupidillos!
con alas vagorosas
volad: venid: tejednos
bellísimas coronas.
Quemad inciensos suaves:
esparcid frescas rosas:
cantadnos dulces himnos
con gargantas sonoras:
Y repetid alegres
de amor la gran victoria;
si Celia con su *clave*,
Fidelio con sus *odas*.

En la siguiente composicion imitó vellamente el autor á D. Juan Melendez Valdes, *en la Paloma de Filis. ¡Gran privilegio de los poetas: transmitir á la posteridad aun las mínimas cosas de sus dueños!* E.

LA POLLITA

DE CLORI.



ODA 1ª.

Si el suave pajarillo
 que á Lesbia fué embeleso
 dió materia á CATÚLO
 para tonos funestos:
Y si VALDES divino,
 inspirado de Febo,
 la *Paloma de Filis*
 cantó en graciosos métros:
Favor, ó blandas musas,
 hoy sea, pues os lo ruego,
 la Pollita de Clori,
 asunto de mis vérsos.

ODA 2.ª

En el dulce regazo
de mi Clori halagüeña
una alegre esperanza
cumplíame mil promesas;
Cuando de su morada
éntrase por la puerta
dando llorosas piadas
una pollita tierna.
Del cascarón entónces
habia salido apenas,
porque eran sus plumillas
como de blanda seda.
Al instante mi Clori
á su falda la lleva,
ya en su seno la pone,
ya la saca y la besa.
Tente, Clori, y te guarda
de prodigar finezas,
que á mí se deben solo
tus espresiones tiernas.

ODA. 3.ª

Ya en el seno de Clori
se arrolla su pollita,
y al calorcillo blando
se queda ya dormida.
¡Venturosa polluela,
que te ves socorrida
no bajo de unas alas
de plumas mal mullidas;
Sino en el mismo seno
de Clori, donde anidan
el amor delicado,
las gracias, las delicias!
¿Qué importa que los hados
te hiciesen peregrina,
si tu suerte otras aves,
como gloriosa, envidian?
Sigue, sigue en el seno
dó gozas mil caricias,
con gusto de tu dueño,
y con envidia mia.

ODA 4.ª

¡Qué tiernos tus oficios,
qué graciosos, qué humanos,
la huérfana pollita
debe, Clori, á tu mano!
Ya de arroz le presenta
los pequeñuelos granos,
ó ya el trigo que quiebras
con tus dientitos albos.
No sé que siento, Clori.
Tu genio es ya mas blando,
que cuando yo gemia
en busca de tu agrado.
Mi tierno amor entónces
tratabas con agravio,
no obstante que te hacia
mil dulces agasajos.
Pero, si ya me quieres......
Clori, ¿dí si me engaño?—
No.— Pues á Dios memorias
de tiempos ya pasados.

ODA 5ª

De Clori la pollita
ha cresido ya un poco,
de suerte que ya puede
subírsele hasta el hombro.
Desde allí solicíta
abrigo de algun modo,
entre las rúbias hebras
de su madeja de oro.
Tal vez alarga el cuello,
y su piquillo corvo
á besar se dirige
del lábio el clavel rojo.
El aljofar menudo
de sus dientitos cortos,
pica; y su engañó espresa
allá en su feble tono.
Pero ya se consuela
con nectar mas sabroso
que el que á Jupiter sirven
en su alto consistorio.

ODA 6.ª

Cuando al hombro te subes
de mi querido dueño,
paréce que platican
las dos algun secreto.
Ya llegas á su oído
el pico vocinglero,
y ella volviendo el rostro
te truena un dulce beso.
¿Le llevas por ventura
recado de algun necio?
¡Si así fuera!..... al instante
te torciera el pescuezo.
Y en el caso, ¿qué dice?
¿le pagará su afecto?
¿Olvidará que la amo?
Tú callas:..... yo recelo.
Dile, dile que á nadie
mire con ojos tiernos,

que su aficion yo solo,
yo solo la merezco.
Dícelo: así los dioses
te libren de alcon fiero,
y lo que es mas, gozando
delicias de su seno:
Hasta que hayas crecido,
y de tus mismos huevos
saques unas pollitas
que te sirvan de espejo.

ODA. 7ª

Los lunarcitos negros
que en su carita blanca
tiene mi Clori bella
con que aumenta su gracia,
Con blandos piquetillos
su polluela le halaga,
como que solicita
comérselos incauta.
Así lo he presumido,
porque en esta mañana

que Clori la tenia
calentando en su falda,
Ya que Clori dormia,
la avecilla insensata
al mas principal de ellos
da muy recia picada.
Abre los ojos Clori,
y adolorida palpa
sobre el puntito obscuro
sangrienta pincelada.
En esta ocasion se une
al marfil de su cara,
sobre azabache negro,
rojo esmalte de grana.
Que á su mucha inocencia
dé la polla mil gracias;
si no, asada esta noche
yo la diera la gala.

ODA 88.

Pollita afortunada,
así cuando mas crescas

de tí se prende un pollo,
que te haga bien la rueda.
Que cuando al hombro subas
de mi adorada prenda,
le digas, que no le haga
traicion á mis finezas.
Dile, que si tan solo
el temor de la ofensa
es agudo cuchillo
que el pecho me atraviesa:
Cuando de un duro agravio
la realidad sintiera,
¿qué seria? ¡Ay! dile, dile,
dile mil cosas de estas.
¡Ay! dícelas, pollita:
así cuando mas crescas
de tí se prende un pollo,
que te haga bien la rueda.

ODA 9.ª

¡Que bello maridage,
polluela, hacen tus plumas

realzando cada dia
mas y mas tu hermosura!
Sábia naturaleza,
en dos colores junta
cuanto cabe de lindo
en las pollas mas chulas.
¡Qué alba se me presenta
la plumosa pechuga,
que del sol á los rayos
como nieve relumbra!
El évano se visten
las alas puntiagudas,
y en lo demas del cuerpo
los dos colores luchan.
Tal vez formar pretenden
de jaspes la figura:
tal vez una llovisna,
de pringuitas menudas.
Vete, vete á presencia
de Clori que te influya,
porque á sus ojos debes
tu hechicera hermosura.

ODA 10.ª

La pollita de Clori,
de catarro maligno
se ha enfermado, y no valen
remedios á su alivio.
La plumilla erizada,
lo clavado del pico,
los soñolientos ojos
son de su muerte indicio.
¡Ay! que tierna mi Clori
los médicos oficios
hace con la polluela
iman de sus cariños.
Ya con aceite la unta,
y ya la abre el piquillo,
instándola á que pase
algunos bocaditos.
Ya en su amoroso seno
le solicita abrigo:

ya...... pero nada vale
contra su mal nocivo.
Ya el estortor le ha entrado,
succede el parasismo,
y su vital aliento
manda á los aires frios.
Y pues la pena pasa
del pobre animalito
á tí, mi Clori tierna,
¡mal haya el romadiso!

ODA II.ª

Si la difunta polla
no tiene ya remedio,
tanta copia de llanto
¿para qué das al suelo?
¿Para qué el llanto turbio
empaña unos ojuelos
tan graciosos, tan lindos,
tan sin límite bellos?
Ya se quedan sin rosas
tus cachetitos tiernos,

como prados que arrasan
algunos arroyuelos.
¡Ay, Clori! que se eclipsan
de tu gracioso cielo
dos soles, cuyas lumbres
encendieron mi pecho......
Qué ¿aun lloras? ¿Nada valen
de tu Silvio los ruegos?....
Sí, Clori, otro semblante
ya se te va poniendo.
La tormenta ha pasado:
me parece que veo
del cielo con la lluvia
bañado el rostro bello.
¿Conque estas consolada?
Pues déjame, te ruego,
echar mi amante brazo
sobre tu blanco cuello.
¡Qué dulzura! no cabe
en mi amoroso pecho.
Ahora *te* suplico
con todos mis afectos,

Que no tengas mas pollas
de tan subido precio,
que cuesten á tus ojos
lágrimas, y á mi versos.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Distribuyó el P. Navarrete la traducion siguiente en cinco *ODAS*, evitando así la monotonia, que hubiera forzosamente resultado por la uniformidad de la asonancia, colocándola en una sola, la que siendo muy larga, no hubiera podido dejar de incomodar al oido menos delicado. Á todas ellas les formó su remate para que quedasen perfectas. A fin de que estos puedan distinguirse de la traduccion, van colocados entre estrellas.

TRADUCCION

De unos versos de

ANGELO POLICIANO,

EN CINCO ODAS ANACREÓNTICAS.

ODA 1.ª

¡Oh niña! mas suave
que el tierno gazapillo,
y mas que el conejuelo
que está recien nacido.
Mas blanda que la tela
que en Cea se ha tejido,
y mas que ténue pluma
de nuevos anzarillos.
¡Oh, niña bulliciosa,
aun mas que el gorrioncillo
cuando vuela en verano
por los ramos floridos!

Tambien mas juguetona
que pequeñuelo ardillo
cuando la vírgen blanda
le dá en su seno abrigo.
¡Oh niña, muy mas dulce
que los panales mismos
de Hiblea, y que de asucar
cándidos fragmentillos!
Mas blanca que la leche,
y tambien mas que el lirio,
y que nieve formando
sus primeros armiños.
¡Oh niña!..... * pero basta
de estos asonantillos:
vengan otros, porque estos
me quiebran ya el oido.
Pero vengan con tragos
de generoso vino,
que los brios de Baco
son tambien de Cupido.

¿como el lirio y la rosa
llamarélas acaso?
Tus labiecitos rojos,
de claveles formados,
¿diré que resplandecen
cual coral encarnado?
¿Diré que margaritas
son tus dientitos blancos?
Y de tu lengua dulce
¿qué seguiré pintando?

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¿Qué diré del hoyuelo
de tu barba, torneado,
y de tu blando cuello
como la nieve blanco?

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¡Oh qué brazos tan dulces!
¡oh que agradables manos!
estas son de la aurora,
si de Juno los brazos.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Tus pies, que me parecen
los de Tetis, ¡qué pasos
tan nobles! ¡qué posturas,
ya quietos, ya danzando!
* ¡Oh! dame, dame, niña,
dame, dame otro vaso,
y que siga la fiesta
entre Venus y Baco. *

ODA 4ª.

¡Oh niña! ¡qué agradables!
¡qué agudos! ¡qué jocósos

son tus chistes frecuentes,
con gracia y con adorno!
¡Qué dulces consonancias
las de tus versos todos,
que salen de tus lábios
como ámbar oloroso!
Ni la blanda Talía,
ni el mismo sábio Apolo,
que hacen vuelvan los rios
su curso presuroso:
Que ablandan á las fieras,
y atraen peñascos broncos,
igualan á lo dulce
de tus festivos tonos.
Todas tus cosas tienen
mil hechiceros modos:
son dulces, son alegres
en su trato amoroso.
Tienen mil juguetillos
venales en un todo:
tú sola en tí reunes
lo decente y lo hermoso.

¡Oh, poderosa niña!
tu compostura abono;
mas ¡ay! para agradarme
no has menester adorno.
* Echa vino, muchacha,
que aunque ya estoy beodo,
quiero..... quiero mas tragos,
quiero morir á sorbos. *

ODA 2ª

¿Qué dios no te me envidia?
ni ¿qué valor te basta
para dejarme ahora
bellísima muchacha?
Mas, ¿donde te me ausentas?
¿á donde huyes, ingrata,
alegrando los cielos
con tu risueña cara?
Mi placer, mi dulzura,
mi corazon, mi amada,

mas que el oro y las piedras,
y que la rica grana.
Mas ¿qué digo que el oro,
que piedras, ni que grana?
Tambien mas que mi vida,
muchachita del alma.
Haz memoria, te ruego,
haz memoria y repasa,
el amor halagüeño,
y sus cadenas blandas:
Desde la edad mas tierna
á mí y á tí nos atan......
mas ¡ay! riendo Venus,
se burla de mis ánsias.
* La postrer copa quiero:
¡ay! dámela, muchacha......
¿Ya ni esto me concedes?
pues, vete enhoramala. *

ODAS

á diversos asuntos.

ODA I.ª

De Dorofila.

Que en mediecitos nuevos
yo diera á Dorofila
diez pesos, era fuerza
de la imaginativa.
Pero ¿quien pone duda?
pues los lábios de risa
no son como los sérios
que dicen mil mentiras.
¿Conque diez pesos fueron?
¿y en medios de carita?
¡oh qué pródigo me hacen
las muchachas bonitas!

Y qué ¿sin otra causa,
que por sus caras lindas?
pero vaya, si es fuerza
de la imaginativa.
¡Oh cuantas honras me hace
la bella Dorofila!
sin duda que en su obsequio
mi deseo adivina.
Pues vaya recibiendo
esta graciosa niña,
no tan solo diez pesos,
que estas son raterias:
Ciento, mil, un millon,
y la moneda misma,
mi alma, y mi vida, y todo
en medios de carita.
¡Mas ay! mi amor, no obstante
que entre chanzas se esplica,
de veras á sus aras
grato se sacrifica.
Y esto, ni yo, ni Fabio,
ni Dorofila misma

podrá decir que es fuerza
de la imaginativa.

ODA 2ª.

De la misma.

Despues de leer los versos
de una discreta niña,
me acostaba pensando
¿qué le contestaria?
Batió el númen del sueño
sus alas, y á la cima
del parnaso arrebata
mi dócil fantasia.
Entre la sábia turba
de las canoras ninfas,
sobresale en el canto
una beldad divina.
Pregunto por su nombre;
y el génio de la risa
que inspira en aquel monte
las canciones festivas,

Abre su alegre lábio,
cuyo aliento suaviza
el aire, como el ámbar
que las flores respiran.
Y en un tono brillante,
cual de una sinfonia,
me responde: es la bella,
la musa Dorofila.
Desde que en dulces ocios
esta preciosa niña
entre las nueve hermanas
su grata voz anima,
Parece que con nueva
alegre lozania
florecen las alturas
de esta mansion benigna.
Y Apolo..... el mismo Apolo
de sus manos confia
su cítara de oro.
¿Quien será Dorofila?
Yo dije entónces: Vaya;
pero esas gracias mismas,

si amór no las da el temple,
no lo hará bien la niña.
Yo le canté unos versos
de amor, como por frisca,
versos que nada tienen
de la imaginativa.
Mas ella se hizo sorda:
y mientras la Talía
del blando amor no escuche,
no lo hará bien la niña,
¡Ea! vamos: tú que puedes
influirle con tu risa,
con tu risa agradable
en mi favor mil dichas:
Tú que tan bien te hermanas
de amor con las caricias,
y cantas como á düo
en acordes capillas:
Dile, que entone amores,
y que una cancioncilla
mis afectos la deban,
y lo hará bien la niña.

Entónces despertando
hallé en el alma mia
un retrato muy bello....
no hay duda, de ella misma.
Ojos, como unos soles,
como rosas, mejillas,
lábios, como claveles:
¡qué hermosa me la pintan!
Viva, pues, en mi pecho:
amor la haga que viva;
aunque diga que es fuerza
de ardiente fantasia.
Esto contesto ahora
que el blando amor me inspira,
despues de leer los versos
de una discreta niña.

ODA 3.ª

El triunfo del amor.

dirigida al autor de unos versos de nuestro diario, que se quejaba de la ausencia del sueño, causada por unos celos que le daba Anarda.

Hinc tibi cum magna laude triumphus eat.

En alas de la noche,
  baja del alto cielo,
  baja tranquilo y suave,
  almo númen del sueño.
Y al lecho del amante,
  que con su triste ruego
  invoca tus favores,
  llega con paso lento.
Llega, y unge piadoso
  sus fatigados miembros

del bálsamo agradable
que refrigera el cuerpo.
Preséntale á sus ojos
la imágen de su dueño,
la imágen cariñosa
que tuvò en otro tiempo.
Haz, como en un encanto,
que brote su albo seno,
convertidos en flores,
agradables afectos
Que luego la fortuna
los vaya recogiendo,
y trenze una guirnalda
para su amante tierno.
Despues, que al coronarlo
aparezca el dios ciego
en su triunfante carro,
y á sus plantas los celos:
Y que mil cupidillos,
volando por el viento,
digan *victor*..... y alegre,
victor, responda el éco.

Y al punto despertando,
el corazon contento,
Anarda le realice
lo que le finja el sueño.
Ea, pues, númen blando,
al poder de sus versos
en alas de la noche
baja del alto cielo.

ODA 4ª

A Fileno.

Sólo, Fileno, solo
el pastor de Dorila,
de la escuela de amores
sacó grande doctrina.
Apenas de sus ojos
se le fueron sus dichas,

cuando lógico infiere
por sus penas las mias.
Desata el triste pecho,
y al son de una flautilla,
cual pájaro que llama
á su ausente avecita,
Entre los muchos ayes
que de su alma salian,
los montes repitieron
estas claúsulas mismas.
»Esta mañana al campo
»salió mi bella ninfa,
»á tiempo que pudiera
»dar á la aurora envidia.
»Ya la noche ha llegado,
»y aun no viene Dorila.
»anda, Dorila, corre,
»que muero sin tu vista.
»Dioses, si esta es la pena,
»que cruel me martiriza,
»¿cual será la que siente
»Silvio por su Clorila?

» Clorila há muchos tiempos
» que dejó estas campiñas,
» donde Silvio la llama
» llorando noche y dia....
» Mas Dorila no viene:
» dioses, traedme á Dorila:
» y á Silvio tambien traédle
» su tan deseada ninfa.
» Venid, bellas muchachas,
» muchachas tiernecitas,
» que no sufren los que aman
» ausencias tan prolijas."
Así que hubo cantado,
alternó la voz mia:
» viva el zagal Fileno
» al lado de Dorila.
» Y el numencillo tierno,
» amor, que así le inspira,
» cele que no le paguen
» ofensas por caricias.
» Antes bien, su graciosa
» y honrada pastorcita,

» de atrevidos amantes
» siempre se burle altiva."

ODA 5.ª

Á una inconstancia.

Suspende, fuentesilla,
tu ligera corriente,
mientras que triste lloro
mis ya perdidos bienes.
¿Cuantas veces, estando
en tus orillas verdes,
Lisi me aseguraba
su amor hasta la muerte?
Aquí su diestra mano,
mas blanca que la nieve,
en esta arena frágil
escribió muchas veces:

» Primero ha de tornarse
» el curso de esta fuente,
» que el corazon de Lisi,
» que á su Salicio quiere. »
Mas tus promesas, Lisi,
no han sido menos leves
que el papel que escogias
para firmarlas siempre.
Las letras se borraron
por los soplos mas ténues
del viento, y tus promesas
por lo que tú quisieres.
¡Ay contentos soñados
de prometidos bienes!
¡ay inconstancia propia
de fáciles mugeres.

ODA 6ª

Á Lisi cantando.

Salió la hermosa Lisi
con las demas zagalas
á cantar dulcemente
en la nupcial cabaña.
Desata el suave pecho,
y al compas de sus gracias
con angélicas voces
á todas aventaja.
Su enamorado Alejo,
que está á corta distancia,
gustoso la dirige
las siguientes palabras:
» Así, divina Lisi,
» haces de tu garganta
» un órgano viviente
» que cautiva las almas. »

ODA 7.ª

Á Clorila,

con unas frutitas de pasta.

Estos pequeños dones
  que la industria fabrica,
  son frutitas pintadas
  con que juegan las niñas.
Por lo mismo á tus aras,
  graciosa muchachita,
  tu amante zagalejo
  hoy te las sacrifica.
Recíbelas gustosa,
  que aunque engañan la vista,
  son lisonja del gusto
  con la miel que destilan.
Llévalas á tu boca:
  á tu boca de almibar,
  donde su ser acaben
  con no pequeña dicha.

*

Agua se me está haciendo
la boca, mi Clorila,
contemplando en la tuya
las pintadas frutitas.
¡Qué besitos tan moles!
¡Qué blandas morditidas!
Á la verdad, me siento
con la mas dulce envidia.
¡Oh si fuesen mis lábios
las pintadas frutitas!
trasformacion que pende
de solas tus caricias.
¡Ay! hazme este milagro,
que por tu boca misma
juro traerte otra ofrenda
de pintadas frutitas.

ODA 8.ª

Á unos cabellos de Celia.

Lucientes hilos de oro,
que como hermosos rayos
fuísteis en otro tiempo
del sol en que me abraso.
Ahora por efecto
de amor atais mis manos
como blandas cadenas,
ó como dulces lazos.
Dejadme una y mil veces
cual cautivo besaros,
y adoraros rendido
dichoso amante atado.
¡Oh! quiera el alto cielo
que interminables años
duren estas prisiones,
en que alegre me hallo.

¡Oh cortísima vida
para un amor tan largo!
¡ay! ámame, mi Celia,
ámame, como te amo.

ODA 9.ª

En celebridad de unos dias.

Este don pequeñuelo
que ofrezco á tus altares
es prueba de mi afecto
y de mis cortedades.
Por ofrenda amorosa
solo puede aceptarse,
pues mas que el oro (1) aprecian
el amor las deidades.

---

(1) Se alude á una bujería de oro. A.

Recíbelo, no tenga
amor de que quejarse,
y el gusto de tu dia
se le vuelva en pesares.
Entre tanto, los cielos
con influjos suaves
en el abril risueño
que hoy junta tus edades,
Hagan luzcan tus prendas
y gracias naturales,
pimpollos que el invierno
de la vejez no dañe:
¡Ay! guárdente los cielos:
¡ay! para mí te guarden;
si acaso te merece
tu mas rendido amante.

ODA 19.ª

El dia de Clara.

Dando vueltas los cielos, llegó el dia
De la zagala hermosa,
Á quien de Clara el nombre convenia.
¡Oh mil veces dichosa
La edad que la merece,
Y que á sus blandas luces resplandece!

Salve, ninfa, y la tierra enternecida,
Que con tus plantas huellas,
Mil guirnaldas te ofrezca agradecida,
Para tus sienes bellas;
Desparramando olores
Á la que es como reina de las flores.

Salve, mil veces, y el alegre coro
De voladeras aves
Repitan con el canto mas sonoro
Mi amor y metros suaves;
Saludando á la aurora,
En la que es por sus gracias mi señora.

Salve, vuelvo á decir, y á mi deseo
Corresponde constante
En los amables lazos de himeneo:
¡Oh, venturoso instante!
Llega, que tu alegria
Me hará de Clara mas glorioso el dia.

ODA 12.ª

Á Clori en el lecho.

Deja tu lecho, zagaleja mia,
Tu dulce lecho, dó en quietud reposa
El albo cuerpo como suave rosa,
Que embalsama la fertil praderia.
Ya que empiezan sus varias tonadillas
Las avecillas,
Y embia el cielo
Su luz al suelo,
Tu lecho deja,
Mi zagaleja,
Por venir á coger tempranas flores
Al lado del zagal, que es tus amores.

Sus alas agradables manso el sueño
Levante de tus párpados preciosos,
Y brillen tus ojuelos luminosos
Como la luz del dia mas risueño.
Tu boca de claveles carmesies,
Ó de alelíes
Bosteze, dando
Aliento blando:
Así la rosa
Muy olorosa,
Abre su copa de encendida grana
Al despertar con risa en la mañana.

Tu mano me darás, que la floresta
Te aguarda ansiosa, desparciendo olores,
Y una turba de pájaros cantores
Ofrece á tu llegada alegre fiesta.
Saldrán del rio por besar tus huellas
Nayades bellas,
Napeas hermosas,

Tirando rosas
Irán delante:
Y en el instante

Que llegues al umbral del bosque denso
Las Driadas quemarán sagrado incienso.

Mas ¡ay, mi zagaleja! ¿por qué tardas?
¿Por qué tardas? ¡ay! dímelo. ¿No vienes?
¿Por qué causa enemiga te detienes?
¿Mi lado no te ofrezco? Pues ¿qué aguardas?
¡Ay zagaleja, como piedra, dura
Á mi ternura!
Ya desespero:
Sacó primero
El sol su cara,
Que me alumbrara,
Siquiera para alivio á mis enojos,
La alegre luz de tus risueños ojos.





ODA 13.ª

EL VERANO.

¡Oh que alegre estacion la del Verano,
Que brinda flores por el verde llano!

Se fué el invierno
áspero y triste,
sus galas viste
el campo tierno:

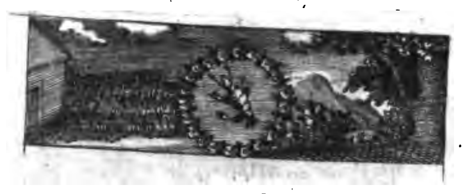
Los mansos vientos
soplan suaves,
cantan las aves
dulces acentos:

Las fuentecillas
vienen corriendo
salen riendo
las florecillas.
¡Tierra dichosa!
si á tí viniere
Anarda, y viere
tu pompa hermosa,

Pon en su frente
ramo vistoso,
el mas gracioso,
y floreciente.

¡Oh si viniera
al verde llano!
dulce verano,
la persuadiera
Á sentarse en la alfombra de estas flores
Al lado del zagal, que es sus amores.





ODA 14.ª

EL ESTÍO.

De doradas espigas coronado
El Estío se asoma en el sembrado.

Ya se preparan
las labradoras,
haces empuñan,
las mieses cortan.

De la alma Ceres
que el campo adora
tiran los bueyes
grandes carrozas:

Alegre canta
la vega toda,
salve le dice,
con voz sonora.

Trojes se llenan
eras se colman,
y huyen las hambres
de nuestras chozas.

Anarda, Anarda,
bajo estas sombras
á Pan le deja
tus cábras gordas

Mientras que al baile
vamos ahora
de la cosecha:
verás que gloria.

Verás los ricos granos con que el cielo
Ha socorrido al miserable suelo.





ODA 15ª

EL OTOÑO.

Mira, Anarda, al Otoño, que cargado
De frutos viene á nuestro suelo amado.

Aquí, te sienta,
zagala mia,
dó alfombra te hacen
las yerbecitas.

Mira, ya vienen
las gratas ninfas,
que de Pomona
el huerto aliñan.

¡Cuan aseadas
sus canastillas
colmadas traen
de frutas ricas!

Uvas ¡qué gruesas!
peras ¡qué lindas!
mira ¡qué hermosas
están las guindas!

¡Eh! ¡qué manzanas
tan encendidas!
y ¡qué naranjas
tan amarillas!

Gustemos ambos
sabrosas dichas,
que en tantos dones
el cielo envia:
Y nuestra voz se eleve al númen santo,
Que en el Otoño nos regala tanto.





ODA 16.ª

EL INVIERNO.

Llega del año la estacion severa,
Y de la tierra toda se apodera.

Nublado el cielo,
mudas las aves,
los hielos graves,
y mústio el suelo:

Nuestro ganado
de temor lleno,
busca entre el heno
su abrigo amado.

¡Qué poco, Anarda,
el gusto dura,
pues la amargura
tras él no tarda!

¿Dó están las flores
de primavera?
¿dó la ligera
edad de amores?

Nada resiste
la ley del tiempo,
ni el contratiempo
del hado triste.

¿Pues qué esperanza
ahora abrigamos,
por si llegamos
á tal mudanza?
La virtud solamente, Anarda mia,
Puede valernos en la vejez fria.



LETRILLA.

Á los canaritos de Lisi.

Pues la bella Lisi
os lleva el compas,
tiernos canaritos,
alegres cantad:
Cantad, y en su escuela
os aprovechad:
¿donde habreis fortuna
al intento igual?
Su albo pecho tiene
voz angelical,
que siempre divierte;
y cansa jamás.
Ya un himno le diga
al ciego rapaz,
ya zelos, ya ausencia
se ponga á cantar.

Ya en módulo alegre
de fiesta nupcial,
ya en fúnebre tono
que incite á llorar.
Como quiera suena
su voz celestial,
que siempre divierte;
y cansa jamás.
Cuando á la jaulilla
dó alegres estais
cautivos, se acerca,
y leccion os da,
Otros pajárillos
quisieran trocar
por prision tan dulce
toda libertad.
Y así, canarillos,
alegres cantad,
pues la bella Lisi
os lleva el compas.

LETRILLA.

Á Lesbia.

Id, vercillos dulces,
á las manos albas
de la niña Lesbia,
que gustosa os llama.
Daros es que quiere
tonadillas blandas
en órgano ebúrneo,
tal es su garganta.
Cuando esto sucede
entónces habladla:
decídla que tenga
compasión de mi alma.
¿Y si esto la irrita?
¡buena va la danza!
¿que importa que os eche
muy enhoramala?

Si ella fuera prieta,
coja, tuerta, ó manca;
pero si es bonita....
que no os pese: basta.

Tres juguetillos á Clorila.

JUGUETILLO 1.º

Arroyuelo,
que caminas
á la aldea
de Clorila:
Corre, corre,
dila, dila,
que la adora
la alma mia.
Esté ahora
en su orilla,
tras sús blancas
corderitas,

Ó cortando
clavellinas
con las otras
pastorcitas,
Ò asomando
sus mejillas
en tus aguas
cristalinas:
Corre, corre,
dila, dila,
que la adora
la alma mia.

JUGUETILLO 2º

¡Ay Clorila!
tus ojuelos
son imanes
de mi afecto:
Son estrellas
de tu cielo,

que me envian
dulce fuego:
Son antorchas
de amor tierno,
que se ceban
en mi pecho:
Son divinos
tus ojuelos:
son imanes
de mi afecto.
Si están tristes
son muy tiernos;
y si alegres
muy risueños:
Si se enojan
son severos:
si acarician
halagüeños.
Son graciosos:
son parleros:
son imanes
de mi afecto.

JUGUETILLO 3º

Mira, Clori,
dos amantes
inocentes
tiernas aves:
En la copa
de aquel sauce
mil cariños
ya se hacen.
Con piquillos
muy süaves
ya se inclinan
á besarse.
Mas ¡ay, Clori!
que esta imágen
á los ojos
agradable,
El veneno
nos persuade

con instancias
amigables.
¡Ay! huyamos
de este valle,
no su incendio
nos alcance:
Y en nosotros
sea culpable
la inocencia
de las aves.

. . . . .

. . . . . .

. . . . .

. . . . . .

De esto, Clori,
no se hable,
que eres niña,
y esto baste.
Á Dios, Clori,
que la tarde
ya me obliga
á dejarte.

CERTÁMEN

SOBRE UN LIMON,

Para que canten las niñas

CELIA, Y LISI.

CELIA.

Dame el limon que ha sido
 del dueño que amo,
 los olores son suyos,
 mas no los agrios.
No me lo niegues,
 pues los zelos conoces
 de las mugeres.

LISI.

Alejo el zagal mio
lo dió á mis aras,
como holocausto tierno
de toda su alma:
Y no se pueden
enagenar las cosas
del que se quiere.

~~~~~~

CELIA.

El limon fué primero
del bien que estimo,
y aunque el uso concedo,
mas no el dominio:
Yo sola puedo
dominar en las cosas
del bien que quiero.

~~~~~~

LISI.

Toma el limon, y advierte
que es amarillo,
color que simboliza
fatal olvido:
Cosas no quiero
que olvidos me prediganı
del dulce Alejo.

CELIA.

Dácalo, Lisi: y mira
como resalta
entre amarillo de oro,
verde esperanza:
¡Oh, dulces prendas,
que de Fidelio dicen
tanta firmeza!

LAS DOS.

Celia y Lisi tengámos
de amor por triunfo:
tú, el uso del derecho,
yo, el uso-fructo:
Solo amor puede
para contiendas tales
darnos sus leyes.

~~~~~

Varios versos boleros.

I.

No pases por los campos
del amor, niña,
porque mas que las rosas
son las espinas:
Espinas crueles,
que punzan en el alma
de quien bien quiere.
~~~~~

II.

Siento dentro del alma,
cuando te miro,
del niño mas travieso
saltos y brincos:
Amor te tengo,
y aunque lo pongo en juicio
es muy travieso.

III.

Un Cupidillo tengo,
que si te miro,
al instante me llora
por ir contigo:
Su llanto enjuga,
y de tu blando pecho
hazle la cuna.

IV.

Dorados alfileres
  Celia me ha dado,
  y me afianza con ellos
  como con clavos:
Mi alma los sufre,
  como suaves arpones,
  ó flechas dulces.

V.

Al ceñirte la frente
  de flores varias,
  los pájaros alegres
  te saludaban:
No de otra suerte
  que al alba cuando asoma
  por el oriente.

VI.

Alégranse los campos
cuando se asoma
al balcon del oriente
la blanca aurora:
Así se alegran
mis ojos cuando asomas
tu cara bella.

VII.

Cuando el sol con su manto
la noche cubre,
lloran tristes los campos
sus bellas luces:
Del mismo modo
lloro cuando se ausentan
tus bellos ojos.

VIII.

De un desden se quejaba
el amor tierno;
pero halló en tus cariños
dulce remedio:
¡Divina mano
la de Celia! parece
que hace milagros.

IX.

En el crisol ardiente
de tus enojos,
mi cariño se prueba
cual suele el oro:
Propio es de amantes
apreciar el cariño
por los quilates.

X.

Un amante que en sueños
tiene sus gozos,
diga que lo mantienen
consuelos bobos:
¡Triste del dueño
que me sueña en sus brazos!
¡qué verde está eso!

~~~~

XI.

Cuando creiome Celia
que yo la amaba,
tuvo la fantasia
muy inflamada:
Como la novia
que sueña estar en cinta,
y no hay tal cosa.

~~~~

XII.

Ciertos amantes rondan
á una doncella:
me parece una rosa
llena de avejas:
Dentro de breve
la dejarán marchita,
como hacen siempre.

XIII.

Á Venus se ha escapado
su hermoso niño,
y de hallazgo tres besos
ha prometido:
Aquí en mi pecho
lo hallarás, Venus: dame,
dame los besos.

XIV.

Entre chanzas me tira
amor sus flechas:
si tales son sus chanzas
reniego de ellas.
Aparta, aparta,
porque tus chanzas, niño,
son muy pesadas.

XV.

Dame flores que á Venus
se le dedican;
pero mira no tengan
ninguna espina.
Milagro fuera;
cuando siempre han estado
de espinas llenas.

XVI.

Cuando miro dos niñas
que se cortejan,
me parece que miro
farsa chinesca:
Donde las sombras
hacen veces de amantes
unas con otras.

XVII.

El amor me halagaba
como por trisca,
me halagaba con flores
llenas de espinas:
Y desde entónces,
herido de sus puntas,
no quiero flores.

XVIII.

Enfermósele á Venus
de ético su hijo;
pero mientras mas mama,
mas llora el chico:
Venus entónces
le dice: mama, mi alma,
mama y no llores.

XIX.

Cierta niña rodeada
de mil cortejos,
es cárne en garabato
segura de ellos:
Donde, si acaso
la huelen, no la comen
los pobres gatos.

XX.

El amor disfrazado
  en tierno niño,
  pidióme que en mi pecho
  le diera abrigo:
Luego se torna
  en una como llama
  que me devora.

XXI.

Niña, tu flor esconde
  de amor astuto,
  mira que tras las flores
  quiere los frutos:
Y con el tiempo
  ni estos le satisfacen,
  que es mal contento.

XXII.

Al amor ya no pintan
de ojos vendados,
carcax sobre los hombros,
flecha en las manos:
Ahora lo pintan
ofreciendo á las damas
lazos y cintas.

XXIII.

La muger me parece,
en ocasiones,
gato que en casa agena
busca ratones:
Sin otra causa
que porque á nadie gusta
lo de su casa.

CUARTETAS.

Retrato de Celia.

Por milagro del amor
que á tu beldad me sujeta,
Celia hermosa, ya de poeta
me he transformado en pintor.
Copiaré, pues, tu belleza
en cuanto esté de mi parte,
consultando mas que al arte
á la fiel naturaleza.
Lo apacible de la luna,
cuando sus cóncavos llena,
para tu frente serena
es cosa muy oportuna.
Con risueños arreboles,
y con luz graciosa y clara,

en el cielo de tu cara
por ojos pinto dos soles.
Pongo en tus tiernas mejillas,
de carmin tirio bañadas,
con azucenas mezcladas
encendidas maravillas.
Tus lábios como rubies
ya dibujo; aunque contemplo
que hacen mas vivo el ejemplo
los claveles carmesies.
Tu cuello...... mas la pintura
dejo aquí, por preguntarte
¿como, si puedo pintarte,
no conozco tu hermosura?
Dame respuesta: y yo fiel
en tan precioso diseño,
ejerceré, dulce dueño,
lo que le resta al pincel.

Continuacion.

Sigo pintando tu hermosa
imágen, divino dueño,
por ser de tu gusto empeño
de ocupacion tan gloriosa.
Ya de tu cuello reclama
al pincel tanta blancura,
que ponga en él nieve pura,
donde amor temple su llama.
El mismo amor, si reflejas,
verás que cual otro Marte,
arcos y flechas reparte
entre pestañas y cejas.
Recta la nariz sutil
defiende á tus dulces ojos
de no medidos arrojos,
cual muralla de marfil.
Tus manos, cada una de ellas,
para poder figurarla,

es necesario pintarla
con cinco azucenas bellas.
Tu pecho lo he de pintar
templo, en que los corazones
ofrecen sus libaciones
de amor en el sacro altar.
Lo que me falta prometo;
esto es, la alma del retrato:
la pintaré en otro rato
que lo permita su objeto.
Ahora parece que no,
porque al dar honesto un beso
á imágen tanta, confieso
que no sé como me vió.

Conclusion.

Á la imágen corporal,
que retórico el pincel
ha trasladado al papel,
se sigue la espiritual.

Con esta noble porcion
tu retrato concluiré,
y de todo sacaré
motivos de adoracion.
De su infinito tesoro
pródiga naturaleza
dió gracias á tu belleza
esmaltadas de decoro.
Memoria dió á tu beldad,
dióla un claro entendimiento,
la dió un blando sentimiento
en su tierna voluntad.
¡Oh, cuan grande es tu hermosura
con tan inmenso caudal!
¡oh precioso original,
que ha copiado mi pintura!
Bien, ó mal concluido estás,
¡ó retrato! por espejo
ve á mi dueño, aunque reflejo
lo muy deforme que vás.
Mas le lleva un dulce beso,
y otro, y otro, y ciento, y mil:

¡ay! no me culpes de vil
por un amoroso esceso.
¿Te ofendo, mi dueño? ¿dí?
¿te hago injuria? ¿te hago agravio?
¡ay! sacrílego mi lábio
me saca fuera de mí.

ROMANCE.

Carta amorosa.

Regalado Naramío
tu carta recibí, á tiempo
que en visita ayer estaba
cierto bicho algo travieso.
Comuniquéle su asunto,
con todo lo mas secreto

de este triste corazon,
dó cual ídolo te tengo.
Y él, como á las musas trata,
que en amorosos empeños
son oráculos de amantes,
é intérpretes de cortejos,
Prometióme invocaria
á todo el coro noveno,
para responder tu carta
en estos que él llama versos:
Conque en breve instante dióme
la fortuna un gran sujeto,
un *secretario* versista,
ó lo que llaman *tercero.*
Impuesto ya en el asunto,
dice por mí, como el éco
de mi voz, cuantas cosillas
mi boca le fué diciendo:
¡Ay ausente Naramío!
¿qué importa, querido dueño,
que el destino nos separe
con mil mundos de por medio?

¿Qué importa, si nuestras almas,
con vínculo el mas estrecho
unieron á par de amantes
sus recíprocos afectos?
En vano el terrestre globo
se opone al rayo febeo,
pues en la luna miramos
sus apacibles reflejos:
En vano pues se interpone
la ausencia, cuando contemplo
en mi memoria el retrato
del sol hermoso que quiero:
Y dulcemente inflamada
con mil gloriosos recuerdos,
te estoy viendo Naramío,
acá en lo mejor del pecho.
Acá, donde arde la llama
del casto amor que te tengo;
sagrada llama que atiza
la esperanza de himeneo.
Acá..... pero Naramío,
¿qué dices, mi bien? ¿qué es esto?

¿á donde me lleva, á donde
me arrebata mi deseo?
Desde que el ciego destino
me trajo por un desierto
á esta ciudad de Celaya,
que yo nombro mi destierro:
Desde que no me reclino
en esos tus brazos tiernos:
desde que no te hace un blando
reclinatorio mi pecho:
Desde que tu voz no escucho,
cual la de grato instrumento
animado al suave impulso
de algun profesor maestro:
Desde que yo no te arrollo,
cual á un albo pichonzuelo
la cándida palomilla,
haciéndote mil estremos:
¡Ay! no sé como esplicarte
las congojas que te ofresco,
los suspiros que te mando,
las lágrimas que te vierto.

¡Oh! así paso el claro dia,
y cuando el nocturno velo
cubre el orbe, y los mortales
se dan al triste silencio,
Entónces crecen mis ánsias,
crece entónces mi tormento,
levantando de mis ojos
sus blandas alas el sueño.
Tal vez entónces te miro
en un fantástico vuelo,
haciéndome mil cariños
que te correspondo luego.
Tal vez que de mí olvidado
vas en pos de otros luceros,
y que..... pero luego apago
las llamaradas del celo:
Que como yo no te olvido,
por un imposible tengo
que desprecies mis caricias
por halagos de otro dueño.
Se vá la noche, y el alba
me levanta de mi lecho,

dejando en él las reliquias
de mi llanto, que es eterno.
Esta es mi vida, entretanto
ausente estoy de mi cielo:
¡Qué distinta á la que tuve
pendiente de tu albo cuello!
¡Oh gracioso Naramío!
correspóndele su afecto
á tu Rosena infelice......
¿qué mas? basta, que no hay tiempo.
Á mas de que el secretario
dice, que ya suena hueco
el órgano de su musa,
y podrá cascarse presto:
Pues pulsada cada instante
la tecla de amor, primero
le habian de faltar las flautas,
que á las mugeres requiebros.

ROMANCE.

Á los dias de un amigo.

Para celebrar los dias
del amigo que mas quiero,
préstame tu lira, Apolo,
y díctame hermosos versos.
Vamos, comiénzame á dar
una luz de tanto fuego;
así de Dafne consigas
de tus amores el premio.
Qué ¿no lo haces? pues permita
Júpiter que en el Penéo
para tus sienes no halles
ni siquiera un ramo seco.
De esta suerte, amigo mio,
hablo con el dios de Delfos;

y al fin de todo, no valen
ni maldiciones, ni ruegos.
Sin duda que no me hallo,
para el caso bien dispuesto:
esto es, con la fantasia
templada al uso del tiempo:
Que produjera mil flores,
quemando vanos inciensos,
y ofreciera en tus altares
la lisonja y fingimiento.
Mas ¿qué importa, dulce amigo,
el que Apolo me haga gestos?
¿sabes tú que yo te estimo?......
pues á Dios, que todo está hecho.

DESPEDIDA.

Me voy, me aparto, me ausento:
ya te lo dice mi llanto:
te quedas, lo siento: ¡ay cuanto!
¡ay cuanto, mi bien, lo siento!

GLOSA.

Me salgo fuera de mí
al reflexionar llegó
el dia en que el hado falló,
que me apartase de tí:
Mas si lo dispuso así,
¿por qué resistirme intento?
¿no hay remedio? pues aliento,
á Dios, á Dios, alma mia,
que ya de tu compañia
me voy, me aparto, me ausento.

El amor en tal estrecho
qué hacer confuso no sabe,
y el dolor apenas cabe
en los límites del pecho.
Ejemplo de males, hecho
á los golpes del quebranto,
siento el ausentarme tanto
de tus luces refulgentes,
cuanto en idiomas corrientes
ya te lo dice mi llanto.

Á Dios.... mas ¡ay! ¡qué tormento!
de nuevo el miedo me asalta:
me falta el valor, me falta
para ausentarme el aliento.
Cadáver vivo me siento:
mas ¿qué mucho? no me espanto,
si dejo en tí gusto tanto,
tanto bien y tanta gloria,
que aunque vas en mi memoria,
te quedas: lo siento: ¡ay cuanto!

Pero tú ¿qué lloras? no
   eclipses ástros tan bellos,
   que no es justo paguen ellos
   lo que es fuerza sienta yo;
Mas si el amor nos unió
   con su propio ligamento,
   nuestro duro apartamiento
   es bien sientas por tu parte,
   que yo tambien el dejarte
   ¡ay cuanto, mi bien, lo siento!



DÉCIMAS.

Á Filis

en el campo. (1)

Oye, Filis, lo sonoro
de melodiosas cadencias
que en acordes competencias
trina ya el volante coro:
Cada pájaro canoro
parece que está apostando,
y su piquillo variando
va con tan grato primor,
que un órgano volador
se está en el aire escuchando.

(1.) El que llegare á leer estas décimas, tendrá mucho de que reir; pero el viejo Góngora me las adeecerá. No es malo el consuelo. A.

Mira tantos nacimientos
de arroyuelos, cuya plata
zuzurrando se desata
por esos valles sedientos:
Con uniformes acentos,
y compases distribuidos,
van quedando suspendidos
de sus músicos rumores,
hasta que en cama de flores
se quedan como dormidos.

Mira la hermosa arboleda
de verde pompa vestida,
y como que nos convida
á pasear por su alameda:
Alegre el ánimo queda
respirando la frescura
con que brinda la espesura
de los árboles, que son,
ya un toldo, ya un pabellon
á tu divina hermosura.

Mira cuantos animales,
en cuyas pintadas pieles
se esmeraron los pinceles
y dibujos naturales:
Tras de ellos van los zagales
tañendo y cantando amores:
así tienen por mejores
su libertad, su cabaña,
que aquel fausto que acompaña
á las ciudades mayores.

Mira la selva vestida
de un verde que por los ojos
se entra á quitar los enojos
de la alma mas aflijida:
En ella la comalida
oveja puede encontrar
cuanto tenga que desear:
la mesa para comer,
el campo para correr,
lecho para descansar.

¡Dichoso yo, que á tu lado
  ando el campo y sus florestas
  en las mañanas y siestas
  libre de todo cuidado!
Ahora siéntate en el prado,
  á la orilla de esta fuente:
  aquí, Filis, mútuamente
  nos harémos mil amores,
  y con guirnaldas de flores
  nos ceñirémos la frente.

DÉCIMAS.

En la destruccion de unos papeles amatorios.

¿De qué me sirve, papeles,
  hijos de un bastardo amor,
  veros con tanto favor,
  si vosotros sois crueles?
Ingratos sois, sois infieles,
  heredando el ser tiranos;
  mas yo haré que vuestros vanos
  y falsos prometimientos
  sean en menudos fragmentos
  el despojo de mis manos.

Confieso fuisteis amigos
en amorosos cuidados;
mas ya del todo volteados
sois tenaces enemigos:
De mi deshonra testigos,
vergüenza me da teneros,
pues mirándome severos,
sin que el corazon resista,
me haceis gustar por la vista
los acíbares mas fieros.

Así, pues, os he de hacer
pedazos, porque á mis ojos
no sois mas que unos despojos
de un ingrato proceder......
Mas no esto solo ha de ser:
aun mas teneis que sufrir....
al fuego, al fuego habeis de ir,
que pues fuego el ser os dió,
fuego ha de ser, y no yo,
el que os ha de consumir.

Ya ardeis, y al punto ¡qué horror!
de vuestras llamas las lenguas
al padecer tantas menguas
dicen ser fuego de amor:
Cuyo escaso resplandor
como un dia viene á ser,
con que yo consigo ver
mi oscuridad disipada,
y que en breve instante es nada
el amor de una muger.

Ceniza os contemplo ya,
y aunque tan yerta y tan fria,
mañana, ó en otro dia,
tal vez resucitará:
Mas no, que el viento será
vuestra total destruccion.....
en alas del aquilon
volad, pues, y que él os lleve
á cubriros con la nieve
de la mas cruda region.

Y mientras de mi presencia
su furor os arrebata,
la memoria que os combata
con golpes de la esperiencia:
Que aun en tan frágil potencia
teneros no es permitido,
y es remedio conocido
para un amoroso daño,
que lo lleve el desengaño
al sepulcro del olvido.

DÉCIMAS.

Á una Señorita que cogió la manía de pedir versos al autor.

¿Versos quieres? *un* pie está:
no tiene el *segundo* pero:
¡qué fluido salió el *tercero*!
cata una *cuarteta* ya.
Este es el *quinto*: alla va
brincando el *sesto*: ¿qué tal?
no salió el *séptimo* mal:
este es el *octavo*: ahora
sobre el *nono* vé, señora,
una *décima* cabal.

¿Quieres otra mejor que esta?
 ¿y de qué saldrá mejor?
 ¿quiéresla, mi bien, de *temor*?
 sin tí no se hará la fiesta.
¿De *zelos*? pero me cuesta
 muy caro este mal por tí.
 Vaya de ausencia ¡ay de mí!
 que me dá tantos enojos,
 porque no miro tus ojos:
 cata otra *décima* aquí.

Vaya de *amor*, porque toda
 el alma te sacrifica,
 cuando entre chanzas te esplica
 que entre veras me acomoda.
Desde luego que la boda
 no permitirá tardanzas,
 si á las dulces esperanzas
 propicia correspondieras,
 haciéndose amor de veras
 el amor que anda con chanzas.

En fin, cuando el verso acabo,
hallo por modos diversos,
que es muy facil hacer versos
de estos, de que no me alabo.
De ser tu amoroso esclavo
sin duda me alabaria:
y creo te pareceria,
si no me engaño, mejor
el acento de mi amor,
que la voz de mi Talía.

~~~~~

DÉCIMAS.

Á mi corazon.

Corazon, corazon, dí
¿qué sientes, dí, corazon,
que con recia pulsacion
salirte quieres de mí?
~~~~~

Mas ya la causa advertí,
y creo no ser desacierto,
porque quedando yo yerto
de una pena tan tirana,
tú por irte con Rosana
salir quieres vivo ó muerto.

Razon tienes, corazon,
que supuesto ella es tu dueño,
procuras el desempeño
de tu dulce obligacion:
Ve pues, dile la ocasion
tan penosa en que me ves,
y te encargo que despues
á sus pies sirvas de peana,
porque es justo que Rosana
tal peana tenga á sus pies.

~~~~~~
~~~~~~

DÉCIMA.

Á Lisi

por el fuego que le salió á la boca.

Ese fuego es prueba clara,
que ya de tu amor tenemos,
¡ay Lisi! y por lo que vemos
siempre el mal sale á la cara:
Y cuando á todos declara
de tu interior la pasion,
se convence la razon,
con atencion á que vale
decir, que á los lábios sale
lo que está en el corazon.

DÉCIMA. (1)

A unos ojos.

Cuando mis ojos miraron
de tu cielo los dos soles,
vieron tales arreboles
que sin vista se quedaron:
Mas por ciegos no dejaron
de seguir por sus destellos,
por lo que duélete de ellos,
que aunque te causen enojos,
son girasoles mis ojos
de tus ojos soles bellos.

(1.) Esta produccioncilla fué el primer gorgeo de mi musa. A.

DÉCIMA.

En una ausencia.

Las lágrimas que encerrais
¿para cuando, ojos, quereis?
Si á vuestra Filis no veis,
ojos, ¿por qué no llorais?
Mas ya el descargo me dais
formando copiosos rios:
llorad, pues, tantos desvíos,
llorad ausencias fatales,
llorad, llorad tantos males,
llorad, llorad, ojos mios.

DÉCIMAS.

El amor Carmelita.

Empeñado en la hermosura
de Nise, el amor un dia
su retrato disponía
en retórica pintura.
Mudar quiso de figura
para la vez de pintor,
y por singular favor
con su madre solicita
lo transforme en Carmelita.
¡Qué lindo que está el amor!

¿Conque á mas de niño, loco?
pues si se viera á un espejo,
sin tener trazas de viejo
él mismo se hiciera el Coco:

Cuando su capricho toco,
en discursos me desvelo,
preguntando al diosezuelo
¿qué hado siniestro le apura,
á que pinte la hermosura
vistiéndose de Carmelo?

Pues qué, ¿el pintar con esmero
una belleza sin par,
es lo mismo que jugar
á las damas del tablero?
Ó ¿qué piensa el dios certero,
que esa tu cara divina,
miniatura peregrina
de raros modos y nuevos,
es arroz, pescado, huevos,
ú otro embrodio de cocina?

Nada vale. Se presenta
el amor en su aparato.
¡Qué lindo salió el retrato!
de su original, afrenta.

¿Y así Nise está contenta?....
Esto es lo que mas me irrita.
Por tu cara tan bonita,
Nise, ruégale al amor,
que cuando haga de pintor
no se meta á Carmelita.

QUINTILLAS.

Duda amorosa.

Si por una cosa rara
dos corazones tuviera,
en uno Filis entrara,
en otro á Dóris pusiera,
y así á las dos contentara.

Pero si uno solo tengo
no podré darlo á ninguna,
porque luego me detengo
en que si lo doy á la una,
al rigor de la otra vengo.
Darlo á las dos es buscar,
si se examina despacio,
guerra en que siempre han de estar;
porque en un solo palacio
dos no pueden gobernar.
Que hacer en tal confusion
no alcanzo; mas si supiera,
que no habia de haber cuestion,
sin duda á cada una diera
la mitad del corazon.
Así una vez discurria:
y amor que en mi pecho estaba,
en lo interior me decia:
que si á dos darlo pensaba,
á ninguna lo daria.
Que es ley la mas oportuna;
aunque de un tan ciego dios,

que se quiera á sola una;
porque aquel que quiere á dos
no quiere bien á ninguna.
Luego el corazon le dí
á Dóris; y mal pagado,
al punto me arrepentí,
de que no le hubiera dado
á Filis: ¡Triste de mí!

ENDECHAS REALES.

Á un canarito de Celîa.

¡Ay, pobre canarito,
Que con flébiles ayes
Llamas al dulce dueño
Que te llevó la muerte inexôrable!

¡Ay triste, y como llenas
De suspiros los aires
Que volverte no pueden
Á nueva vida la consorte amante!

¡Ay! como representan,
Tus lúgubres cantares
El amor que perdiste,
Amor difunto que en la nada yace.

Suspende de tus quejas
Los fúnebres compaces,
Con que á llanto provocas
Al coro alegre de las dulces aves.

Parece que refieren
Los sabrosos instantes
Que en el mullido lecho
Son premio dulce de desvelo amante.

Procura ¡ay! sí, procura
De tu dueño olvidarte,
Y sea total remedio
Para tanto dolor un nuevo enlace.

Ya de la hermosa Celia,
Movida á tus pesares
La ternura, se empeña
Para que en otro amor alegre cantes.

Págale sus oficios,
Sus oficios tan grandes
De ternura, con quiebros
Que trinas á la aurora cuando sale.

¡Qué bella pajarita
Te presenta! ¡Qué talle!
¡Qué ebúrneo su piquillo!
¡Qué pintado, y qué muelle su plumage!

Llévala al dulce nido,
Que puedo asegurarte
Que todos serán gustos,
Pues de los muertos no hace aprecio nadie.

DOS TRADUCCIONES

DE UNOS VERSOS DE GALO.

PRIMERA.



Lidia bella, muchachita blanca
Mas que leche y que cándido lirio;
Mas que rosa, que es alba entre rubia,
Y que indianos marfiles bruñidos.
Muchachita, desata, desata
El trenzado de esos cabellitos
Para ver en tus cándidos hombros
Hilos de oro luciente esparcidos.
Sus estrellas me muestren tus ojos,
Y sus cejas en forma de arquitos;
Y tambien tus mejillas me muestra,
Que se bañan con grana de Tiro.

Llega acá con tus lábios corales,
Y me dá cual paloma besitos:
Una parte de mi alma te llevas:
Hasta el pecho tu boca he sentido.

¿Por qué agotas mi sangre que aun corre?
Tapa, tapa tu blanco pechito:
Ese pecho, muchachita, cubre,
Que se enyema del nectar ungido.

Cinamomo se esparce en tu seno:
El placer se suscita contigo:
Tapa, tapa tu pecho amoroso
Que me tiene dulcemente herido.

Qué ¿no ves cuando enfermo me quejo
Mis amores? cruel eres conmigo.
Muchachita, qué ¿así me abandonas
Casi muerto, y á tus pies rendido?



SEGUNDA.



Lidia hermosa, mas alba
que la leche y que el lirio,
mas que la rosa que une
lo blanco y lo encendido.
Mas que el marfil que aprecian
los orientales indios,
y que por diestra mano
resplandece bruñido.
Esparce, niña, esparce
tus rúbios cabellitos,
y que en tus hombros vaguen
como dorados hilos.
Denme luz las estrellas
de tus ojos divinos,
y de tus cejas negras
me muestra los arquitos.

Tus mejillas rosadas,
que en púrpura de Tiro
recibieron lo rojo,
déjame ver, te pido.
Llega acá con tus lábios,
tus lábios coralinos,
y dame cual paloma
muy sabrosos besitos.
Una parte de mi alma
te llevas; y percibo
al tiempo que me besas,
el corazon herido.
¿Por qué, por qué me dejas
de este modo, bien mio?
Ese pechito esconde
de nectar comprimido.
En tu seno conduces
cinamomo esparcido,
y manan de onde quiera
los placeres contigo.
Esconde, niña, esconde
tu nevado pechito,

porque todo me quemo
con cuanto en este miro.
Qué ¿no ves lo que paso?
tirana eres conmigo.
¿Casi muerto me dejas,
cuando por tí suspiro?



EPIGRAMA

Del Amor arando.

Traducido del idioma griego al latino, y de éste al castellano.

El rapaz cupidillo
dejando el arco de oro,
pone oportunamente
la alforja sobre el hombro.

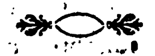
Arroja la hacha ardiente,
coge el callado corvo,
y unce los mansos bueyes
bajo del yugo tosco.
Con mala fé á la tierra
da la semilla, y pronto
dijo, alzando la vista
al estrellado polo:
Haz, ó Júpiter sumo,
este campo abundoso;
si no haré que bajando
de tu luciente trono,
Lleves el yugo infame,
(otra vez como toro)
de Europa, que sin duda
es yugo el mas gravoso.

PARÁFRASIS

Del mismo Epigrama.

De los cándidos hombros abajaba
El dorado carcax amor un dia,
Y en su lugar ponia
La alforja que á propósito llevaba.
Ygualmente arrojaba
La abrasadora tea
Y el grosero cayado apercibia.
Y á los uncidos bueyes dilijente
Para que abran el sulco aguijonea:
Ya esparce la semilla conveniente
En el fecundo preparado suelo,
Y dice: (levantando al claro cielo
Sus ojos) haz, ¡ó Júpiter! que vea
La siembra acrecentarse en mi decoro;

Si no quieres que sea
Tu deidad convertida en manso toro:
Y te veas obligado
Por quien otra ocasion hacerlo pudo,
Á llevar aquel yugo tan pesado
De Europa, con infamia de cornudo.



Á Clori

con una calandrita.

Clori, Clori, restaure mi aliento
De tus ojos la dulce alegria,
Tu presencia mas suave que la alba
¡Ay, zagala! me dé nueva vida.
Humedece con lágrimas tiernas
El cadáver de esta calandrita.

Que del nido materno robaba
Para traer á tus aras divinas.
Á tu influjo esperaba creciera,
Descubriendo la pluma amarilla,
Que con negra formara un ropage
Mas galan que la tela mas rica.
Pareciame escuchar los gorgeos,
Que á tu voz hechicera aprendia,
Cuando jaula de mimbres delgados
Defendiera de alcones su vida.
Pero en medio de imágenes gratas,
Empujando con alas blanditas
De mi mano se sale, y se sube
De un arbustos en las verdes ramillas.
Fiero can, que la sigue, la coje;
De sus fauces mis ánsias la quitan,
¿Pero como, mi Clori? exhalando
Mi esperanza halagüeña en su vida.
Los zagales al son de sus flautas
Su tragedia cantando, repitan:
Avecillas que libres se pierden,
Es mejor que se logren cautivas.

211.

Á Clori

con unos pichoncitos.

Á estos dos pichoncitos que en dulce
Y amoroso concurso tuvieron
Dos amantes fecundas palomas
Nuestra choza destinan los cielos.
Á la escuela de amores felices
Defenderse podrá que vinieron,
Si los dos con empeño tomamos
Su enseñanza en los dulces estremos.
Aprended, palomillos dichosos,
Las lecciones que dicta el afecto:
Ved en Clori inocentes halagos,
Y en su Silvio cariños honestos.
¡Ay! no quiera la diosa de Chipre
Que su carro tiréis con el tiempo,

Que aunque sois de tan cándidas plumas
Quedareis maculados muy presto.
¡Cuanto, Clori, cuanto nos amamos!
Pues atados con vínculo estrecho,
Me parece que vienen las aves
Á tomar de nosotros ejemplo.
Alegraos, alegraos, pastorcillas,
Y tocad los festivos panderos,
Mientras cantan alegres las aves
Al amor, que nos hace maéstros.



Clori, y Silvio

comiendo duraznos.



Mientras pacen las blancas corderas
Verde grama y tomillo oloroso,
Comerémos, zagala, estos frutos
Á la sombra que ofrecen los olmos.

¡Que durazno! parece que muerdo.....
Un carrillo del dueño que adoro......
De mi Clori..... de tí, por quien vivo
Encantado en los valles y sotos.

Dame tú ese que ya has comenzado.....
Toma tú este.... ¿cual es mas sabroso?
El que tiene, mi Clori, el almibar
Que destilan tus claveles rojos.

Bendigamos al númen que manda
La estacion del fructífero otoño,
Y los gustos cantémos del campo,
Que no tienen los poblados todos.



ROMANCE ENDECASÍLABO.

Á los ojos de Clori.

Graciosas luces de la Clori mia,
Estrellas claras de esplendores tiernos,
Albas risueñas, soles agraciados,
Ojos divinos que me veis serenos:

Como los montes se estremecen cuando
Rayos fulminan los airados cielos,
Así mi pecho, que se siente herido
Sin causa alguna, del enojo vuestro.
¿Hasta cuando esas niñas cariñosas
No me vuelven á ver como riëndo?
Tornad al gusto con que me mirabais,
Risueñas niñas, en alegres tiempos.
Miradas dulces sobre el triste Silvio
Benignos esparcid, habladme tiernos,
Habladme tiernos, como siempre fuisteis:
Volved á vuestro amor, ojos parleros.
Tiernos, y alegres, y blandos, y dulces,
Divinos ojos de amoroso fuego,
Convertid vuestras iras formidables
En calma celestial, ojos serenos.
Así los dioses á mañana y tarde
Lucir os hagan en lugar de Venus,
Y así las musas os compongan himnos
Que cante Silvio vuestro zagalejo.



ROMANCE ENDECASÍLABO,

En la muerte

de un Lorito.

Psittacus Eois immitatrix ales ab Indis,
Óccidit. Exequias ite frequenter, aves.
Ite, piae vólucres; et plangite pectora pennis;
Et rigido teneras ungue notate genas.
Horrida pro moestis lanietur pluma capillis:
Pro longâ résonent carmina vestra tubâ.

OVID. LIB. 2.º AMOR. ELEG. 6.ª

La muerte de un gracioso pajarillo
Lloró CATULO con dulzura tanta
Como que era el que hacía las delicias
Y el recreo todo de su Lesbia amada.
Recuerda con ternura y sentimiento
Sus gracias todas que eficaz retrata,

Y aquellos movimientos inocentes
Con que á su hermosa Lesbia tanto agrada.
De su hechicero seno á un lado y otro
El tierno animalito se volaba,
Cuidando siempre de volver gozoso
Y nunca tarde á su envidiable estancia.
Lloró tambien el dulce y suave OVIDIO
De un perico la muerte desdichada;
Manso, hermoso, locuaz y lleno todo
De encantadoras y sublimes gracias.
Él fué de una inocente tortolilla
Amigo fiel, sin que jamas notara
Ninguno en ellos la mas leve riña;
Cosa en sus semejantes bien estraña.
El fué parco y frugal, pues solamente
Vivió de comer nueces y alguna agua:
Tan amoroso y tierno, que hasta de esto,
Si le hablaban de amores, se olvidaba.
Él en fin mereció y logró la dicha
De agradar á Corina, y su palabra
Última fué un funesto y triste vale
Con que su alma sensible le traspasa.

¿De qué te sirvió dime, esclama Ovidio,
La fé á tu tortolilla tan guardada?
¿De qué tu hermosa variedad de plumas,
Y la dulzura de tu graciosa habla?
¿Qué te aprovecha el don inestimable
De agradar á Corina? ¡oh suerte infausta!
¡Ay! yaces infeliz, funesta gloria
De cuantos pueblan las regiones aéreas....
Así sigue, señora, lamentando
El genio dulce la fatal desgracia,
Y así de vuestro amado periquito
Quisiera cantar yo, y os agradara.
Pero tan incapaz me reconozco
De esto, que solo quiere mi ignorancia
Remedar la espresion y los acentos
De la lira mejor de las romanas.
Venid piadosas, tiernas avecillas,
Á llorar sobre la urna desdichada
Del mas gracioso loro que ser pudo
Despojo triste de la horrible parca.
Romped vuestro plumaje hermoso y rico:
Herios los pechos, azotad las alas,

Y oíganse vuestras quejas y lamentos
En la region que esté mas apartada.
Llorad zenzontles, y canarios suaves,
Tórtolas, gorrioncillos, y calandrias,
Llorad la muerte del perico amable
Que se ha robado Láchesis avara.
¿Tanto importaba, muerte, á vuestros triunfos
Esta avecita que Joaquina amaba?
¿No tienes allá tantos que publiquen
Tu gran poder y fuerza ilimitada?
¿El rico Creso, el elocuente Tulio,
El valiente Scipion, mi hermosa Clara,
No te dan todavia bastante gloria?
?Aun no demuestran tu fiereza y saña?
Pues ¿por qué, á esa ave amable é inocente
Haz hecho triste objeto de tu rábia?
¿Quisiste acaso castigar su dueño
Por la ternura fiel con que la amaba?
Pero sea lo que fuere, ya no existe,
Y dentro de muy breve será nada;
Gravémos pues por último en su losa
Lo que Ovidio hizo en la del otro, y basta.

EPITAFIO.

Desde este triste leteo
que es propia imágen del sueño,
agradarán á mi dueño
mis canciones y gorgeo:
Supuesto, pues, que aun poseo
aquella dulce armonia
y admirable melodia
del ave mas docta en canto,
y así convierta su llanto
en la mayor alegria.

LA MAÑANA.

Ya se asoma la cándida mañana
Con su rostro apacible: el horizonte
Se baña de una luz resplandeciente,
Que hace brillar la cara de los cielos,

Huyen como azoradas las tinieblas
Á la parte contraria. Nuestro globo,
Que estaba al parecer como suspenso
Por la pesada mano de la noche,
Sobre sus firmes, ejes me parece
Que le siento rodar. En un instante
Se derrama el placer por todo el mundo.
¡Agradable espectáculo! ¿Qué pecho
No se siente agitado, si contempla
La milagrosa luz del almo dia?
Ya comienza á volar el aire fresco,
Y á sus vitales soplos se restauran
Todos los seres que hermosean la tierra.
El ambar de las flores ya se exhala
Y suaviza la atmósfera: las plantas
Reviven todas en el verde valle
Con el jugo sutil que les discurre
Por sus secretas delicadas venas.
Alegre la feraz naturaleza
Se levanta risueña y agradable:
Parece cuando empieza su ejercicio,
Que una mano invisible la despierta.

Retumban los collados con las voces
De las cantoras inocentes aves:
Susurran las frondosas arboledas,
Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco
Pero alegre murmullo entre las piedras.
¡Qué horas tan saludables en el campo
Son estas de la luz madrugadora,
Que los lánguidos miémbros vigorizan,
Y que malogran en mullidos lechos
Los pálidos y entecos ciudadanos!
Todo escita en el alma un placer vivo,
Que con secreto impulso la levanta
Á grandes y sublimes pensamientos.
Todo lleva el caracter estampado
De su hacedor eterno. Allá á su modo
Parecen alabar todos los entes
La mano liberal que los produce.
Todo se pone en pronto movimiento:
Cada cual de los simples habitantes
Comienza su ejercicio con el dia.
Tras su manada de corderas blancas
Leda la pastorcilla se entretiene,

Tejiendo una guirnalda, que matiza
De varias flores para su alba frente.
El baquero gobierna su ganado,
Que se dilata en el hermoso ejido.
El labrador robusto se dispone
Para el cultivo del terreno fértil.
Vóime al sembrado que la providencia
Con su invisible diestra me señala:
Sufriré el sol ardiente; pero alegre
Con los frutos sazones y abundantes
Que los sulcos me dan que beneficio.
Apagado el bochorno de la tarde,
Me volveré á mi choza apetecible,
Morada de la paz y de los gustos,
Donde mi esposa dulce ya me espera
Con sus brazos abiertos: mis hijitos,
Despues de recibirme con mil fiestas,
Penderán de mi cuello: ciertamente
Que vendré á ser entónces como el árbol
De que cuelgan racimos los mas dulces.
¿Y he de trocar entónces mi cabaña,
Aunque estrecha y humilde, por el grande

Y soberbio palacio, donde brilla
Como el sol en su esfera un señor rico,
Pisando alfombras con relieves de oro?
Nada menos. Tampoco este instrumento,
Este instrumento rústico y grosero,
Bienhechor, que me da lo necesario
En todas las urgencias de mi vida,
Por el cetro brillante que un monarca
Empuña con su diestra poderosa.
No cabe el gozo dentro de mi pecho;
Ni de alabar me canso en la mañana
Al padre universal de las criaturas,
Que miro en esa luz madrugadora;
Sin dejarlo de ver en las restantes
Producciones tan grandes de su seno.
Oh cuántas! ¡cuáles son! ¡y qué admirables!
Pero ninguna como el alba hermosa,
Que parece que á todos les da vida,
Imbiándoles la luz de su semblante.
¡Oh, risa de los cielos, y alegria
De estos campos felices! Precursora
De los rayos del sol, yo te saludo.

Las frescas sombras, las campiñas verdes,
Las fuentes clara, los favonios blandos,
Las aves dulces, y las flores tiernas,
Te saludan tambien allá á su modo.
Su faz hermosa la naturaleza
Sacar parece del sepulcro ahora:
Todos sus entes cobran nueva vida
Á tu presencia dulce y agradable.
Corren las fieras á sus cuevas hondas;
Brincan las cabras, los corderos balan,
Llaman las bacas á sus becerrillos,
Mugen los toros, y responde el éco,
Que sale de los montes retumbando.
Los pastorcillos, y las zagalejas
Sonoros himnos canten al eterno
Autor que baña tu semblante hermoso
De tan alegre luz por la mañana.

SUEÑO ALEGÓRICO.

CANTO EN OCTAVAS.

Cuando dormimos pasamos á un nuevo mundo que algunas veces (siendo todo ideal, y una simple representacion del que habitamos) nos ofrece nuevas ocasiones de reflexionar sólidamente nuestra alma, que siempre está en ejercicio. Caracciolo en el Goze.

1. Ya que la fuerza de mi edad lozana
Con treinta años de peso se rendia,
Hallábame en la corte Mexicana
Enfermo de mortal hipocondria:
Entónces una noche mas temprana,
Y mas triste que nunca, parecia
Arrojarme del sueño á los umbrales,
Porque viera un enigma de mis males.

II. Éntromé en unos huertos deliciosos,
Á quienes Priapo ve con blando ceño,
Frescos, alegres, verdes, olorosos,
Y última prueba de su autor el sueño:
De sus bosques espesos, pero hermosos,
Al paso me salieron, ¡dulce empeño!
Dos Ninfas que me ponen en sus brazos,
Cual incauta avecilla en muchos lazos.

III. Portaba un canastillo la primera
De frutos los mas gratos y sazones:
Brindóme de ellos para que comiera
Con estilo que vence corazones:
¿Quien habrá que resista á una hechicera
Tan dulce en sus políticas funciones?
Brindóme ¡ay cielos! y á la nueva instancia,
De sus frutos comí con abundancia.

IV. De rúbio nectar una copa bella
La segunda á los lábios me llegaba;
Mas el influjo de benigna estrella
Su poder y mi ruina me anunciaba:

Temeroso resístome; pero ella
Como toda razon atropellaba,
Diome vino á beber, que sin disputa
De mi vergüenza fué letal cicuta.

v. Cuando por una verde celosia
Asómase otra Ninfa á mis recreos,
Que con el fuego que en su rostro ardia
Abrasa la region de los deseos:
Sale: dame la mano..... ¡suerte mia!
Este sí fué el mayor de mis trofeos,
Pues la espliqué mi amor, y en el instante
Se asomó la sonrisa en su semblante.

vi. Arroyos de cristales derretidos,
Y cantares de dulces ruiseñores
Suavemente embargaban los sentidos
En lecho blando de mullidas flores:
Los tiempos lamentábanse perdidos,
Cuando á estorbar de Venus los amores
Aparécese un viejo, y dando un grito,
Llena de espanto todo aquel distrito.

VII. Huyen las Circes, como del sembrado
Se levantan las aves al estruendo
De la piedra que la honda ha disparado:
El risueño pensil vuélvese horrendo:
Ya el anciano su brazo ha levantado.....
Dame un golpe, y del éxtasi volviendo
Mis vicios lloro; pero luego canto
Lleno de gusto el desengaño santo.

IDILIO.

La Zagala en el bosque.

Frondoso bosque, cuya fresca sombra
Mis perdidos alientos restauraba,
Cuando de tierna grama en verde alfombra
Un pérfido pastor me acariciaba,
Todo el tiempo lo acaba....

¡Ay, Silvio, Silvio, Silvio, ingrato dueño!
Puesto que ya sacudo el fatal sueño
De prolongados años
Que entretuve el amor en tus engaños,
Es fuerza que despierte,
Y que vea en adelante de otra suerte.

De este modo una bella zagaleja,
Cuando de Silvio cruel triste se queja,
Del alma abre los ojos,
Y alivia los enojos
De un amor ofendido; concluyendo
Con aquestos renglones
Que en el tronco de un árbol va escribiendo
Para alivio de incautos corazones.

Zagala, tu amor conten,
Si lo quiere algun zagal,
Pues si Silvio pagó mal
¿Quien habrá que pague bien?

ÉGLOGAS.

ADVERTENCIA

DEL EDITOR.

Compuso el autor las dos siguientes ÉGLOGAS *siendo muy joven, cuando por lo mismo aun no podia poseer todos aquellos conocimientos que se requieren en este ramo de la poesia: Así lo espresó en un cuaderno escrito de su puño, donde dice:* que no las estraia de ese lugar, porque no escribia para el público; sino para los amigos privados. *Sepa tambien el lector, que la formacion de ellas fué obra de poquísimo tiempo.*

ÉGLOGA PRIMERA.

EL AMANTE MAS FIEL

DE LOS PASTORES.

DEDICATORIA.

Á tí, con quien mi amor en algun dia
De mi albogue al compas triste cantaba,
Y tu voz sus cadencias alternaba,
Cual éco que mis ayes repetia:

Á tí, que de mis penas la porfia
Por la estrecha amistad que nos ligaba,
De suerte el corazon te traspasaba,
Que la llorabas tuya, siendo mia:

Á tí, Berardo, á tí justo es resuelva
Dedicar este afan, corto servicio,
Porque así á respirar contigo vuelva:

Acepta, pues, de amor el sacrificio
En versos que las ninfas de la selva
Escucharon de Mopso y de Fenicio.

ÉGLOGA.

POETA, MOPSO, FENICIO.

POETA.

Ya las nocturnas aves
Del monte horrorizaban la espesura
Con sus lamentos graves,
Y el negro velo de la noche oscura
Bajando de la lóbrega montaña
Se estendia á la rústica cabaña:
Cuando Fenicio herido
Del acerbo dolor que le atormenta,
Del mal entretejido
Alvergue pastoral triste se ausenta,
Para dar sin medida á su quebranto
El infeliz consuelo de su llanto.

Un cayado grosero
Su débil contestura sustentaba,
El rostro lastimero
Sobre el cansado pecho reclinaba,
Y ácia al suelo doblando su estatura,
Un espectáculo era de ternura.
En traza tan penosa
Poco á poco los pasos dirijia
Á la montaña umbrosa,
Y en llegando á su espesa serrania,
De esta suerte, sentándose en un tronco,
Desató de su voz el éco ronco.

FENICIO.

¡Oh noche, á mi tristeza acomodada!
¡Asilo de mi grande sentimiento!
Á tu silencio solo revelada
La causa puede ser de mi tormento:
Diga pues mi dolor la voz cansada,
Y salga de este pecho el mal que siento:

Siendo testigos las montañas rudas,
Las peñas sordas, y las selvas mudas.
Que aunque siempre serán quejas en vano,
Pues mi mal ¡ay de mí! no tiene cura;
No sé qué de consuelo el pecho humano
Siente con espresar lo que le apura:
Hable pues de mi dueño que tirano
Mi pena, mi dolor, mi mal procura:
De Dóris, sí, de Dóris tanta mengua
Que siente el corazon diga la lengua.
¿Qué motivo ¡ay dolor! ingrata fiera,
Pudo dar ocasion á tal desvio,
Que ofendiendo mi amor y fé sincera
Sujetas á otro amante tu alvedrio?
¿Por ventura no soy el que antes era?
¿Pues como ya te enfada el amor mio?
¿Como así con tan súbita mudanza
Muere tu amor, acaba mi esperanza?
¿Á donde está el amor y la fé pura
Que en aras de tu pecho me juraste?
¿Á donde retiraste mi ventura,
Y de mí tan cruelmente la apartaste?

¿Á donde mi regalo y mi dulzura,
Y en ellos mi alma y vida te llevaste?
¿Á donde? ¿á donde, dí, Dóris, á donde
Tanto bien ¡ay de mí! tu mal me esconde?
¿Conque llegó por fin tu atrevimiento,
Sin alma, sin razon, sin fé, sin juicio,
Á quebrantar el mutuo juramento
Con que al amor hicimos sacrificio?
Mas que fiera con tal procedimiento
Te acreditas ¡ay Dóris! con Fenicio:
Mas que fiera.... sí, Dóris ¿quien creyera?
¡Ay Dóris, Dóris..... Dóris mas que fiera!
¡Qué traicion! ¡qué rigor! ¡qué alevosia,
Ofendiendo mi amor, es la que has hecho!
Pues cuando el daño ménos precavia,
Porque estaba, aunque mal, muy satisfecho,
Le robaste el contento á la alma mia,
Dándole á otro pastor tu fácil pecho:
Mas allá de la negra infamia toca
Lo alevoso de tu hecho, y accion loca.
¿Quien creyera que ingrata me pagaras
Con tanta falsedad, tanta vileza,

Los tiernos holocaustos que á tus aras
Ofreciá cuotidianos mi fineza?
Oh si tu culpa á conocer llegaras!
Quizá mirando entónces tu bajeza,
Por no manifestar perdido el juicio,
Amaras como de antes á Fenicio.

Mas si apartado estoy de tu memoria,
Y por otro llegaste á mal quererme,
¿Cuando podré gozar mi antigua gloria?
¿Cuando podré en tus ojos complacerme?
¿Cuando podré de amor cantar victoria?
¿Cuando en tus dulces brazos podré verme?
¿Cuando podré?... ¡ay de mí! no tienen cuando
Los regalos de amor que estoy llorando.

¡Ay! que de rábia y cólera rebiento,
Mirándome por otro desdeñado:
El corazon del fiero sentimiento
Parte á parte lo tengo traspasado:
Desmáyase el valor y el sufrimiento:
Y del remedio ya desesperado,
Para aplacar un tanto mis enojos,
Lloran hasta cegar mis tristes ojos.

POETA.

Aquí quedóse mudo,
Porque el dolor el pecho le oprimia:
Y cuando ya no pudo
Con la lengua esplicarse, se valia
De los ojos, que son mas elocuentes
En idiomas de lágrimas corrientes.

Del tiempo la balanza
Ya con iguales horas se movia,
Y sin tener mudanza
En sus lágrimas tristes, parecia
Que para dar alivio á sus enojos
El alma liquidaba por los ojos.

Cuando á breves instantes,
Como el cielo de nubes revistiese
Sus antorchas flamantes,
Y sus faldas el monte estremeciese
De los horrendos truenos al amago,
Esperando en sus troncos el estrago;

Como enojado el viento
Corriese por la sierra, despojando
De su hojoso ornamento
Á las plantas con que iba tropezando:
Y quédase aquel sitio de tal modo,
Que infundiendo pavor estaba todo:
Enjugando su llanto,
Á la rotura de una bruta peña
Retiróse entretanto
El cielo daba de sereno seña,
Que ya, segun lo mucho que llovia,
En agua al parecer se deshacía.
Con quietud procuraba
Mitigar por entónces sus congojas,
Y la noche pasaba
En el lecho fatal de ásperas hojas,
Dando alivio á sus ojos entre tanto
Que volvia de nuevo al triste llanto.
En fin, ya el claro dia
Daba para llegar pasos violentos,
Y puesto en armonia
El curso de los bravos elementos,

Se asomaba la aurora á su ventana
Alegrando la cándida mañana.
Entónces la caverna
El infeliz pastor desamparaba,
Y á tierra mas interna
Sus trabajados pies enderezaba;
Cuando Mopso saliéndole al camino,
Los pasos le estorbó de su destino.
Era este un ganadero
De distinta cabaña, que habia sido
Su amado compañero
En otro tiempo, porque habian vivido,
Teniendo sus albergues inmediatos,
Probando su amistad con fieles tratos.
Despues que se pagaron
Algunas afectuosas espresiones
Que siempre acostumbraron
Los amigos en tales ocasiones,
Á la sombra de un roble se acogieron,
Y principio á su plática pusieron.

FENICIO.

¿Qué fin de tu cabaña te ha sacado
Quieres decirme, amigo el mas querido?

MOPSO.

Dorisa, la zagala á quien he dado
Por justo premio el corazon rendido.

FENICIO.

Dichoso aquel amante que pagado
Vive, sin las ofensas del olvido;
No así yo, Mopso: escucha de mi historia
Mil cosas que enternecen mi memoria.
Á tiempo que sus bodas celebraban
Dos amantes dichosos cierto dia,
Á los campos me fui donde se hallaban
Con música espresando su alegria.

Acerqueme curioso á donde estaban
Las zagalas, y aun no bien recorria
La vista desgraciada, cuando luego
Cual con la luz del sol me quedé ciego.

Era Dóris, la misma que al instante
En su mirar risueño prometia
Ternura á mi cariño titubeante
Que mi rendido pecho la ofrecia:
Entónces parecióme que de amante
Venturoso la suerte me seria;
Pues saliendo á mis lábios mil arrojos,
Se asomaban afectos á sus ojos.

Diéron fin á la fiesta los pastores,
Y acompañarla ofrezco hasta su casa;
Mas temiendo del vulgo los rumores,
En admitir la oferta anduvo escasa:
No juzgué sus reflejas inferiores,
Como que sé lo que en el mundo pasa;
Y así me despedí tocando ufano
Albos jazmines de su blanca mano.

Á mi alvergue me fuí; y aunque pudiera
Facilitar consuelos la esperanza,

El corazon, se abrasa, y una hoguera
En suspiros de amor afuera lanza:
La deidad de la noche en su carrera
Soñolienta pasaba con tardanza:
Pero habiendo llegado el claro dia,
Á la casa de Dóris me partia.

De nuevo me enardesco, y cuando intento
Aliviar con su vista mi quebranto,
Los incendios de amor hallan fomento,
Y los deseos crecen otro tanto:
Freno pongo á cualquier atrevimiento
Temiendo un disfavor; mas entre tanto
No dejaba el amor de hacer conquista,
Ya que no con la boca, con la vista.

Repito mis visitas obsequioso:
Y cual soldado en la campaña instruido
Ya se muestra cobarde, ya animoso,
Ya triunfante en la lid, ó ya vencido:
De la misma manera cauteloso,
Me hago ya despreciado, ó ya querido:
Oportuna materia para luego
Á la mina de amor prenderle fuego.

En este aunque amoroso, triste estado
Sujeto del honor á la cadena,
En la carcel del pecho aprisionado
Lamentaba el amor su dura pena.
Diez palacios habia el sol dorado,
Y la luna se vió diez veces llena,
Sin que diese por tímida la boca,
Libertad á pasion que en muerte toca.
Hasta que en fin, instable la fortuna,
Ó la misma desgracia cautelosa,
Dispúsome ocasion tan oportuna
Que me fuera el callar sensible cosa:
No corrió con mas fuerza fuente alguna,
Cuando rompe los diques impetuosa,
Despues de largo tiempo aprisionada,
Que mi alma al espresarse apasionada.
Díjela pues, del mal que adolecia
Con vivas y eficaces espresiones:
Y á la de amor contínua bateria
El muro se rindió de sus razones.
Conquistado el respeto en aquel dia
Unimos nuestros tiernos corazones,

Y dándonos recíprocos abrazos
Fueron nudos estrechos nuestros brazos.
Vigilante el amor, nuevo cuidado
En adelante puso á su belleza:
Y era tanto mayor que en lo pasado,
Cuanto hasta entónces fué mas su fineza:
Igualmente oficioso que elevado
En empeños de toda su terneza
Mis manos la servian, cuando á sus soles
Eran siempre mis ojos girasoles.
Desde luego su afecto me obligaba,
Y como ya otra Dóris parecia,
El obsequio futuro anticipaba
Cuando algunos presentes la servia:
Unas veces de un modo la espresaba,
Y otras de otro el amor que la tenia:
Acciones con que suelen los amantes
Obligar á sus dueños á constantes.
Luego que por abril las blandas flores
El abundoso campo se vestia,
Á ejemplo de los mas tiernos pastores
Las guirnaldas mas bellas le tejia:

Pretendian acaso mis amores
Agitados á impulsos de alegria,
Que cuando al campo su hermosura fuera
La adorara la misma primavera.
El otoño conforme se asomaba,
Y sazonados frutos ofrecia,
Las primicias mas gratas le llevaba
Que el cultivado soto producia.
Parece que mi amor solo cuidaba
De ver como á su Dóris complacia,
Pues aun en tiempos ménos liberales
Mis oficios se vieron siempre iguales.
Desde luego en naciendo el corderillo
Mas hermoso y galan por sus colores,
Purificado en aguas de tomillo
Y en otros aromáticos licores,
Coronado del mas tierno ramillo,
Y salpicado bien de nuevas flores
Á sus aras llevaba en sacrificio
Del amor y la fé de su Fenicio.
Ocasion no faltó en que mis desvelos,
Haciéndose enemigos de las aves,

Cogiesen de sus nidos los polluelos
Que diesen á mi Dóris cantos suaves:
Industriosos acaso mis anhelos,
Pues querian tal vez que en tonos graves
Y dulces, de la música del alba
Tambien hicieran á mi Dóris salva.
Así el tiempo pasaba, y sin las guerras
De zelos se gloriaban mis amores:
Tres veces el verano en nuestras tierras
Coronado salió de nuevas flores;
Y otras tantas los montes y las sierras
Lloraron del invierno los rigores;
Sin que alterase el mar de mis dulzuras
Ni el aire de ligeras desventuras.
Pero vino ¡oh dolor! ¡triste memoria!
Otro tiempo en que todo se perdiera,
Tiempo en que diera fin toda mi gloria,
Tiempo en que todo mal en mí se viera:
¡Oh tiempo en que el laurel de mi victoria
Secose sin que yo lo mereciera!
¡Oh tiempo! ¡tiempo, en que quedó triunfante
Otro, si mas feliz, ménos amante!

Entónces, Mopso, cuando está mas viva
La llama de mi amor, cuando mas fuerte
Agita el alma, de mi bien me priva
Crüel influjo de mi mala suerte:
Y entónces ¡ay de mí! Dóris esquiva,
Parece que en mi ausencia ve mi muerte,
Pues violando el amor y la fé pura
Mancha con otro dueño su hermosura.

Cuando perdida advierto yo su gracia,
Y el rigor á que ingrata me condena;
Y veo de mi amor la ineficacia,
Y en otros brazos la contemplo agena,
Crece tanto el dolor de mi desgracia,
Y de su ingratitud la grave pena,
Que levanto la voz de mis querellas
Hasta herir esa bóveda de estrellas.

Sí, Mopso, cuando yo su mal recuerdo,
Cual por el monte fiera embravecida,
Las plantas trozo, los peñascos muerdo,
Procurando acabar mi amarga vida:
Me falta la razon, el juicio pierdo:
Y enferma el alma con mortal herida,

No sé como despojo de mi saña
No encuentro mi sepulcro en la montaña.
Pluguiera al cielo que de sus enojos
(Antes que de mi Dóris las estrellas
Hubiera visto de sus negros ojos)
Me hubiesen abrazado las centellas:
Pues ahora que contempló los despojos
Que el amor me ofreció en sus luces bellas
Tan sin remedio en otro dueño, quedo.....
Quedo..... como esplicarte yo no puedo.

MOPSO.

Hazte, Fenicio amigo, hazte violencia
Para romper los lazos amorosos:
Á tu ayuda se mira ya la ausencia
Despues de largos tiempos perezosos:
Pon tu aficion en otra, y la esperiencia
Efectos te hará ver maravillosos:
Estos son contra amor seguros medios,
Y de su mal los únicos remedios.

FENICIO.

De mi pecho confieso que debiera
Arrancar su retrato soberano;
Pero helara la alegre primavera,
Floreciera el invierno triste y cano,
Esta montaña abajo se viniera,
Igualando sus cumbres con el llano,
Ántes que, de mi agravio satisfecho,
Sacara su retrato de mi pecho.

Tu consejo, no hay duda, atiendo grato;
Mas quererlo llevar á buen efecto
Es imposible, Mopso, y así trato
Acabar á los yerros de mi afecto:
Bruto soy en querer á un dueño ingrato;
Aunque como hombre culpo su defecto:
Mas adorando á Dóris, no disputo
Sobre si bien soy hombre, ó bien soy bruto.

MOPSO.

Fuerza será dejarte en tu locura
Cuando el tirano amor te tiene ciego:
No tienes ¡ay de tí! no tienes cura,
Á mi consejo opuesto, y á mi ruego:
Mas si algo te merece mi ternura
Á mi cabaña ven conmigo luego:

FENICIO.

Cuanto fuere tu gusto á mi alma pide;
Ménos el que de Dóris cruel se olvide.
Que aunque me aviente la fortuna airada
Á la region ardiente, ó á la fria,
Y la esperanza llore retirada
De volverla á gozar en algun dia,
En mi memoria siempre colocada
El ídolo será de la alma mia:
Así Dóris verá por mis amores
El amante mas fiel de los pastores.

*

POETA.

La carroza dorada
Del inflamado intrépido Faetonte
Rodaba acelerada
Tras de las cumbres del soberbio monte,
Sepultando sus rayos carmesies
Entre nubes de rosas y alelíes:
Cuando los dos zagales,
Dejando del desierto la aspereza,
Sus amorosos males
Cantaban por alivio á su tristeza:
Costumbre muy antigua en los pastores
En triste soledad cantar amores.
Al alvergue llegaron
Habiéndose ocultado el febeo coche
Entre las que bajaron
Oscuras sombras de la negra noche,
Y entónces cada cual se recogia
En su pajizo lecho hasta otro dia.

ÉGLOGA SEGUNDA.

LA PASTORA MAS FIEL

DE LA CABAÑA.

DEDICATORIA.

Fileno, sábio pastor,
si á tí se quejó algun dia,
como sé, la Dóris mia,
de que olvidaba su amor;
Oye en mi voz su dolor;
mas sin hacer de esto juicio,
pues si del triste Fenicio
llega á tí la voz confusa,
es, porque quiere mi musa
hacerte algun sacrificio.

ADVERTENCIA

DEL AUTOR.

Para poner de algun modo intervalo á las tristezas de la vida, nos propusimos tres amigos el asunto de una ÉGLOGA *que espresara los sentimientos de una muger zelosa. Yo que con bastantes motivos juzgaba á cierta dama, bajo el nombre de Dóris, con achaques de esta pasion, produje la siguiente piececilla, que viene á ser como una respuesta de mi* ÉGLOGA *anterior.*

ÉGLOGA.

POETA, DÓRIS, FILOMENA.

POETA.

Cuando en el horizonte
Apagada la luz, la noche daba,
Para salir del monte,
Acelerados vuelos, y entonaba
Su precursora tropa tristes écos
Sobre rudos peñascos, troncos secos:
Dóris, la zagaleja,
Encanto de los rústicos pastores,
De su casa se aleja
Llorando de Fenicio los rigores,
Sin tener de su llanto lastimoso
Mas testigo que el bosque silencioso.

Á la margen se sienta
De un arroyuelo, músico del prado,
Y á su compas atenta,
De congojas el pecho traspasado,
El silencio rompió, dando á los vientos
Estos de su dolor tristes acentos.

DÓRIS.

Aquí la vez primera
Fenicio me ofreció tiernos amores;
Y aquí la vez postrera
Ha de ser de mi vida y sus rigores:
Que este lugar destina la cruel suerte
Por teatro de mi vida, y de mi muerte.
Vosotras, flores bellas,
Que de Fenicio visteis las caricias,
Y vosotras, estrellas,
Que envidiasteis acaso mis delicias,
¿No os mueve á compasion tan cruel mudanza
Que acaba con su amor y mi esperanza?

Fenicio, ya estés ahora
Ofreciendo tu afecto en los altares
De otra incauta pastora,
Ó ya estés entonándole cantares,
Despues de haber llevado sus ovejas;
Como quiera que estés, oye mis quejas.
Si á tan mortal olvido
Habias de condenarme, ¿por qué, fiero,
Mostrándote rendido
Me ofreciste un amor tan lisonjero?
Ó si es verdad que entónces me querias,
¿Donde está aquel amor que me decias?
Luego ya por ingrato
Desde hoy en adelante he de tenerte,
Pues tu engañoso trato
No me dicta juzgarte de otra suerte:
Mas ¿qué satisfaccion, qué recompensa
Puede ser de mi mal y de tu ofensa?
Si mientras ofendida
Yo te culpo de infiel, tú en otro empeño
Acabas con mi vida,
¿Como será posible, ingrato dueño,

Que de mi antigua paz la dulce calma
Vuelva á la posesion de toda mi alma!
No, Fenicio, no es dable
Que de mi pecho arranque los rezelos,
Con que se hace implacable
La guerra cruda de continuos zelos:
Yo me siento morir, si de mis males
No se duelen los dioses celestiales.
¡Cuanto mejor me estaba
No haber correspondido á las finezas
Con que me señalaba
Otro tiempo tu amor entre bellezas!
Quizá no echara ménos la alma mia
El sosiego que tuvo en algun dia.
¡Oh tiempo venturoso
Ántes que yo á Fenicio conociera!
¡Tiempo! ¡tiempo dichoso
Que me veia con cara placentera,
Cuando de aquel arroyo en las orillas
Triscaba con las otras pastorcillas!
Mas hoy aprisionado
Mi desgraciado amor se llora ciego;

Y en un mar alterado
Bebiendo sin cesar olas de fuego
Naufraga la razon: ¡cuanto perjuicio
El engaño me trajo de Fenicio!
¡Oh vosotras, deidades,
Que cuidais de estos páramos sombrios,
Y de estas soledades
Dedicados teneis los sacros rios,
Si os mueven mi dolor y mis pesares,
Sacrificio seré á vuestros altares.
Vosotras, sí, por quienes
Tantas veces Fenicio me juraba
Sus afectuosos bienes,
Mirad que vuestro honor se menoscaba,
Si de mi triste voz las grandes quejas
No mueven á piedad vuestras orejas.
Y pues que de Fenicio
Contra vos se declaran las ofensas,
Recóbrese mi juicio,
Que el ingrato tendrá las recompensas
En celestiales iras. Entretanto
Calme el dolor, enjúguese mi llanto.

Mas ¡ay! almas deidades,
Suspended vuestro brazo vengativo;
No mis penalidades
De su desgracia sean triste motivo;
Mas ántes pague yo vuestros enojos,
Y vuelvan á llorar mis turbios ojos.

POETA.

Aquí la voz doliente
Con los tiernos suspiros se embargaba;
Pero el llanto elocuente
Que en sús mejillas rojas derramaba,
Para afear de Fenicio los agravios,
Hizo las veces de sus bellos lábios.
Clamorosos gemidos
Y lastimosos ayes traspasaban,
Por el aire impelidos,
Las débiles paredes que formaban
Una cercana choza en que vivia
La amiga mas discreta que tenia.

Esta era Filomena,
Con quien habia otras veces conferido
La causa de su pena,
Y la que habiendo el éco conocido
De su amiga, dejó la dulce cama,
Llevada del acento que la llama.
Presa la halló en los lazos
De un violento desmayo, por el suelo:
Tómala entre sus brazos,
Y procurando darle algun consuelo,
Despues que ya del éxtasi volvia,
Así con blandas voces le decia:

FILOMENA.

¿Hasta cuando tus ojos
Dejarán de llorar, Dóris querida,
Los injustos enojos
Con que Fenicio cruel te tiene herida?
¿Hasta cuando tendrán con tus lamentos
Lúgubres quejas los sonoros vientos?

No hay hora en que con llanto
No des de tu dolor amargas señas,
Moviendo tal quebranto,
Que parece lo sienten aun las peñas:
No hay hora en que no suene tu amargura,
Sea del dia claro, ó de la noche oscura.
Si esa corriente fuera
De modo que á Fenicio caminara,
No era mucho corriera
Llevándole las rosas de tu cara:
Esperaras tal vez su afecto entónces,
Si hay lágrimas que ablanden á los bronces.
Pero si la fortuna
Descamina tu voz, y nada medras,
Tu querella inportuna
Quedará sepultada entre estas piedras,
Mientras que en otras aras tu Fenicio
Consuma de su amor el sacrificio.

DÓRIS.

Nada ménos, amiga,
Que á los oidos de un pérfido me queje,

Y que ruegos le diga,
Para que vuelva á mí, cuando á otra deje:
De ninguna manera, porque haria
Su dureza mayor la queja mia.

FILOMENA.

¿Luego sin esperanza
Lamentas, maltratando tu hermosura,
De que tendrá mudanza
Tu desgraciado amor, tu desventura?
¡Qué poco juicio ¡ay Dóris! acreditas
En tiempo que mejor lo necesitas!

DÓRIS.

Sin esperanza lloro,
Es cierto, de ser ya dueño absoluto
De lo que mas adoro;
Mas cuando al suelo lágrimas tributo,
Discurro ¡ay triste! que en remedios tales
Una parte desahogo de mis males.

FILOMENA.

Llora pues, Dóris mia;
Pero treguas permite á tus querellas:
Acuerdate del dia
En que dando tu sol sus luces bellas,
Alegrabas los rústicos pastores
Como el alba á los dulces ruiseñores.
Acuérdate de cuando
Despidiéndote amor doradas flechas,
Las ibas rechazando
Y caian á tus pies luego deshechas;
Victorias que te hacian en la cabaña
Honores, como á Diana en la montaña.
Y acuérdate de aquellos
Alegres tiempos, cuando en la floresta,
De ramos los mas bellos,
Pasando los ardores de la siesta,
Con coronas cantábamos y palmas
La dulce libertad de nuestras almas.

DÓRIS.

Antes con la memoria
De mi pasado bien, mi mal se aumenta,
Y perdida mi gloria,
Un infierno á los ojos se presenta.
¿Quien, Filomena amiga, quien pensara
Que mi gloria en infierno se trocara?

FILOMENA.

Si de las sugestiones
Del amor en el pecho de quien ama
No triunfan las razones,
Emprendo inútil apagar tu llama;
Pero ya es hora de buscar sosiego
En nuestras dulces camas.

DÓRIS.

Vamos luego.

POETA.

Con amorosas quejas,
Al juntarse la noche con el dia,
Las tristes zagalejas,
Por temor de la luz que la alba envia,
Se despidieron dándose un abrazo,
Poniendo para verse corto plazo.



ÉGLOGA TERCERA.

Despídese Silvio de Clori.

SILVIO, POETA.

POETA.

Viendo Silvio que Clori se ausentaba
En fuerza de los hados rigurosos,
Al pecho la estrechaba,
Y con suspiros tiernos y amorosos
Su dolor de esta suerte la espresaba.

SILVIO.

¿Te vas? ¡ay Clori! ¿conque la fortuna
Rompe los fuertes lazos

De una estrecha amistad mas que otra alguna?
¿Conque dejas por último mis brazos?
¿Los dulces brazos de tu Silvio dejas?
¿Dejas mi corazon que por la boca
Repitiéndote está sus blandas quejas?
¿Te has transformado acaso en dura roca,
Que dejas á tu Silvio en triste calma
Sin su Clori? ¿sin tí? ¿sin toda su alma?
Mas ¡ay! que si la estrella
De mis brazos te arranca, ¿por qué lloro
Motivos que no das, mi Clori bella?
La estrella me arrebata el bien que adoro.
Á Dios, Clori,.... ¿te vas? sí, que la suerte
Con tu ausencia procura......
Procura..... ¡ay! sí, procura darme muerte,
Privándome de toda mi dulzura.
Y puesto que la fuerza
La incontrastable fuerza del destino
No hay brazo que la tuerza,
Anda, mi Clori, empieza tu camino.
Mas no, Clori, te aguarda:
¿Olvidarás de Silvio la ternura,

Si acaso para verte el tiempo tarda?
¿Olvidarás que ha sido tu hermosura,
Tantas dichosas veces adorada,
En lo mejor de su alma colocada?
No lo permitas, Clori, ¡ay! ten presentes
Del corazon mas fiel tantos amores,
Que á prueba de otros muchos pretendientes,
Envidiosos pastores,
Me hicieron dueño al fin de tus favores.
Sí, Clori: que aunque ausentes
Estémos, y en las tierras mas distantes,
Yo te prometo, por aquella gloria
Que me causó el triunfar de tus amantes,
El que siempre estarás en mi memoria.....
En mi memoria, siempre agradecida
Al honesto recato
De tu amoroso trato;
Y muy reconocida
Á la sagrada fe comprometida.
Con juramentos tantos,
Que por los dioses santos
Hicimos, cuando en mas dichoso dia

Yo me nombré por tuyo, y tú por mia.
¿Lloras, mi Clori? no, no tus ojuelos,
Corriendo en tus mejillas,
Como dos arroyuelos,
Se arrebaten las tiernas florecillas.
¡Ay! véncete á mi ruego:
No eclipses de tu cielo peregrino
En cada niña un sol de blando fuego:
No llores, Clori, sigue tu camino.

POETA.

Con estas espresiones de ternura
Silvio de su zagala se despide,
Quien con llanto esplicaba su amargura,
Que á su lábio de rosa hablar impide:
Danse el postrer abrazo;
Y desunido el amoroso lazo,
Los últimos á dioses se dijeron
Con ayes tan del alma prorrumpidos,
Que las Driadas y Faunos se movieron,
Y en écos repetidos
Desde sus hondas cuevas respondieron.

ÉGLOGA CUARTA.

Llora Silvio la ausencia de Clori.

SILVIO, POETA.

POETA.

Como suele el amante pajarillo,
Para aliviar su corazon doliente,
Quejarse sobre algun verde arbolillo
Á su consorte ausente;
El triste Silvio sin su Clori amada
Llora su desventura,
Y en el silencio de la noche oscura
De este modo su pena fué espresada.

SILVIO.

La cara trocó el mundo:
Y así como en la noche oscura y triste,
Un estraño silencio el mas profundo
Respira el campo desque tú te fuiste.
Ya no alegra la luz que la alba embia,
Ni las aves canoras
Su voz desatan ya con alegria.
Tristes corren las fuentes mas sonoras,
Y aun las flores ya niegan su fragancia.
Con razon la distancia,
Que nos separa causa mis desvelos.
¡Oh si te viese ahora,
Bellísima pastora!
¡Ay! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.
No me cabe el dolor dentro del pecho,
Serranilla graciosa,
Cuando pongo los ojos en el techo.

De tu mandra (1) dichosa:
Ya no se ve blanquear, como solia,
Con tantas palomitas melindrosas:
Que como echaron ménos tu presencia,
Quizá á buscar se fueron su alegria.
Si estuviesen, aun creo que llorosas
Al triste Silvio hicieran compañia.
Date prisa á volver, zagala mia.
¡Ay! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.
Tus mansas inocentes corderitas
Ni se alegran, ni buscan por el prado
Como de antes las nuevas yerbecitas.
¡Pobrecillo ¡ay! sin tí de tu ganado!
Y cuando llega la hora
Que del redil las saque su pastora,
La llaman con tristísimos balidos:
Á tan grande dolor les acompaña
Con écos repetidos

(1.) *Mandra*, albergue pastoral. A.

La lóbrega mañana.
Y desde aquel instante el mas penoso,
En que se vió la pastoril cabaña
Sin tu rostro precioso,
Una noche sombria
Parece que se estiende por toda ella,
Aun cuando el sol está en el medio dia.
¡Ay serranilla bella!
¿Si volverá á este campo su alegria,
Que con ánsias espera la alma mia?
¡Ay! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.
Admite, corazon, algun sosiego,
Y aguarda con el tiempo la venida
De tu Clori querida,
Que enjugará este llanto en que me anego.
Acaba de llegar, alegre dia,
Y tendrás, no hay que hacer, en mi pastora
Mejor regazo que en la blanda aurora.
¡Ay, zagaleja mia!
¡Cuanto tus ojos tardan
En alegrar los mios que te aguardan!

¡Ay! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

POETA.

Calló el pastor amante,
Y la pesada noche tenebrosa
Lo retira á su mandra silenciosa
Sin que el dolor lo deje un solo instante.

ÉGLOGA QUINTA.

Celebra Silvio la vuelta de Clori.

SILVIO, POETA.

POETA.

Ya de los montes el invierno cano
Retirado se habia,
Cuando Silvio volvia
Á ver de Clori el rostro soberano.
De su torneada mano,
Que á la boca llevaba muchas veces
Con gratas sencilleces,
Cariñoso la toma:
Sobre la verde yerba de una loma
La sienta, y á su lado

La requiebra, cual suele en el techado
Simple palomo á cándida paloma.

SILVIO.

Bellísima serrana,
Prodigio celestial, todo bien mio,
Grata á mis ojos mas que en la mañana
Á las sedientas flores el rocio:
Pasó la noche oscura,
Que lloraba con lágrimas eternas:
El suave resplandor, las luces tiernas
De tu blanda hermosura
Disipa mi tristeza:
Igual es tu belleza
Á la que tiene la rosada aurora,
Cuando, rompiendo los nocturnos velos,
Alegra los espacios de los cielos,
Y las coronas de los montes dora.

Pajaros dulces, que en pajizas camas
Gratas consortes requebrais contentos,

Este es amor constante;
mas con tan dulce objeto,
las penas se hacen glorias,
favores los desprecios.

ODA 6ª

Jamás, ¡oh cielo santo!
la tentacion tuviera
de amar niñas que juntas
á lo sábias lo sérias.
Mi voluntad, medrosa
en esta parte, era
vírgen, y así tenia
su algo de recoleta:
Y mi amor, cauto niño,
no obstante su inocencia,
hecho voto tenia
de castidad perpetua.
Pero ¡ay! que al contemplarte
aunque adusta, discreta,

todas mis precauciones
las echaste por tierra.
Mas nada habias perdido,
si por la contingencia
tu gracia, Celia hermosa,
mi amor te mereciera.
Podias, y yo lo digo,
corresponderle tierna,
siquiera porque hasta ahora
tú has sido la primera.
¡Oh, Celia: Celia ingrata!
¡ay! ámame siquiera
porque nunca en mi vida
quise á graves ni austéras.
¡Oh, como te cantara,
y al compas de tus cuerdas
te dijera mil dulces
mil cancioncillas tiernas!

ODA 7ª

¡Oh, dichosos mil veces
músicos celebrados:

tú, *Pleyel* espresivo,
tú, *Háiden* soberano!
¡Dichosos! sí, por vuestras
obras de ingenio raro,
que acaso la hábil Celia
ahóra está estudiando.
Esto os hace, no hay duda,
aun mas afortunados:
¿para qué mayor gloria?
¿para qué mejor lauro?
Yo no le trocaria
por el eterno ramo
que en su dorada frente
ostenta Apolo ufano.
Vuestras composiciones
por virtud, ó milagro,
hagan su alma mas dulce,
y su genio mas blando.
Susciten en su pecho,
en su pecho mas blanco
que la cándida nieve,
y el bruñido alabastro,

Aquellos sentimientos
divinos, mas que humanos,
que presumen de tiernos,
sin desmentir lo castos.
El mismo amor que en ella
tiempo ha que estoy buscando,
por lisonja á lo menos
del gusto con que la amo.

ODA 8ª

Inconsolable estaba
el niño amor, y dicen
què á su madre la diosa
así le llora triste:
„ ¡Ay, madre! no sé como,
no sé como decirte,
que Celia inexôrable
no quiere recibirme.
Esta deidad me agravia,
cuando es què no me admite,
porque intereses bajos
son mis únicos fines.

¿Qué dices, madre, de eso?
alma madre, ¿qué dices?
pues yo ¿para qué quiero
los dones contentibles?
Aunque muchacho, no ando
con empeños pueriles;
ni hago el trato un comercio
que me desacredite.
Yo busco los halagos
en tonos apacibles,
como niño criado
con tus tiernos melindres.
Estos son en mis *pascuas*
en mis *pascuas* felices
mi *turron de alicante*,
y tambien mis *confites*.
¿Y qué cuando se llegan
mis cumple-años? me sirven,
sí, los dulces halagos
de muy preciosos diges."
Entónces Venus blanda
risueña esque le dice:

„ anda, cuitado, aprende
las chanzas femeniles.
Y á la deidad que nombras,
y en gracias me compite,
dile: que eres muchacho
digno que te acaricien.
Que te quiera, que te ame,
que te adore, y estime,
que á su seno te lleve,
y que en él te eternice."

ODA 9ª

Á tí, Fama gloriosa
de la divina Celia,
que sus gracia publícas
con cien bocas parleras:
Á tí que le das todo
un cúmulo de prendas,
á tí me quejo, Fama,
pues tú me haces quererla.

Si es tan tierna que admite
  el símil de la cera,
  cuando dócil se ablanda
  á la llama febea:
¿Como dura resiste
  cual diamantina piedra,
  al fuego de un amante,
  que ansioso la desea?
No, Fama, cuando alabes
  tanta beldad, espresa,
  su ingratitud, cual mancha
  de toda su belleza.
Ó así como la sombra
  al claro sol opuesta,
  ó en cándida mañana
  como una nube negra.
Y tenga Celia ingrata
  el nombre de discreta,
  y de hermosa, y de sábia,
  y otras mil cosas buenas:
Y sobre todas cuantas
  la *música* se lleva

alabanzas sublimes,
publíquese maestra;
Pero el honor mas grande
de la naturaleza,
el título de *dulce*,
no, Fama, no lo tenga:
Hasta que á mis amores
no haya dado las pruebas
que las leyes imponen
de la correspondencia.

ODA 10.ª

Estas son, ¡oh sagrado,
escelso, sábio númen!
las sílabas postreras
de mis versillos dulces.
Sí, Apolo, para siempre
de tu elevada cumbre
me despido, llorando
el rubor que me cubre.

Porque dime, ¿si Celia
como un empeño inútil
habia de leer mis versos,
por qué suave le influyes?
¿Por qué su alma dispones
con todas las virtudes
de músicos encantos,
aunque el verso no escuche?
La música, y poesia,
por tus hijas las tuve,
y en armónicos lazos
las hiciste insolubles.
¡Ea! vaya, Apolo, dile
que con su hermana junte
á mi poesia tierna;
por mas que la repugne.
Que es paternal precepto,
y es fuerza se ejecute,
que un punto no se aparten
las hijas de tu númen.
¡Oh, si tal sucediera! ....
yo en métricas laudes,

su *clave* elevaría
á esos cielos azules.
Para que allí brillara
como la lira ilustre
del milagroso Orféo,
entre las claras luces.

ODA II.ª

¿Conque puedo entregarme
al consuelo? ¡dichosas
de amor las dulces flechas
que cuentan mil victorias!
La mayor fué vencerte:
sí, Celia, y mas que todas
al amor acredita
de fuerza poderosa.
Todo el amor lo vence:
y por el alma toda
se me entra y me consume
su tea abrasadora.

Pero, ¡qué dulce! ¡ay, Celia!
¡ay, Celia muy hermosa!
¿la sientes tú? pues deja,
deja abrasarte toda.
¡Oh, blandos cupidillos!
con alas vagorosas
volad: venid: tejednos
bellísimas coronas.
Quemad inciensos suaves:
esparcid frescas rosas:
cantadnos dulces himnos
con gargantas sonoras:
Y repetid alegres
de amor la gran victoria;
si Celia con su *clave*,
Fidelio con sus *odas*.

En la siguiente composicion imitó vellamente el autor á D. Juan Melendez Valdes, *en la Paloma de Filis. ¡Gran privilegio de los poetas: transmitir á la posteridad aun las mínimas cosas de sus dueños!* E.

LA POLLITA

DE CLORI.

ODA I.ª

Si el suave pajarillo
que á Lesbia fué embeleso
dió materia á CATÚLO
para tonos funestos:
Y si VALDES divino,
inspirado de Febo,
la *Pàloma de Filis*
cantó en graciosos métros:
Favor, ó blandas musas,
hoy sea, pues os lo ruego,
la Pollita de Clori,
asunto de mis vèrsos.

ODA 2ª

En el dulce regazo
de mi Clori halagüeña
una alegre esperanza
cumplíame mil promesas;
Cuando de su morada
éntrase por la puerta
dando llorosas piadas
una pollita tierna.
Del casearón entónces
habia salido apenas,
porque eran sus plumillas
como de blanda seda.
Al instante mi Clori
á su falda la lleva,
ya en su seno la pone,
ya la saca y la besa.
Tente, Clori, y te guarda
de prodigar finezas,
que á mí se deben solo
tus espresiones tiernas.

ODA. 3.ª

Ya en el seno de Clori
se arrolla su pollita,
y al calorcillo blando
se queda ya dormida.
¡Venturosa polluela,
que te ves socorrida
no bajo de unas alas
de plumas mal mullidas;
Sino en el mismo seno
de Clori, donde anidan
el amor delicado,
las gracias, las delicias!
¿Qué importa que los hados
te hiciesen peregrina,
si tu suerte otras aves,
como gloripsa, envidian?
Sigue, sigue en el seno
dó gozas mil caricias,
con gusto de tu dueño,
y con envidia mia.

ODA 4ª

¡Qué tiernos tus oficios,
qué graciosos, qué humanos,
la huérfana pollita
debe, Clori, á tu mano!
Ya de arroz le presenta
los pequeñuelos granos,
ó ya el trigo que quiebras
con tus dientitos albos.
No sé que siento, Clori.
Tu genio es ya mas blando,
que cuando yo gemia
en busca de tu agrado.
Mi tierno amor entónces
tratabas con agravio,
no obstante que te hacia
mil dulces agasajos.
Pero, si ya me quieres......
Clori, ¿di, si me engaño?—
No.— Pues á Dios memorias
de tiempos ya pasados.

ODA 5ª

De Clori la pollita
ha cresido ya un poco,
de suerte que ya puede
subírsele hasta el hombro.
Desde allí solicíta
abrigo de algun modo,
entre las rúbias hebras
de su madeja de oro.
Tal vez alarga el cuello,
y su piquillo corvo
á besar se dirige
del lábio el clavel rojo.
El aljofar menudo
de sus dientitos cortos,
pica; y su engañó espresa
allá en su feble tono.
Pero ya se consuela
con nectar mas sabroso
que el que á Jupiter sirven
en su alto consistorio.

ODA 6.ª

Cuando al hombro te subes
de mi querido dueño,
parece que platican
las dos algun secreto.
Ya llegas á su oído
el pico vocinglero,
y ella volviendo el rostro
te truena un dulce beso.
¿Le llevas por ventura
recado de algun necio?
¡Si así fuera!...., al instante
te torciera el pescuezo.
Y en el caso, ¿qué dice?
¿le pagará su afecto?
¿Olvidará que la amo?
Tú callas...... yo recelo.
Dile, dile que á nadie
mire con ojos tiernos,

que su aficion yo solo,
yo solo la merezco.
Dícelo: así los dioses
te libren de alcon fiero,
y lo que es mas, gozando
delicias de su seno:
Hasta que hayas crecido,
y de tus mismos huevos
saques unas pollitas
que te sirvan de espejo.

ODA. 7ª

Los lunarcitos negros
que en su carita blanca
tiene mi Clori bella
con que aumenta su gracia,
Con blandos piquetillos
su polluela le halaga,
como que solicita
comérselos incauta.
Así lo he presumido,
porque en esta mañana

que Clori la tenia
calentando en su falda,
Ya que Clori dormia,
la avecilla insensata
al mas principal de ellos
da muy recia picada.
Abre los ojos Clori,
y adolorida palpa
sobre el puntito obscuro
sangrienta pincelada.
En esta ocasion se une
al marfil de su cara,
sobre azabache negro,
rojo esmalte de grana.
Que á su mucha inocencia
dé la polla mil gracias;
si no, asada esta noche
yo la diera la gala.

ODA 88.

Pollita afortunada,
así cuando mas crescas

de tí se prende un pollo,
que te haga bien la rueda.
Que cuando al hombro subas
de mi adorada prenda,
le digas, que no le haga
traicion á mis finezas.
Dile, que si tan solo
el temor de la ofensa
es agudo cuchillo
que el pecho me atraviesa:
Cuando de un duro agravio
la realidad sintiera,
¿qué seria? ¡Ay! dile, dile,
dile mil cosas de estas.
¡Ay! dícelas, pollita:
así cuando mas crescas
de tí se prende un pollo,
que te haga bien la rueda.

ODA 9.ª

¡Que bello maridage,
polluela, hacen tus plumas

realzando cada dia
mas y mas tu hermosura!
Sábia naturaleza,
en dos colores junta
cuanto cabe de lindo
en las pollas mas chulas.
¡Qué alba se me presenta
la plumosa pechuga,
que del sol á los rayos
como nieve relumbra!
El évano se visten
las alas puntiagudas,
y en lo demas del cuerpo
los dos colores luchan.
Tal vez formar pretenden
de jaspes la figura:
tal vez una llovisna,
de pringuitas menudas.
Vete, vete á presencia
de Clori que te influya,
porque á sus ojos debes
tu hechicera hermosura.

ODA 10.ª

La pollita de Clori,
de catarro maligno
se ha enfermado, y no valen
remedios á su alivio.
La plumilla erizada,
lo clavado del pico,
los soñolientos ojos
son de su muerte indicio.
¡Ay! que tierna mi Clori
los médicos oficios
hace con la polluela
iman de sus cariños.
Ya con aceite la unta,
y ya la abre el piquillo,
instándola á que pase
algunos bocaditos.
Ya en su amoroso seno
le solicita abrigo:

ya..... pero nada vale
contra su mal nocivo.
Ya el estortor le ha entrado,
succede el parasismo,
y su vital aliento
manda á los aires frios.
Y pues la pena pasa
del pobre animalito
á tí, mi Clori tierna,
¡mal haya el romadizo!

ODA II.ª

Si la difunta polla
no tiene ya remedio,
tanta copia de llanto
¿para qué das al suelo?
¿Para qué el llanto turbio
empaña unos ojuelos
tan graciosos, tan lindos,
tan sin límite bellos?
Ya se quedan sin rosas
tus cachetitos tiernos,

como prados que arrasan
algunos arroyuelos.
¡Ay, Clori! que se eclipsan
de tu gracioso cielo
dos soles, cuyas lumbres
encendieron mi pecho......
Qué ¿aun lloras? ¿Nada valen
de tu Silvio los ruegos?....
Sí, Clori, otro semblante
ya se te va poniendo.
La tormenta ha pasado:
me parece que veo
del cielo con la lluvia
bañado el rostro bello.
¿Conque estas consolada?
Pues déjame, te ruego,
echar mi amante brazo
sobre tu blanco cuello.
¡Qué dulzura! no cabe
en mi amoroso pecho.
Ahora te suplico
con todos mis afectos,

Que no tengas mas pollas
de tan subido precio,
que cuesten á tus ojos
lágrimas, y á mi versos.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Distribuyó el P. Navarrete la traducion siguiente en cinco *ODAS*, evitando así la monotonia, que hubiera forzosamente resultado por la uniformidad de la asonancia, colocándola en una sola, la que siendo muy larga, no hubiera podido dejar de incomodar al oido menos delicado. Á todas ellas les formó su remate para que quedasen perfectas. A fin de que estos puedan distinguirse de la traduccion, van colocados entre estrellas.

TRADUCCION

De unos versos de

ANGELO POLICIANO,

EN CINCO ODAS ANACREÓNTICAS.

ODA 1.ª

¡Oh niña! mas suave
que el tierno gazapillo,
y mas que el conejuelo
que está recien nacido.
Mas blanda que la tela
que en Cea se ha tejido,
y mas que ténue pluma
de nuevos anzarillos.
¡Oh, niña bulliciosa,
aun mas que el gorrioncillo
cuando vuela en verano
por los ramos floridos!

Tambien mas juguetona
que pequeñuelo ardillo
cuando la vírgen blanda
le dá en su seno abrigo.
¡Oh niña, muy mas dulce
que los panales mismos
de Hiblea, y que de azucar
cándidos fragmentillos!
Mas blanca que la leche,
y tambien mas que el lirio,
y que nieve formando
sus primeros armiños.
¡Oh niña!...... * pero basta
de estos asonantillos:
vengan otros, porque estos
me quiebran ya el oído.
Pero vengan con tragos
de generoso vino,
que los brios de Baco
son tambien de Cupido.

ODA 2.ª

No puede Lieo, niña,
remedar tus cabellos,
ni aquel pastor Anfriso,
por amor jornalero.
Anfriso, que con gracia,
del uno al otro estremo,
de la frente le bajan
dorados hilos crespos.
Los que con nudos de oro,
aunque se hallan sujetos,
hacen vagar las almas
de cupidos traviesos.
Mil anillos se forman
que con rocio bello,
y con olor de mirra
se llevan los afectos.
¡Oh, niña muy preciosa!
cuyos blandos ojuelos,
son tëas luminosas
del interior incendio.

Yo no puedo mirarlos
de cerca ni de lejos,
porque con llama oculta
no se entren en mis huesos.
No, no parecen ojos
esos tus ojos bellos,
sino llamas, y llamas
de un amoroso fuego.
Las que Venus atiza
con soplo lisonjero,
y mantiene la gracia
de tu mirar risueño.
* Dame, dame otra taza;
mas gústala primero,
si quieres que me salga
tu retrato perfecto. *

ODA 3ª.

Tu nariz y mejillas
de estilo dulce y blando,

¿como el lirio y la rosa
llamarélas acaso?
Tus labiecitos rojos,
de claveles formados,
¿diré que resplandecen
cual coral encarnado?
¿Diré que margaritas
son tus dientitos blancos?
Y de tu lengua dulce
¿qué seguiré pintando?

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¿Qué diré del hoyuelo
de tu barba, torneado,
y de tu blando cuello
como la nieve blanco?

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¡Oh qué brazos tan dulces!
¡oh que agradables manos!
estas son de la aurora,
si de Juno los brazos.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Tus pies, que me parecen
los de Tetis, ¡qué pasos
tan nobles! ¡qué posturas,
ya quietos, ya danzando!
* ¡Oh! dame, dame, niña,
dame, dame otro vaso,
y que siga la fiesta
entre Venus y Baco. *

ODA 4ª.

¡Oh niña! ¡qué agradables!
¡qué agudos! ¡qué jocósos

son tus chístes frecuentes,
con gracia y con adorno!
¡Qué dulces consonancias
las de tus versos todos,
que salen de tus lábios
como ámbar oloroso!
Ni la blanda Talía,
ni el mismo sábio Apolo,
que hacen vuelvan los rios
su curso presuroso:
Que ablandan á las fieras,
y atraen peñascos broncos,
igualan á lo dulce
de tus festivos tonos.
Todas tus cosas tienen
mil hechiceros modos:
son dulces, son alegres
en su trato amoroso.
Tienen mil juguetillos
venales en un todo:
tú sola en tí reunes
lo decente y lo hermoso.

¡Oh, poderosa niña!
tu compostura abono;
mas ¡ay! para agradarme
no has menester adorno.
* Echa vino, muchacha,
que aunque ya estoy beodo,
quiero..... quiero mas tragos,
quiero morir á sorbos. *

ODA 2ª

¿Qué dios no te me envidia?
ni ¿qué valor te basta
para dejarme ahora
bellísima muchacha?
Mas, ¿donde te me ausentas?
¿á donde huyes, ingrata,
alegrando los cielos
con tu risueña cara?
Mi placer, mi dulzura,
mi corazon, mi amada,

mas que el oro y las piedras,
y que la rica grana.
Mas ¿qué digo que el oro,
que piedras, ni que grana?
Tambien mas que mi vida,
muchachita del alma.
Haz memoria, te ruego,
haz memoria y repasa,
el amor halagüeño,
y sus cadenas blandas:
Desde la edad mas tierna
á mí y á tí nos atan......
mas ¡ay! riendo Venus,
se burla de mis ansias.
* La postrer copa quiero:
¡ay! dámela, muchacha......
¿Ya ni esto me concedes?
pues, vete enhoramala. *

ODAS

á diversos asuntos.

ODA 1.ª

De Dorofila.

Que en mediecitos nuevos
yo diera á Dorofila
diez pesos, era fuerza
de la imaginativa.
Pero ¿quien pone duda?
pues los lábios de risa
no son como los sérios
que dicen mil mentiras.
¿Conque diez pesos fueron?
¿y en medios de carita?
¡oh qué pródigo me hacen
las muchachas bonitas!

Y qué ¿sin otra causa,
que por sus caras lindas?
pero vaya, si es fuerza
de la imaginativa.
¡Oh cuantas honras me hace
la bella Dorofila!
sin duda que en su obsequio
mi deseo adivina.
Pues vaya recibiendo
esta graciosa niña,
no tan solo diez pesos,
que estas son raterias:
Ciento, mil, un millon,
y la moneda misma,
mi alma, y mi vida, y todo
en medios de carita.
¡Mas ay! mi amor, no obstante
que entre chanzas se esplica,
de veras á sus aras
grato se sacrifica.
Y esto, ni yo, ni Fabio,
ni Dorofila misma

podrá decir que es fuerza
de la imaginativa.

ODA 2ª

De la misma.

Despues de leer los versos
de una discreta niña,
me acostaba pensando
¿qué le contestaria?
Batió el númen del sueño
sus alas, y á la cima
del parnaso arrebata
mi dócil fantasia.
Entre la sábia turba
de las canoras ninfas,
sobresale en el canto
una beldad divina.
Pregunto por su nombre;
y el génio de la risa
que inspira en aquel monte
las canciones festivas,

Abre su alegre lábio,
cuyo aliento suaviza
el aire, como el ámbar
que las flores respiran.
Y en un tono brillante,
cual de una sinfonia,
me responde: es la bella,
la musa Dorofila.
Desde que en dulces ocios
esta preciosa niña
entre las nueve hermanas
su grata voz anima,
Parece que con nueva
alegre lozania
florecen las alturas
de esta mansion benigna.
Y Apolo..... el mismo Apolo
de sus manos confia
su cítara de oro.
¿Quien será Dorofila?
Yo dije entónces: Vaya;
pero esas gracias mismas,

si amor no las da el temple,
no lo hará bien la niña.
Yo le canté unos versos
de amor, como por trisca,
versos que nada tienen
de la imaginativa.
Mas ella se hizo sorda:
y mientras la Talía
del blando amor no escuche,
no lo hará bien la niña,
¡Ea! vamos: tú que puedes
influirle con tu risa,
con tu risa agradable
en mi favor mil dichas:
Tú que tan bien te hermanas
de amor con las caricias,
y cantas como á düo
en acordes capillas:
Dile, que entone amores,
y que una cancioncilla
mis afectos la deban,
y lo hará bien la niña.

Entónces despertando
hallé en el alma mia
un retrato muy bello.....
no hay duda, de ella misma.
Ojos, como unos soles,
como rosas, mejillas,
lábios, como claveles:
¡qué hermosa me la pintan!
Viva, pues, en mi pecho:
amor la haga que viva;
aunque diga que es fuerza
de ardiente fantasía.
Esto contesto ahora
que el blando amor me inspira,
despues de leer los versos
de una discreta niña.

ODA 3.ª

El triunfo del amor.

dirigida al autor de unos versos de nuestro diario, que se quejaba de la ausencia del sueño, causada por unos celos que le daba Anarda.

Hinc tibi cum magna laude triumphus eat.

En alas de la noche,
  baja del alto cielo,
  baja tranquilo y suave,
  almo númen del sueño.
Y al lecho del amante,
  que con su triste ruego
  invoca tus favores,
  llega con paso lento.
Llega, y unge piadoso
  sus fatigados miembros

del bálsamo agradable
que refrigera el cuerpo.
Preséntale á sus ojos
la imágen de su dueño,
la imágen cariñosa
que tuvo en otro tiempo.
Haz, como en un encanto,
que brote su albo seno,
convertidos en flores,
agradables afectos
Que luego la fortuna
los vaya recogiendo,
y trenze una guirnalda
para su amante tierno.
Despues, que al coronarlo
aparezca el dios ciego
en su triunfante carro,
y á sus plantas los celos:
Y que mil cupidillos,
volando por el viento,
digan *victor*...... y alegre,
victor, responda el éco.

Y al punto despertando,
el corazon contento,
Anarda le realice
lo que le finja el sueño.
Ea, pues, númen blando,
al poder de sus versos
en alas de la noche
baja del alto cielo.

ODA 4.ª

Á Fileno.

Sólo, Fileno, sólo
el pastor de Dorila,
de la escuela de amóres
sacó grande doctrina.
Apénas de sus ojos
se le fueron sus dichas,

cuandó lógico infiere
por sus penas las mias.
Desata el triste pecho,
y al son de una flautilla,
cual pájaro que llama
á su ausente avecita,
Entre los muchos ayes
que de su alma salian,
los montes repitieron
estas claúsulas mismas.
»Esta mañana al campo
»salió mi bella ninfa,
»á tiempo que pudiera
»dar á la aurora envidia.
»Ya la noche ha llegadó,
»y aun no viene Dorila.
»anda, Dorila, corre,
»que muero sin tu vista.
»Dioses, si esta es la pena,
»que cruel me martiriza,
»¿cual será la que siente
»Silvio por su Clorila?

» Clorila ha muchos tiempos
» que dejó estas campiñas,
» donde Silvio la llama
» llorando noche y dia....
» Mas Dorila no viene:
» dioses, traedme á Dorila:
» y á Silvio tambien traédle
» su tan deseada ninfa.
» Venid, bellas muchachas,
» muchachas tiernecitas,
» que no sufren los que aman
» ausencias tan prolijas."
Así que hubo cantado,
alternó la voz mia:
» viva el zagal Fileno
» al lado de Dorila.
» Y el numencillo tierno,
» amor, que así le inspira,
» cele que no le paguen
» ofensas por caricias.
» Antes bien, su graciosa
» y honrada pastorcita,

» de atrevidos amantes
» siempre se burle altiva."

ODA 5ª

Á una inconstancia.

Suspende, fuentesilla,
tu ligera corriente,
mientras que triste lloro
mis ya perdidos bienes.
¿Cuantas veces, estando
en tus orillas verdes,
Lisi me aseguraba
su amor hasta la muerte?
Aquí su diestra mano,
mas blanca que la nieve,
en esta arena frágil
escribió muchas veces:

„ Primero ha de tornarse
„ el curso de esta fuente,
„ que el corazon de Lisi,
„ que á su Salicio quiere."
Mas tus promesas, Lisi,
no han sido menos leves
que el papel que escogias
para firmarlas siempre.
Las letras se borraron
por los soplos mas ténues
del viento, y tus promesas
por lo que tú quisieres.
¡Ay contentos soñados
de prometidos bienes!
¡ay inconstancia propia
de fáciles mugeres.

ODA 6ª

Á Lisi cantando.

Salió la hermosa Lisi
con las demas zagalas
á cantar dulcemente
en la nupcial cabaña.
Desata el suave pecho,
y al compas de sus gracias
con angélicas voces
á todas aventaja.
Su enamorado Alejo,
que está á corta distancia,
gustoso la dirige
las siguientes palabras:
» Así, divina Lisi,
» haces de tu garganta
» un órgano viviente
» que cautiva las almas.»

ODA 7.ª

Á Clorila,

con unas frutitas de pasta.

Estos pequeños dones
que la industria fabrica,
son frutitas pintadas
con que juegan las niñas.
Por lo mismo á tus aras,
graciosa muchachita,
tu amante zagalejo
hoy te las sacrifica.
Recíbelas gustosa,
que aunque engañan la vista,
son lisonja del gusto
con la miel que destilan.
Llévalas á tu boca:
á tu boca de almibar,
donde su ser acaben
con no pequeña dicha.

Agua se me está haciendo
la boca, mi Clorila,
contemplando en la tuya
las pintadas frutitas.
¡Qué besitos tan moles!
¡Qué blandas mordiditas!
Á la verdad, me siento
con la mas dulce envidia.
¡Oh si fuesen mis lábios
las pintadas frutitas!
trasformacion que pende
de solas tus caricias.
¡Ay! hazme este milagro,
que por tu boca misma
juro traerte otra ofrenda
de pintadas frutitas.

ODA 8.ª

Á unos cabellos de Celia.

Lucientes hilos de oro,
que como hermosos rayos
fuísteis en otro tiempo
del sol en que me abraso.
Ahora por efecto
de amor atais mis manos
como blandas cadenas,
ó como dulces lazos.
Dejadme una y mil veces
cual cautivo besaros,
y adoraros rendido
dichoso amante atado.
¡Oh! quiera el alto cielo
que interminables años
duren estas prisiones,
en que alegre me hallo.

¡Oh cortísima vida
para un amor tan largo!
¡ay! ámame, mi Celia,
ámame, como te amo.

ODA 9.ª

En celebridad de unos dias.

Este don pequeñuelo
que ofrezco á tus altares
es prueba de mi afecto
y de mis cortedades.
Por ofrenda amorosa
solo puede aceptarse,
pues mas que el oro (1) aprecian
el amor las deidades.

---

1) Se alude á una bujeria de oro. A.

Recíbelo, no tenga
amor de que quejarse,
y el gusto de tu dia
se le vuelva en pesares.
Entre tanto, los cielos
con influjos suaves
en el abril risueño
que hoy junta tus edades,
Hagan luzcan tus prendas
y gracias naturales,
pimpollos que el invierno
de la vejez no dañe:
¡Ay! guárdente los cielos:
¡ay! para mí te guarden;
si acaso te merece
tu mas rendido amante.

ODA 19.ª

El dia de Clara.

Dando vueltas los cielos, llegó el dia
De la zagala hermosa,
Á quien de Clara el nombre convenia.
¡Oh mil veces dichosa
La edad que la merece,
Y que á sus blandas luces resplandece!

Salve, ninfa, y la tierra enternecida,
Que con tus plantas huellas,
Mil guirnaldas te ofrezca agradecida,
Para tus sienes bellas;
Desparramando olores
Á la que es como reina de las flores.

Salve, mil veces, y el alegre coro
De voladoras aves
Repitan con el canto mas sonoro
Mi amor y metros suaves;
Saludando á la aurora,
En la que es por sus gracias mi señora.

Salve, vuelvo á decir, y á mi deseo
Corresponde constante
En los amables lazos de himeneo:
¡Oh, venturoso instante!
Llega, que tu alegria
Me hará de Clara mas glorioso el dia.

ODA 12.ª

Á Clori en el lecho.

Deja tu lecho, zagaleja mia,
Tu dulce lecho, dó en quietud reposa
El albo cuerpo como suave rosa,
Que embalsama la fertil praderia.
Ya que empiezan sus varias tonadillas
Las avecillas,
Y embia el cielo
Su luz al suelo,
Tu lecho deja,
Mi zagaleja,
Por venir á coger tempranas flores
Al lado del zagal, que es tus amores.

Sus alas agradables manso el sueño
Levante de tus párpados preciosos,
Y brillen tus ojuelos luminosos
Como la luz del dia mas risueño.
Tu boca de claveles carmesíes,
Ó de alelíes
Bosteze, dando
Aliento blando:
Así la rosa
Muy olorosa,
Abre su copa de encendida grana
Al despertar con risa en la mañana.

Tu mano me darás, que la floresta
Te aguarda ansiosa, desparciendo olores,
Y una turba de pájaros cantores
Ofrece á tu llegada alegre fiesta.
Saldrán del rio por besar tus huellas
Nayades bellas,
Napeas hermosas,

Tirando rosas
Irán delante:
Y en el instante

Que llegues al umbral del bosque denso
Las Driadas quemarán sagrado incienso.

Mas ¡ay, mi zagaleja! ¿por qué tardas?
¿Por qué tardas? ¡ay! dímelo. ¿No vienes?
¿Por qué causa enemiga te detienes?
¿Mi lado no te ofrezco? Pues ¿qué aguardas?
¡Ay zagaleja, como piedra, dura
Á mi ternura!
Ya desespero:
Sacó primero
El sol su cara,
Que me alumbrara,

Siquiera para alivio á mis enojos,
La alegre luz de tus risueños ojos.





ODA 13ª

EL VERANO.

¡Oh que alegre estacion la del Verano,
Que brinda flores por el verde llano!

Se fué el invierno
áspero y triste,
sus galas viste
el campo tierno:

Los mansos vientos
soplan suaves,
cantan las aves
dulces acentos:

Las fuentecillas
vienen corriendo
salen riëndo
las florecillas.
¡Tierra dichosa!
si á tí viniere
Anarda, y viere
tu pompa hermosa,

Pon en su frente
ramo vistoso,
el mas gracioso,
y floreciente.

¡Oh si viniera
al verde llano!
dulce verano,
la persuadiera
Á sentarse en la alfombra de estas flores
Al lado del zagal, que es sus amores.





ODA 14.ª

EL ESTÍO.

De doradas espigas coronado
El Estío se asoma en el sembrado.

Ya se preparan
las labradoras,
haces empuñan,
las mieses cortan.

De la alma Ceres
que el campo adora
tiran los bueyes
grandes carrozas:

Alegre canta
la vega toda,
salve le dice,
con voz sonora.

Trojes se llenan
eras se colman,
y huyen las hambres
de nuestras chozas.

Anarda, Anarda,
bajo estas sombras
á Pan le deja
tus cabras gordas

Mientras que al baile
vamos ahora
de la cosecha:
verás que gloria.

Verás los ricos granos con que el cielo
Ha socorrido al miserable suelo.





ODA 15ª

EL OTOÑO.

Mira, Anarda, al Otoño, que cargado
De frutos viene á nuestro suelo amado.

Aquí, te sienta,
zagala mia,
dó alfombra te hacen
las yerbecitas.

Mira, ya vienen
las gratas ninfas,
que de Pomona
el huerto aliñan.

¡Cuan aseadas
sus canastillas
colmadas traen
de frutas ricas!

Uvas ¡qué gruesas!
peras ¡qué lindas!
mira ¡qué hermosas
están las guindas!

¡Eh! ¡qué manzanas
tan encendidas!
y ¡qué naranjas
tan amarillas!

Gustemos ambos
sabrosas dichas,
que en tantos dones
el cielo envia:
Y nuestra voz se eleve al númen santo,
Que en el Otoño nos regala tanto.





ODA 16ª

EL INVIERNO.

Llega del año la estacion severa,
Y de la tierra toda se apodera.

Nublado el cielo,
mudas las aves,
los hielos graves,
y mústio el suelo:

Nuestro ganado
de temor lleno,
busca entre el heno
su abrigo amado.

¡Qué poco, Anarda,
el gusto dura,
pues la amargura
tras él no tarda!

¿Dó están las flores
de primavera?
¿dó la ligera
edad de amores?

Nada resiste
la ley del tiempo,
ni el contratiempo
del hado triste.

¿Pues qué esperanza
ahora abrigamos,
por si llegamos
á tal mudanza?
La virtud solamente, Anarda mia,
Puede valernos en la vejez fria.



LETRILLA.

Á los canaritos de Lisi.

Pues la bella Lisi
os lleva el compas,
tiernos canaritos,
alegres cantad:
Cantad, y en su escuela
os aprovechad:
¿donde habreis fortuna
al intento igual?
Su albo pecho tiene
voz angelical,
que siempre divierte;
y cansa jamás.
Ya un himno le diga
al ciego rapaz,
ya zelos, ya ausencia
se ponga á cantar.

Ya en módulo alegre
de fiesta nupcial,
ya en fúnebre tono
que incite á llorar.
Como quiera suena
su voz celestial,
que siempre divierte;
y cansa jamás.
Cuando á la jaulilla
dó alegres estais
cautivos, se acerca,
y leccion os da,
Otros pajárillos
quisieran trocar
por prision tan dulce
toda libertad.
Y así, canarillos,
alegres cantad,
pues la bella Lisi
os lleva el compas.

LETRILLA.

A Lesbia.

Id, vercillos dulces,
á las manos albas
de la niña Lesbia,
que gustosa os llama.
Daros es que quiere
tonadillas blandas
en órgano ebúrneo,
tal es su garganta.
Cuando esto sucede
entónces habladla:
decidla que tenga
compasion de mi alma.
¿Y si esto la irrita?
¡buena va la danza!
¿que importa que os eche
muy enhoramala?

Si ella fuera prieta,
  coja, tuerta, ó manca;
pero si es bonita....
  que no os pese: basta.

Tres juguetillos á Clorila.

JUGUETILLO 1º

Arroyuelo,
  que caminas
  á la aldea
  de Clorila:
Corre, corre,
  dila, dila,
  que la adora
  la alma mia.
Esté ahora
  en su orilla,
  tras sús blancas
  corderitas,

Ó cortando
clavellinas
con las otras
pastorcitas,
Ó asomando
sus mejillas
en tus aguas
cristalinas:
Corre, corre,
dila, dila,
que la adora
la alma mia.

JUGUETILLO 2.º

¡Ay Glorila!
tus ojuelos
son imanes
de mi afecto:
Son estrellas
de tu cielo,

que me envian
dulce fuego:
Son antorchas
de amor tierno,
que se ceban
en mi pecho:
Son divinos
tus ojuelos:
son imanes
de mi afecto.
Si están tristes
son muy tiernos;
y si alegres
muy risueños:
Si se enojan
son severos:
si acarician
halagüeños.
Son graciosos:
son parleros:
son imanes
de mi afecto.

JUGUETILLO 3º

Mira, Clori,
dos amantes
inocentes
tiernas aves:
En la copa
de aquel sauce
mil cariños
ya se hacen.
Con piquillos
muy süaves
ya se inclinan
á besarse.
Mas ¡ay, Clori!
que esta imágen
á los ojos
agradable,
El veneno
nos persuade

con instancias
amigables.
¡Ay! huyamos
de este valle,
no su incendio
nos alcance.
Y en nosotros
sea culpable
la inocencia
de las aves.

. . . . .

. . . . .

. . . .

. . . . .

De esto, Clori,
no se hable,
que eres niña,
y esto baste.
Á Dios, Clori,
que la tarde
ya me obliga
á dejarte.

CERTÁMEN

SOBRE UN LIMON,

Para que canten las niñas

CELIA, Y LISI.

CELIA.

Dame el limon que ha sido
del dueño que amo,
los olores son suyos,
mas no los agrios.
No me lo niegues,
pues los zelos conoces
de las mugeres.

LISI.

Alejo el zagal mio
  lo dió á mis aras,
  como holocausto tierno
  de toda su alma:
Y no se pueden
  enagenar las cosas
  del que se quiere.

~~~~~~

CELIA.

El limon fué primero
  del bien que estimo,
  y aunque el uso concedo,
  mas no el dominio:
Yo sola puedo
  dominar en las cosas
  del bien que quiero.

~~~~~~

LISI.

Toma el limon, y advierte
que es amarillo,
color que simboliza
fatal olvido:
Cosas no quiero
que olvidos me prediigan
del dulce Alejo.

CELIA.

Dácalo, Lisi: y mira
como resalta
entre amarillo de oro,
verde esperanza:
¡Oh, dulces prendas,
que de Fidelio dicen
tanta firmeza!

LAS DOS.

Celia y Lisi tengámos
de amor por triunfo:
tú, el uso del derecho,
yo, el uso-fructo:
Solo amor puede
para contiendas tales
darnos sus leyes.

~~~~~~

Varios versos boleros.

I.

No pases por los campos
del amor, niña,
porque mas que las rosas
son las espinas:
Espinas crueles,
que punzan en el alma
de quien bien quiere.
~~~~~~

II.

Siento dentro del alma,
cuando te miro,
del niño mas travieso
saltos y brincos:
Amor te tengo,
y aunque lo pongo en juicio
es muy travieso.

~~~~~~

III.

Un Cupidillo tengo,
que si te miro,
al instante me llora
por ir contigo:
Su llanto enjuga,
y de tu blando pecho
hazle la cuna.

~~~~~~

IV.

Dorados alfileres
Celia me ha dado,
y me afianza con ellos
como con clavos:
Mi alma los sufre,
como suaves arpones,
ó flechas dulces.

V.

Al ceñirte la frente
de flores varias,
los pájaros alegres
te saludaban:
No de otra suerte
que al alba cuando asoma
por el oriente.

VI.

Alégranse los campos
cuando se asoma
al balcon del oriente
la blanca aurora:
Así se alegran
mis ojos cuando asomas
tu cara bella.

VII.

Cuando el sol con su manto
la noche cubre,
lloran tristes los campos
sus bellas luces:
Del mismo modo
lloro cuando se ausentan
tus bellos ojos.

VIII.

De un desden se quejaba
  el amor tierno;
  pero halló en tus cariños
  dulce remedio:
¡Divina mano
  la de Celia! parece
  que hace milagros.

IX.

En el crisol ardiente
  de tus enojos,
  mi cariño se prueba
  cual suele el oro:
Propio es de amantes
  apreciar el cariño
  por los quilates.

X.

Un amante que en sueños
tiene sus gozos,
diga que lo mantienen
consuelos bobos:
¡Triste del dueño
que me sueña en sus brazos!
¡qué verde está eso!

~~~~~~

XI.

Cuando creiome Celia
que yo la amaba,
tuvo la fantasia
muy inflamada:
Como la novia
que sueña estar en cinta,
y no hay tal cosa.

~~~~~~

XII.

Ciertos amantes rondan
á una doncella:
me parece una rosa
llena de avejas:
Dentro de breve
la dejarán marchita,
como hacen siempre.

XIII.

Á Venus se ha escapado
su hermoso niño,
y de hallazgo tres besos
ha prometido:
Aquí en mi pecho
lo hallarás, Venus: dame,
dame los besos.

XIV.

Entre chanzas me tira
amor sus flechas:
si tales son sus chanzas
reniego de ellas.
Aparta, aparta,
porque tus chanzas, niño,
son muy pesadas.

XV.

Dame flores que á Venus
se le dedican;
pero mira no tengan
ninguna espina.
Milagro fuera,
cuando siempre han estado
de espinas llenas.

XVI.

Cuando miro dos niñas
que se cortejan,
me parece que miro
farsa chinesca:
Donde las sombras
hacen veces de amantes
unas con otras.

XVII.

El amor me halagaba
como por trisca;
me halagaba con flores
llenas de espinas:
Y desde entónces,
herido de sus puntas,
no quiero flores.

XVIII.

Enfermósele á Venus
de ético su hijo;
pero mientras mas mama,
mas llora el chico:
Venus entónces
le dice: mama, mi alma,
mama y no llores.

~~~~~

XIX.

Cierta niña rodeada
de mil cortejos,
es carne en garabato
segura de ellos:
Donde, si acaso
la huelen, no la comen
los pobres gatos.

~~~~~

XX.

El amor disfrazado
en tierno niño,
pidióme que en mi pecho
le diera abrigo:
Luego se torna
en una como llama
que me devora.

XXI.

Niña, tu flor esconde
de amor astuto,
mira que tras las flores
quiere los frutos:
Y con el tiempo
ni estos le satisfacen,
que es mal contento.

XXII.

Al amor ya no pintan
de ojos vendados,
carcax sobre los hombros,
flecha en las manos:
Ahora lo pintan
ofreciendo á las damas
lazos y *cintas*.

XXIII.

La muger me parece,
en ocasiones,
gato que en casa agena
busca ratones:
Sin otra causa
que porque á nadie gusta
lo de su casa.

CUARTETAS.

Retrato de Celia.

Por milagro del amor
que á tu beldad me sujeta,
Celia hermosa, ya de poeta
me he transformado en pintor.
Copiaré, pues, tu belleza
en cuanto esté de mi parte,
consultando mas que al arte
á la fiel naturaleza.
Lo apacible de la luna,
cuando sus cóncavos llena,
para tu frente serena
es cosa muy oportuna.
Con risueños arreboles,
y con luz graciosa y clara,

en el cielo de tu cara
por ojos pinto dos soles.
Pongo en tus tiernas mejillas,
de carmin tirio bañadas,
con azucenas mezcladas
encendidas maravillas.
Tus lábios como rubies
ya dibujo; aunque contemplo
que hacen mas vivo el ejemplo
los claveles carmesies.
Tu cuello....... mas la pintura
dejo aquí, por preguntarte
¿como, si puedo pintarte,
no conozco tu hermosura?
Dame respuesta: y yo fiel
en tan precioso diseño,
ejerceré, dulce dueño,
lo que le resta al pincel.

Continuacion.

Sigo pintando tu hermosa
imágen, divino dueño,
por ser de tu gusto empeño
de ocupacion tan gloriosa.
Ya de tu cuello reclama
al pincel tanta blancura,
que ponga en él nieve pura,
donde amor temple su llama.
El mismo amor, si reflejas,
verás que cual otro Marte,
arcos y flechas reparte
entre pestañas y cejas.
Recta la nariz sutil
defiende á tus dulces ojos
de no medidos arrojos,
cual muralla de marfil.
Tus manos, cada una de ellas,
para poder figurarla,

es necesario pintarla
con cinco azucenas bellas.
Tu pecho lo he de pintar
templo, en que los corazones
ofrecen sus libaciones
de amor en el sacro altar.
Lo que me falta prometo;
esto es, la alma del retrato:
la pintaré en otro rato
que lo permita su objeto.
Ahora parece que no,
porque al dar honesto un beso
á imágen tanta, confieso
que no sé como me vió.

Conclusion.

Á la imágen corporal,
que retórico el pincel
ha trasladado al papel,
se sigue la espiritual.

Con esta noble porcion
tu retrato concluiré,
y de todo sacaré
motivos de adoracion.
De su infinito tesoro
pródiga naturaleza
dió gracias á tu belleza
esmaltadas de decoro.
Memoria dió á tu beldad,
dióla un claro entendimiento,
la dió un blando sentimiento
en su tierna voluntad.
¡Oh, cuan grande es tu hermosura
con tan inmenso caudal!
¡oh precioso original,
que ha copiado mi pintura!
Bien, ó mal concluido estás,
¡ó retrato! por espejo
ve á mi dueño, aunque reflejo
lo muy deforme que vás.
Mas le lleva un dulce beso,
y otro, y otro, y ciento, y mil:

¡ay! no me culpes de vil
por un amoroso esceso.
¿Te ofendo, mi dueño? ¿dí?
¿te hago injuria? ¿te hago agravio?
¡ay! sacrílego mi lábio
me saca fuera de mí.

ROMANCE.

Carta amorosa.

Regalado Naramío
tu carta recibí, á tiempo
que en visita ayer estaba
cierto bicho algo travieso.
Comuniquéle su asunto,
con todo lo mas secreto

de este triste corazon,
dó cual ídolo te tengo.
Y él, como á las musas trata,
que en amorosos empeños
son oráculos de amantes,
é intérpretes de cortejos,
Prometióme invocaria
á todo el coro noveno,
para responder tu carta
en estos que él llama versos:
Conque en breve instante dióme
la fortuna un gran sujeto,
un *secretario* versista,
ó lo que llaman *tercero*.
Impuesto ya en el asunto,
dice por mí, como el éco
de mi voz, cuantas cosillas
mi boca le fué diciendo:
¡Ay ausente Naramío!
¿qué importa, querido dueño,
que el destino nos separe
con mil mundos de por medio?

¿Qué importa, si nuestras almas,
con vínculo el mas estrecho
unieron á par de amantes
sus recíprocos afectos?
En vano el terrestre globo
se opone al rayo febeo,
pues en la luna miramos
sus apacibles reflejos:
En vano pues se interpone
la ausencia, cuando contemplo
en mi memoria el retrato
del sol hermoso que quiero:
Y dulcemente inflamada
con mil gloriosos recuerdos,
te estoy viendo Naramío,
acá en lo mejor del pecho.
Acá, donde arde la llama
del casto amor que te tengo;
sagrada llama que atiza
la esperanza de himeneo.
Acá..... pero Naramío,
¿qué dices, mi bien? ¿qué es esto?

¿á donde me lleva, á donde
me arrebata mi deseo?
Desde que el ciego destino
me trajo por un desierto
á esta ciudad de Celaya,
que yo nombro mi destierro:
Desde que no me reclino
en esos tus brazos tiernos:
desde que no te hace un blando
reclinatorio mi pecho:
Desde que tu voz no escucho,
cual la de grato instrumento
animado al suave impulso
de algun profesor maestro:
Desde que yo no te arrollo,
cual á un albo pichonzuelo
la cándida palomilla,
haciéndote mil estremos:
¡Ay! no sé como esplicarte
las congojas que te ofrezco,
los suspiros que te mando,
las lágrimas que te vierto.

✻

¡Oh! así paso el claro dia,
y cuando el nocturno velo
cubre el orbe, y los mortales
se dan al triste silencio,
Entónces crecen mis ánsias,
crece entónces mi tormento,
levantando de mis ojos
sus blandas alas el sueño.
Tal vez entónces te miro
en un fantástico vuelo,
haciéndome mil cariños
que te correspondo luego.
Tal vez que de mí olvidado
vas en pos de otros luceros,
y que...... pero luego apago
las llamaradas del celo:
Que como yo no te olvido,
por un imposible tengo
que desprecies mis caricias
por halagos de otro dueño.
Se vá la noche, y el alba
me levanta de mi lecho,

dejando en él las reliquias
de mi llanto, que es eterno.
Esta es mi vida, entretanto
ausente estoy de mi cielo:
¡Qué distinta á la que tuve
pendiente de tu albo cuello!
¡Oh gracioso Naramío!
correspóndele su afecto
á tu Rosena infelice......
¿qué mas? basta, que no hay tiempo.
Á mas de que el secretario
dice, que ya suena hueco
el órgano de su musa,
y podrá cascarse presto:
Pues pulsada cada instante
la tecla de amor, primero
le habian de faltar las flautas;
que á las mugeres requiebros.



ROMANCE.

Á los dias de un amigo.

Para celebrar los dias
del amigo que mas quiero,
préstame tu lira, Apolo,
y díctame hermosos versos.
Vamos, comiénzame á dar
una luz de tanto fuego;
así de Dafne consigas
de tus amores el premio.
Qué ¿no lo haces? pues permita
Júpiter que en el Peneo
para tus sienes no halles
ni siquiera un ramo seco.
De esta suerte, amigo mio,
hablo con el dios de Delfos;

y al fin de todo, no valen
ni maldiciones, ni ruegos.
Sin duda que no me hallo,
para el caso bien dispuesto:
esto es, con la fantasia
templada al uso del tiempo:
Que produjera mil flores,
quemando vanos inciensos,
y ofreciera en tus altares
la lisonja y fingimiento.
Mas ¿qué importa, dulce amigo,
el que Apolo me haga gestos?
¿sabes tú que yo te estimo?......
pues á Dios, que todo está hecho.

DESPEDIDA.

Me voy, me aparto, me ausento:
ya te lo dice mi llanto:
te quedas, lo siento: ¡ay cuanto!
¡ay cuanto, mi bien, lo siento!

GLOSA.

Me salgo fuera de mí
al reflexionar llegó
el dia en que el hado falló,
que me apartase de tí:
Mas si lo dispuso así,
¿por qué resistirme intento?
¿no hay remedio? pues aliento,
á Dios, á Dios, alma mia,
que ya de tu compañía
me voy, me aparto, me ausento.

El amor en tal estrecho
qué hacer confuso no sabe,
y el dolor apenas cabe
en los límites del pecho.
Ejemplo de males, hecho
á los golpes del quebranto,
siento el ausentarme tanto
de tus luces refulgentes,
cuanto en idiomas corrientes
ya te lo dice mi llanto.

Á Dios.... mas ¡ay! ¡qué tormento!
de nuevo el miedo me asalta:
me falta el valor, me falta
para ausentarme el aliento.
Cadáver vivo me siento:
mas ¿qué mucho? no me espanto,
si dejo en tí gusto tanto,
tanto bien y tanta gloria,
que aunque vas en mi memoria,
te quedas: lo siento: ¡ay cuanto!

Pero tú ¿qué lloras? no
eclipses ástros tan bellos,
que no es justo paguen ellos
lo que es fuerza sienta yo;
Mas si el amor nos unió
con su propio ligamento,
nuestro duro apartamiento
es bien sientas por tu parte,
que yo tambien el dejarte
¡ay cuanto, mi bien, lo siento!



DÉCIMAS.

Á Filis en el campo. (1)

Oye, Filis, lo sonoro
de melodiosas cadencias
que en acordes competencias
trina ya el volante coro:
Cada pájaro canoro
parece que está apostando,
y su picquillo variando
va con tan grato primor,
que un órgano volador
se está en el aire escuchando.

(1.) El que llegare á leer estas décimas, tendrá mucho de que reir; pero el viejo Góngora me las agradecerá. No es malo el consuelo. A.

Mira tantos nacimientos
de arroyuelos, cuya plata
zuzurrando se desata
por esos valles sedientos:
Con uniformes acentos,
y compases distribuidos,
van quedando suspendidos
de sus músicos rumores,
hasta que en cama de flores
se quedan como dormidos.

Mira la hermosa arboleda
de verde pompa vestida,
y como que nos convida
á pasear por su alameda:
Alegre el ánimo queda
respirando la frescura
con que brinda la espesura
de los árboles, que son,
ya un toldo, ya un pabellon
á tu divina hermosura.

Mira cuantos animales,
en cuyas pintadas pieles
se esmeraron los pinceles
y dibujos naturales:
Tras de ellos van los zagales
tañendo y cantando amores:
así tienen por mejores
su libertad, su cabaña,
que aquel fausto que acompaña
á las ciudades mayores.

Mira la selva vestida
de un verde que por los ojos
se entra á quitar los enojos
de la alma mas aflijida:
En ella la comalida
oveja puede encontrar
cuanto tenga que desear:
la mesa para comer,
el campo para correr,
lecho para descansar.

¡Dichoso yo, que á tu lado
ando el campo y sus florestas
en las mañanas y siestas
libre de todo cuidado!
Ahora siéntate en el prado,
á la orilla de esta fuente:
aquí, Filis, mútuamente
nos harémos mil amores,
y con guirnaldas de flores
nos ceñirémos la frente.

DÉCIMAS.

En la destruccion de unos papeles amatorios.

¿De qué me sirve, papeles,
hijos de un bastardo amor,
veros con tanto favor,
si vosotros sois crueles?
Ingratos sois, sois infieles,
heredando el ser tiranos;
mas yo haré que vuestros vanos
y falsos prometimientos
sean en menudos fragmentos
el despojo de mis manos.

Confieso fuisteis amigos
en amorosos cuidados;
mas ya del todo volteados
sois tenaces enemigos:
De mi deshonra testigos,
vergüenza me da teneros,
pues mirándome severos,
sin que el corazon resista,
me haceis gustar por la vista
los acíbares mas fieros.

Así, pues, os he de hacer
pedazos, porque á mis ojos
no sois mas que unos despojos
de un ingrato proceder......
Mas no esto solo ha de ser:
aun mas teneis que sufrir....
al fuego, al fuego habeis de ir,
que pues fuego el ser os dió,
fuego ha de ser, y no yo,
el que os ha de consumir.

Ya ardeis, y al punto ¡qué horror!
  de vuestras llamas las lenguas
  al padecer tantas menguas
  dicen ser fuego de amor:
Cuyo escaso resplandor
  como un dia viene á ser,
  con que yo consigo ver
  mi oscuridad disipada,
  y que en breve instante es nada
  el amor de una muger.

Ceniza os contemplo ya,
  y aunque tan yerta y tan fria,
  mañana, ó en otro dia,
  tal vez resucitará:
Mas no, que el viento será
  vuestra total destruccion.....
  en alas del aquilon
  volad, pues, y que él os lleve
  á cubriros con la nieve
  de la mas cruda region.

Y mientras de mi presencia
su furor os arrebata,
la memoria que os combata
con golpes de la esperiencia:
Que aun en tan frágil potencia
teneros no es permitido,
y es remedio conocido
para un amoroso daño,
que lo lleve el desengaño
al sepulcro del olvido.

DÉCIMAS.

Á una Señorita que cogió la manía de pedir versos al autor.

¿Versos quieres? *un* pie está:
no tiene el *segundo* pero:
¡qué fluido salió el *tercero*!
cata una *cuarteta* ya.
Este es el *quinto*: alla va
brincando el *sesto*: ¿qué tal?
no salió el *séptimo* mal:
este es el *octavo*: ahora
sobre el *nono* vé, señora,
una *décima* cabal.

¿Quieres otra mejor que ésta?
¿y de qué saldrá mejor?
¿quiéresla, mi bien, de *amor*?
sin tí no se hará la fiesta.
¿De *zelos*? pero me cuesta
muy caro este mal por tí.
Vaya de ausencia ¡ay de mí!
que me dá tantos enojos,
porque no miro tus ojos:
cata otra *décima* aquí.

Vaya de *amor*, porque toda
el alma te sacrifica,
cuando entre chanzas te esplica
que entre veras me acomoda.
Desde luego que la boda
no permitirá tardanzas,
si á las dulces esperanzas
propicia correspondieras,
haciéndose amor de veras
el amor que anda con chanzas.

En fin, cuando el verso acabo,
hallo por modos diversos,
que es muy facil hacer versos
de estos, de que no me alabo.
De ser tu amoroso esclavo
sin duda me alabaria:
y creo te pareceria,
si no me engaño, mejor
el acento de mi amor,
que la voz de mi Talía.

~~~~~

DÉCIMAS.

Á mi corazon.

Corazon, corazon, dí
¿qué sientes, dí, corazon,
que con recia pulsacion
salirte quieres de mí?
~~~~~

Mas ya la causa advertí,
y creo no ser desacierto,
porque quedando yo yerto
de una pena tan tirana,
tú por irte con Rosana
salir quieres vivo ó muerto.

Razon tienes, corazon,
que supuesto ella es tu dueño,
procuras el desempeño
de tu dulce obligacion:
Ve pues, dile la ocasion
tan penosa en que me ves,
y te encargo que despues
á sus pies sirvas de peana,
porque es justo que Rosana
tal peana tenga á sus pies.

DÉCIMA.

Á Lisi

por el fuego que le salió á la boca.

Ese fuego es prueba clara,
que ya de tu amor tenemos,
¡ay Lisi! y por lo que vemos
siempre el mal sale á la cara:
Y cuando á todos declara
de tu interior la pasion,
se convence la razon,
con atencion á que vale
decir, que á los lábios sale
lo que está en el corazon.

DÉCIMA. (1)

A unos ojos.

Cuando mis ojos miraron
de tu cielo los dos soles,
vieron tales arreboles
que sin vista se quedaron:
Mas por ciegos no dejaron
de seguir por sus destellos,
por lo que duélete de ellos,
que aunque te causen enojos,
son girasoles mis ojos
de tus ojos soles bellos.

(1.) Esta produccioncilla fué el primer gorgeo de mi musa. A.

DÉCIMA.

En una ausencia.

Las lágrimas que encerrais
¿para cuando, ojos, quereis?
Si á vuestra Fílis no veis,
ojos, ¿por qué no llorais?
Mas ya el descargo me dais
formando copiosos rios:
llorad, pues, tantos desvíos,
llorad ausencias fatales,
llorad, llorad tantos males,
llorad, llorad, ojos mios.

DÉCIMAS.

El amor Carmelita.

Empeñado en la hermosura
de Nise, el amor un dia
su retrato disponía
en retórica pintura.
Mudar quiso de figura
para la vez de pintor,
y por singular favor
con su madre solicita
lo transforme en Carmelita.
¡Qué lindo que está el amor!

¿Conque á mas de niño, loco?
pues si se viera á un espejo,
sin tener trazas de viejo
él mismo se hiciera el Coco:

Cuando su capricho toco,
en discursos me desvelo,
preguntando al diosezuelo
¿qué hado siniestro le apura,
á que pinte la hermosura
vistiéndose de Carmelo?

Pues qué, ¿el pintar con esmero
una belleza sin par,
es lo mismo que jugar
á las damas del tablero?
Ó ¿qué piensa el dios certero,
que esa tu cara divina,
miniatura peregrina
de raros modos y nuevos,
es arroz, pescado, huevos,
ú otro embrodio de cocina?

Nada vale. Se presenta
el amor en su aparato.
¡Qué lindo salió el retrato!
de su original, afrenta. . . .

¿Y así Nise está contenta?....
Esto es lo que mas me irrita.
Por tu cara tan bonita,
Nise, ruégale al amor,
que cuando haga de pintor
no se meta á Carmelita.

QUINTILLAS.

Duda amorosa.

Si por una cosa rara
dos corazones tuviera,
en uno Filis entrara,
en otro á Dóris pusiera,
y así á las dos contentara.

Pero si uno solo tengo
no podré darlo á ninguna,
porque luego me detengo
en que si lo doy á la una,
al rigor de la otra vengo.
Darlo á las dos es buscar,
si se examina despacio,
guerra en que siempre han de estar;
porque en un solo palacio
dos no pueden gobernar.
Que hacer en tal confusion
no alcanzo; mas si supiera,
que no habia de haber cuestion,
sin duda á cada una diera
la mitad del corazon.
Así una vez discurria:
y amor que en mi pecho estaba,
en lo interior me decia:
que si á dos darlo pensaba,
á ninguna lo daria.
Que es ley la mas oportuna;
aunque de un tan ciego dios,

que se quiera á sola una;
porque aquel que quiere á dos
no quiere bien á ninguna.
Luego el corazon le dí
á Dóris; y mal pagado,
al punto me arrepentí,
de que no le hubiera dado
á Filis: ¡Triste de mí!

ENDECHAS REALES.

Á un canarito de Celia.

¡Ay, pobre canarito,
Que con flébiles ayes
Llamas al dulce dueño
Que te llevó la muerte inexôrable!
¡Ay triste, y como llenas
De suspiros los aires
Que volverte no pueden
Á nueva vida la consorte amante!

¡Ay! como representan
Tus lúgubres cantares
El amor que perdiste,
Amor difunto que en la nada yace.

Suspende de tus quejas
Los fúnebres compaces,
Con que á llanto provocas
Al coro alegre de las dulces aves.

Parece que refieren
Los sabrosos instantes
Que en el mullido lecho
Son premio dulce de desvelo amante.

Procura ¡ay! sí, procura
De tu dueño olvidarte,
Y sea total remedio
Para tanto dolor un nuevo enlace.

Ya de la hermosa Celia,
Movida á tus pesares
La ternura, se empeña
Para que en otro amor alegre cantes.

Págale sus oficios,
Sus oficios tan grandes
De ternura, con quiebros
Que trinas á la aurora cuando sale.

¡Qué bella pajarita
Te presenta! ¡Qué talle!
¡Qué ebúrneo su piquillo!
¡Qué pintado, y qué muelle su plumage!

Llévala al dulce nido,
Que puedo asegurarte
Que todos serán gustos,
Pues de los muertos no hace aprecio nadie.

DOS TRADUCCIONES

DE UNOS VERSOS DE GALO.

PRIMERA.



Lidia bella, muchachita blanca
Mas que leche y que cándido lirio;
Mas que rosa, que es alba entre rubia,
Y que indianos marfiles bruñidos.
Muchachita, desata, desata
El trenzado de esos cabellitos
Para ver en tus cándidos hombros
Hilos de oro luciente esparcidos.
Sus estrellas me muestren tus ojos,
Y sus cejas en forma de arquitos;
Y tambien tus mejillas me muestra,
Que se bañan con grana de Tiro.

Llega acá con tus lábios corales,
Y me dá cual paloma besitos:
Una parte de mi alma te llevas:
Hasta el pecho tu boca he sentido.

¿Por qué agotas mi sangre que aun corre?
Tapa, tapa tu blanco pechito:
Ese pecho, muchachita, cubre,
Que se enyema del nectar ungido.

Cinamomo se esparce en tu seno:
El placer se suscita contigo:
Tapa, tapa tu pecho amoroso
Que me tiene dulcemente herido.

Qué ¿no ves cuando enfermo me quejo
Mis amores? cruel eres conmigo.
Muchachita, qué ¿así me abandonas
Casi muerto, y á tus pies rendido?



SEGUNDA.



Lidia hermosa, mas alba
que la leche y que el lirio,
mas que la rosa que une
lo blanco y lo encendido.
Mas que el marfil que aprecian
los orientales indios,
y que por diestra mano
resplandece bruñido.
Esparce, niña, esparce
tus rúbios cabellitos,
y que en tus hombros vaguen
como dorados hilos.
Denme luz las estrellas
de tus ojos divinos,
y de tus cejas negras
me muestra los arquitos.

Tus mejillas rosadas,
que en púrpura de Tiro
recibieron lo rojo,
déjame ver, te pido.
Llega acá con tus lábios,
tus lábios coralinos,
y dame cual paloma
muy sabrosos besitos.
Una parte de mi alma
te llevas; y percibo
al tiempo que me besas,
el corazon herido.
¿Por qué, por qué me dejas
de este modo, bien mio?
Ese pechito esconde
de nectar comprimido.
En tu seno conduces
cinamomo esparcido,
y manan de onde quiera
los placeres contigo.
Esconde, niña, esconde
tu nevado pechito,

porque todo me quemo
con cuanto en este miro.
Qué ¿no ves lo que paso?
tirana eres conmigo.
¿Casi muerto me dejas,
cuando por tí suspiro?



EPIGRAMA

Del Amor arando.

Traducido del idioma griego al latino, y de éste al castellano.

El rapaz cupidillo
dejando el arco de oro,
pone oportunamente
la alforja sobre el hombro.

Arroja la hacha ardiente,
coge el callado corvo,
y unce los mansos bueyes
bajo del yugo tosco.
Con mala fé á la tierra
da la semilla, y pronto
dijo, alzando la vista
al estrellado polo:
Haz, ó Júpiter sumo,
este campo abundoso;
si no haré que bajando
de tu luciente trono,
Lleves el yugo infame,
(otra vez como toro)
de Europa, que sin duda
es yugo el mas gravoso.

PARÁFRASIS

Del mismo Epigrama.

De los cándidos hombros abajaba
El dorado carcax amor un dia,
Y en su lugar ponia
La alforja que á propósito llevaba.
Ygualmente arrojaba
La abrasadora tea
Y el grosero cayado apercibia.
Y á los uncidos bueyes dilijente
Para que abran el sulço aguijonea:
Ya esparce la semilla conveniente
En el fecundo preparado suelo,
Y dice: (levantando al claro cielo
Sus ojos) haz, ¡ó Júpiter! que vea
La siembra acrecentarse en mi decoro;

Si no quieres que sea
Tu deidad convertida en manso toro:
Y te veas obligado
Por quien otra ocasion hacerlo pudo,
Á llevar aquel yugo tan pesado
De Europa, con infamia de cornudo.



Á Clori

con una calandrita.

Clori, Clori, restaure mi aliento
De tus ojos la dulce alegría,
Tu presencia mas suave que la alba
¡Ay, zagala! me dé nueva vida.
Humedece con lágrimas tiernas
El cadáver de esta calandrita.

Que del nido materno robaba
Para traer á tus aras divinas.
Á tu influjo esperaba creciera,
Descubriendo la pluma amarilla,
Que con negra formara un ropage
Mas galan que la tela mas rica.
Pareciame escuchar los gorgeos,
Que á tu voz hechicera aprendia,
Cuando jaula de mimbres delgados
Defendiera de alcones su vida.
Pero en medio de imágenes gratas,
Empujando con alas blanditas
De mi mano se sale, y se sube
De un arbustos en las verdes ramillas.
Fiero can, que la sigue, la coje;
De sus fauces mis ánsias la quitan,
¿Pero como, mi Clori? exhalando
Mi esperanza halagüeña en su vida.
Los zagales al son de sus flautas
Su tragedia cantando, repitan:
Avecillas que libres se pierden,
Es mejor que se logren cautivas.

Á Clori

con unos pichoncitos.

Á estos dos pichoncitos que en dulce
Y amoroso concurso tuvieron
Dos amantes fecundas palomas
Nuestra choza destinan los cielos.
Á la escuela de amores felices
Defenderse podrá que vinieron,
Si los dos con empeño tomamos
Su enseñanza en los dulces estremos.
Aprended, palomillos dichosos,
Las lecciones que dicta el afecto:
Ved en Clori inocentes halagos,
Y en su Silvio cariños honestos.
¡Ay! no quiera la diosa de Chipre
Que su carro tireis con el tiempo,

Que aunque sois de tan cándidas plumas
Quedareis maculados muy presto.
¡Cuanto, Clori, cuanto nos amamos!
Pues atados con vínculo estrecho,
Me parece que vienen las aves
Á tomar de nosotros ejemplo.
Alegraos, alegraos, pastorcillas,
Y tocad los festivos panderos,
Mientras cantan alegres las aves
Al amor, que nos hace maéstros.



Clori, y Silvio

comiendo duraznos.



Mientras pacen las blancas corderas
Verde grama y tomillo oloroso,
Comerémos, zagala, estos frutos
Á la sombra que ofrecen los olmos.

¡Que durazno! parece que muerdo.....
Un carrillo del dueño que adoro......
De mi Clori..... de tí, por quien vivo
Encantado en los valles y sotos.

Dame tú ese que ya has comenzado.....
Toma tú este.... ¿cual es mas sabroso?
El que tiene, mi Clori, el almibar
Que destilan tus claveles rojos.

Bendigamos al númen que manda
La estacion del fructífero otoño,
Y los gustos cantémos del campo,
Que no tienen los poblados todos.



ROMANCE ENDECASÍLABO.

Á los ojos de Clori.

Graciosas luces de la Clori mia,
Estrellas claras de esplendores tiernos,
Albas risueñas, soles agraciados,
Ojos divinos que me veis serenos:

Como los montes se estremecen cuando
Rayos fulminan los airados cielos,
Así mi pecho, que se siente herido
Sin causa alguna, del enojo vuestro.
¿Hasta cuando esas niñas cariñosas
No me vuelven á ver como riëndo?
Tornad al gusto con que me mirabais,
Risueñas niñas, en alegres tiempos.
Miradas dulces sobre el triste Silvio
Benignos esparcid, habladme tiernos,
Habladme tiernos, como siempre fuisteis:
Volved á vuestro amor, ojos parleros.
Tiernos, y alegres, y blandos, y dulces,
Divinos ojos de amoroso fuego,
Convertid vuestras iras formidables
En calma celestial, ojos serenos.
Así los dioses á mañana y tarde
Lucir os hagan en lugar de Venus,
Y así las musas os compongan himnos
Que cante Silvio vuestro zagalejo.

ROMANCE ENDECASÍLABO,

En la muerte de un Lorito.

Psittacus Eois immitatrix ales ab Indis,
Óccidit. Exequias ite frequenter, aves.
Ite, piae vólucres; et plangite pectora pennis;
Et rigido teneras ungue notate genas.
Horrida pro moestis lanietur pluma capillis:
Pro longâ résonent carmina vestra tubâ.

OVID. LIB. 2.º AMOR. ELEG. 6.ª

La muerte de un gracioso pajarillo
Lloró CATULO con dulzura tanta
Como que era el que hacía las delicias
Y el recreo todo de su Lesbia amada.
Recuerda con ternura y sentimiento
Sus gracias todas que eficaz retrata,

Y aquellos movimientos inocentes
Con que á su hermosa Lesbia tanto agrada.
De su hechicero seno á un lado y otro
El tierno animalito se volaba,
Cuidando siempre de volver gozoso
Y nunca tarde á su envidiable estancia.
Lloró tambien el dulce y suave OVIDIO
De un perico la muerte desdichada;
Manso, hermoso, locuaz y lleno todo
De encantadoras y sublimes gracias.
Él fué de una inocente tortolilla
Amigo fiel, sin que jamas notara
Ninguno en ellos la mas leve riña;
Cosa en sus semejantes bien estraña.
El fué parco y frugal, pues solamente
Vivió de comer nueces y alguna agua:
Tan amoroso y tierno, que hasta de esto,
Si le hablaban de amores, se olvidaba.
Él en fin mereció y logró la dicha
De agradar á Corina, y su palabra
Última fué un funesto y triste vale
Con que su alma sensible le traspasa.

¿De qué te sirvió dime, esclama Ovidio,
La fé á tu tortolilla tan guardada?
¿De qué tu hermosa variedad de plumas,
Y la dulzura de tu graciosa habla?
¿Qué te aprovecha el don inestimable
De agradar á Corina? ¡oh suerte infausta!
¡Ay! yaces infeliz, funesta gloria
De cuantos pueblan las regiones aéreas....:
Así sigue, señora, lamentando
El genio dulce la fatal desgracia,
Y así de vuestro amado periquito
Quisiera cantar yo, y os agradara.
Pero tan incapaz me reconozco
De esto, que solo quiere mi ignorancia
Remedar la espresion y los acentos
De la lira mejor de las romanas.
Venid piadosas, tiernas avecillas,
Á llorar sobre la urna desdichada
Del mas gracioso loro que ser pudo
Despojo triste de la hórrible parca.
Romped vuestro plumaje hermoso y rico:
Herios los pechos, azotad las alas,

Y oíganse vuestras quejas, y lamentos
En la region que esté mas apartada.
Llorad zenzontles, y canarios suaves,
Tórtolas, gorrioncillos, y calandrias,
Llorad la muerte del perico amable
Que se ha robado Láchesis avara.
¿Tanto importaba, muerte, á vuestros triunfos
Esta avecita que Joaquina amaba?
¿No tienes allá, tantos que publiquen
Tu gran poder y fuerza ilimitada?
¿El rico Creso, el elocuente Tulio,
El valiente Scipion, mi hermosa Clara,
No te dan todavia bastante gloria?
?Aun no demuestran tu fiereza y saña?
Pues ¿por qué, á esa ave amable é inocente
Haz hecho triste objeto de tu rábia?
¿Quisiste acaso castigar su dueño
Por la ternura fiel con que la amaba?
Pero sea lo que fuere, ya no existe,
Y dentro de muy breve será nada:
Gravémos pues por último en su losa
Lo que Ovidio hizo en la del otro, y basta.

EPITAFIO.

Desde este triste leteo
que es propia imágen del sueño,
agradarán á mi dueño
mis canciones y gorgeo:
Supuesto, pues, que aun poseo
aquella dulce armonia
y admirable melodia
del ave mas docta en canto,
y así convierta su llanto
en la mayor alegria.

LA MAÑANA.

Ya se asoma la cándida mañana
Con su rostro apacible: el horizonte
Se baña de una luz resplandeciente,
Que hace brillar la cara de los cielos,

Huyen como azoradas las tinieblas
Á la parte contraria. Nuestro globo,
Que estaba al parecer como suspenso
Por la pesada mano de la noche,
Sobre sus firmes ejes me parece
Que le siento rodar. En un instante
Se derrama el placer por todo el mundo.
¡Agradable espectáculo! ¿Qué pecho
No se siente agitado, si contempla
La milagrosa luz del almo dia?
Ya comienza á volar el aire fresco,
Y á sus vitales soplos se restauran
Todos los seres que hermosean la tierra.
El ambar de las flores ya se exhala
Y suaviza la atmósfera: las plantas
Reviven todas en el verde valle
Con el jugo sutil que les discurre
Por sus secretas delicadas venas.
Alegre la feraz naturaleza
Se levanta risueña y agradable:
Parece cuando empieza su ejercicio,
Que una mano invisible la despierta.

Retumban los collados con las voces
De las canteras inocentes aves:
Susurran las frondosas arboledas,
Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco
Pero alegre murmullo entre las piedras.
¡Qué horas tan saludables en el campo
Son estas de la luz madrugadora,
Que los lánguidos miembros vigorizan,
Y que malogran en mullidos lechos
Los pálidos y entecos ciudadanos!
Todo escita en el alma un placer vivo,
Que con secreto impulso la levanta
Á grandes y sublimes pensamientos.
Todo lleva el caracter estampado
De su hacedor eterno. Allá á su modo
Parecen alabar todos los entes
La mano liberal que los produce.
Todo se pone en pronto movimiento:
Cada cual de los simples habitantes
Comienza su ejercicio con el dia.
Tras su manada de corderas blancas
Leda la pastorcilla se entretiene,

Tejiendo una guirnalda, que matiza
De varias flores para su alba frente.
El baquero gobierna su ganado,
Que se dilata en el hermoso ejido.
El labrador robusto se dispone
Para el cultivo del terreno fértil.
Vóime al sembrado que la providencia
Con su invisible diestra me señala:
Sufriré el sol ardiente; pero alegre
Con los frutos sazones y abundantes
Que los sulcos me dan que beneficio.
Apagado el bochorno de la tarde,
Me volveré á mi choza apetecible,
Morada de la paz y de los gustos,
Donde mi esposa dulce ya me espera
Con sus brazos abiertos: mis hijitos,
Despues de recibirme con mil fiestas,
Penderán de mi cuello: ciertamente
Que vendré á ser entónces como el árbol
De que cuelgan racimos los mas dulces.
¿Y he de trocar entónces mi cabaña,
Aunque estrecha y humilde, por el grande

Y soberbio palacio, donde brilla
Como el sol en su esfera un señor rico,
Pisando alfombras con relieves de oro?
Nada menos. Tampoco este instrumento,
Este instrumento rústico y grosero,
Bienhechor, que me da lo necesario
En todas las urgencias de mi vida,
Por el cetro brillante que un monarca
Empuña con su diestra poderosa.
No cabe el gozo dentro de mi pecho;
Ni de alabar me canso en la mañana
Al padre universal de las criaturas,
Que miro en esa luz madrugadora;
Sin dejarlo de ver en las restantes
Producciones tan grandes de su seno.
Oh cuantas! ¡cuáles son! ¡y qué admirables!
Pero ninguna como el alba hermosa,
Que parece que á todos les da vida,
Embiándoles la luz de su semblante.
¡Oh, risa de los cielos, y alegria
De estos campos felices! Precursora
De los rayos del sol, yo te saludo.

Las frescas sombras, las campiñas verdes,
Las fuentes clara, y los favonios blandos,
Las aves dulces, y las flores tiernas,
Te saludan tambien allá á su modo.
Su faz hermosa la naturaleza
Sacar parece del sepulcro ahora:
Todos sus entes cobran nueva vida
Á tu presencia dulce y agradable.
Corren las fieras á sus cuevas hondas,
Brincan las cabras, los corderos balan,
Llaman las bacas á sus becerrillos,
Mugen los toros, y responde el éco,
Que sale de los montes retumbando.
Los pastorcillos, y las zagalejas,
Sonoros himnos canten al eterno
Autor que baña tu semblante hermoso
De tan alegre luz por la mañana.

SUEÑO ALEGÓRICO.

CANTO EN OCTAVAS.

Cuando dormimos pasamos á un nuevo mundo que algunas veces (siendo todo ideal, y una simple representacion del que habitamos) nos ofrece nuevas ocasiones de reflexionar sólidamente nuestra alma, que siempre está en ejercicio. Caracciolo en el Goze.

1. Ya que la fuerza de mi edad lozana
Con treinta años de peso se rendia,
Hallábame en la corte Mexicana
Enfermo de mortal hipocondria:
Entónces una noche mas temprana,
Y mas triste que nunca, parecia
Arrojarme del sueño á los umbrales,
Porque viera un enigma de mis males.

II. Éntrome en unos huertos deliciosos,
Á quienes Priapo ve con blando ceño,
Frescos, alegres, verdes, olorosos,
Y última prueba de su autor el sueño:
De sus bosques espesos, pero hermosos,
Al paso me salieron, ¡dulce empeño!
Dos Ninfas que me ponen en sus brazos,
Cual incauta avecilla en muchos lazos.

III. Portaba un canastillo la primera
De frutos los mas gratos y sazones:
Brindóme de ellos para que comiera
Con estilo que vence corazones:
¿Quien habrá que resista á una hechicera
Tan dulce en sus políticas funciones?
Brindóme ¡ay cielos! y á la nueva instancia,
De sus frutos comí con abundancia.

IV. De rúbio nectar una copa bella
La segunda á los lábios me llegaba;
Mas el influjo de benigna estrella
Su poder y mi ruina me anunciaba:

Temeroso resístome; pero ella
Como toda razon atropellaba,
Diome vino á beber, que sin disputa
De mi vergüenza fué letal cicuta.

v. Cuando por una verde celosia
Asómase otra Ninfa á mis recreos,
Que con el fuego que en su rostro ardia
Abrasa la region de los deseos:
Sale: dame la mano..... ¡suerte mia!
Este sí fué el mayor de mis trofeos,
Pues la espliqué mi amor, y en el instante
Se asomó la sonrisa en su semblante.

vi. Arroyos de cristales derretidos,
Y cantares de dulces ruiseñores
Suavemente embargaban los sentidos
En lecho blando de mullidas flores:
Los tiempos lamentábanse perdidos,
Cuando á estorbar de Venus los amores
Aparécese un viejo, y dando un grito,
Llena de espanto todo aquel distrito.

VII. Huyen las Circes, como del sembrado
Se levantan las aves al estruendo
De la piedra que la honda ha disparado:
El risueño pensil vuélvese horrendo:
Ya el anciano su brazo ha levantado.....
Dame un golpe, y del éxtasi volviendo
Mis vicios lloro; pero luego canto
Lleno de gusto el desengaño santo.



IDILIO.

La Zagala en el bosque.

Frondoso bosque, cuya fresca sombra
Mis perdidos alientos restauraba,
Cuando de tierna grama en verde alfombra
Un pérfido pastor me acariciaba,
Todo el tiempo lo acaba....

¡Ay, Silvio, Silvio, Silvio, ingrato dueño!
Puesto que ya sacudo el fatal sueño
De prolongados años
Que entretuve el amor en tus engaños,
Es fuerza que despierte,
Y que vea en adelante de otra suerte.

De este modo una bella zagaleja,
Cuando de Silvio cruel triste se queja,
Del alma abre los ojos,
Y alivia los enojos
De un amor ofendido; concluyendo
Con aquestos renglones
Que en el tronco de un árbol va escribiendo
Para alivio de incautos corazones.

Zagala, tu amor conten,
Si lo quiere algun zagal,
Pues si Silvio pagó mal
¿Quien habrá que pague bien?

ÉGLOGAS.

ADVERTENCIA

DEL EDITOR.

Compuso el autor las dos siguientes ÉGLOGAS *siendo muy joven, cuando por lo mismo aun no podia poseer todos aquellos conocimientos que se requieren en este ramo de la poesia: Así lo espresó en un cuaderno escrito de su puño, donde dice*: que no las estraia de ese lugar, porque no escribia para el público; sino para los amigos privados. *Sepa tambien el lector, que la formacion de ellas fué obra de poquísimo tiempo.*

ÉGLOGA PRIMERA.

EL AMANTE MAS FIEL

DE LOS PASTORES.

DEDICATORIA.

Á tí, con quièn mi amor en algun dia
De mi albogue al compas triste cantaba,
Y tu voz sus cadencias alternaba,
Cual éco que mis ayes repetia:

Á tí, que de mis penas la porfia
Por la estrecha amistad que nos ligaba,
De suerte el corazon te traspasaba,
Que la llorabas tuya, siendo mia:

Á tí, Berardo, á tí justo es resuelva
Dedicar este afan, corto servicio,
Porque así á respirar contigo vuelva:

Acepta, pues, de amor el sacrificio
En versos que las ninfas de la selva
Escucharon de Mopso y de Fenicio.

ÉGLOGA.

POETA, MOPSO, FENICIO.

POETA.

Ya las nocturnas aves
Del monte horrorizaban la espesura
Con sus lamentos graves,
Y el negro velo de la noche oscura
Bajando de la lóbrega montaña
Se estendia á la rústica cabaña:
Cuando Fenicio herido
Del acerbo dolor que le atormenta,
Del mal entretejido
Alvergue pastoral triste se ausenta,
Para dar sin medida á su quebranto
El infeliz consuelo de su llanto.

Un cayado grosero
Su débil contestura sustentaba,
El rostro lastimero
Sobre el cansado pecho reclinaba,
Y ácia al suelo doblando su estatura,
Un espectáculo era de ternura.
En traza tan penosa
Poco á poco los pasos dirijia
Á la montaña umbrosa,
Y en llegando á su espesa serrania,
De esta suerte, sentándose en un tronco,
Desató de su voz el éco ronco.

FENICIO.

¡Oh noche, á mi tristeza acomodada!
¡Asilo de mi grande sentimiento!
Á tu silencio solo revelada
La causa puede ser de mi tormento:
Diga pues mi dolor la voz cansada,
Y salga de este pecho el mal que siento:

Siendo testigos las montañas rudas,
Las peñas sordas, y las selvas mudas.

Que aunque siempre serán quejas en vano,
Pues mi mal ¡ay de mí! no tiene cura;
No sé qué de consuelo el pecho humano
Siente con espresar lo que le apura:
Hable pues de mi dueño que tirano
Mi pena, mi dolor, mi mal procura:
De Dóris, sí, de Dóris tanta mengua
Que siente el corazon diga la lengua.

¿Qué motivo ¡ay dolor! ingrata fiera,
Pudo dar ocasion á tal desvio,
Que ofendiendo mi amor y fé sincera
Sujetas á otro amante tu alvedrio?
¿Por ventura no soy el que antes era?
¿Pues como ya te enfada el amor mio?
¿Como así con tan súbita mudanza
Muere tu amor, acaba mi esperanza?

¿Á donde está el amor y la fé pura
Que en aras de tu pecho me juraste?
¿Á donde retiraste mi ventura,
Y de mí tan cruelmente la apartaste?

Salid alegres á las verdes ramas:
Desatad vuestros músicos acentos,
Y esparcid en los vientos
Vuestra sonora plácida armonia,
Pues ha llegado la zagala mia.
Salid ya del establo, corderillos,
Que en el campo os espera
Produccion olorosa de tomillos,
Que con Clori os envió la primavera.
Subid al monte, bajad á la ribera:
Dad saltos de alegria,
Pues ha llegado la zagala mia.
Amantes zagalejas,
Que en el fértil sembrado de amapolas
Soleis cantar á solas
De un mal pagado amor las tiernas quejas,
Vuestros amargos lloros
Conviértanse hoy en cánticos sonoros
De alegre melodia,
Pues ha llegado la zagala mia.
Templad los agradables caramillos,
Porque en lo mas sabroso de la siesta,

Músicos pastorcillos,
Harémos nuestro baile en la floresta
Á la usanza de simple serrania,
Pues ha llegado la zagala mia.

POETA.

Á seguir iba Silvio; pero viendo
La carroza del sol, que iba subiendo,
Se retira á su albergue en compañía
De Clori, y observando los pastores
Sus festivos empeños,
Se dispusieron todos á porfía,
Para alcanzar favores
De sus hermosos dueños:
Y á la siesta en el campo se juntaron,
Y *la vuelta de Clori* celebraron.

SONETOS.

SONETO I.

Influjo del amor, imitándo el artificio del primer soneto de Don Tomás de Iriarte.

Célebres calles de la corte indiana,
Grandes plazas, soberbios edificios,
Templos de milagrosos frontispicios,
Elevados torreones de arte ufana.

Altos palacios de la gloria humana,
Fuentes de primorosos artificios,
Chapiteles, pirámides, hospicios,
Que arguyen la grandeza americana:

¡Oh México! sin duda yo gozara
Del gusto que me brinda tu grandeza,
Si causa superior no lo estorbara.

De tu suelo me arranca con presteza
El suave influjo de la dulce cara
De una agraciada rústica belleza.

SONETO II.

Recuerdos tristes.

Cuando tu blanca frente yo ceñia
De yedra azul, y de encarnada rosa,
Cuando en el fértil prado, y selva umbrosa
Mil cariños muy dulces te decia:

Cuando de agreste flauta me servia
Para cantar tu cara milagrosa,
Cuando en nuestra cabaña venturosa
Me nombraba por tuyo, y tú por mia:

Cuando.... mas no, no quieras, Clori amada,
Que refiera mas gustos, pues no intento
Que gima la memoria lastimada:

Iba á decirte, que en aquel momento
Que recuerdo la vida ya pasada,
Ne sé como no muero de tormento.

SONETO III.

Á Clorila en tres meses de ausencia.

Tres casas visitó, Clorila hermosa,
El sol dorado desde el triste dia
Que á mis ojos robaron su alegria
Con privarlos de ver tu luz preciosa.

Desde entónces ¡ay triste! no hallo cosa
Que no sea de dolor al alma mia,
Y los males parece que á porfia
Me disponen la vida mas penosa.

Mas si deben hallar correspondencia,
Cuando los tiempos entren en bonanza,
Los males rigurosos de la ausencia,

Consuélame, Clorila, la esperanza
De que tu dulce y celestial presencia
Sanará mis dolencias sin tardanza.

SONETO IV.

El deseo.

Con alas vuelo de inmortal deseo
Al campo de mi grata pastorcilla:
Flores la hallo cojiendo ácia la orilla
De una fuente que es todo su recreo:

En su falda las echa; yo la veo
Cortar de verde sauce una ramilla,
Y con nardo, violeta, y maravilla,
Una guirnalda trenza con aseo.

Cuando en sus hebras de oro la ponia,
Los pájaros cantaron dulcemente,
Juzgando que era la alba que salia:

Esto cantaba Silvio estando ausente,
Y ansioso de la alegre compañía
De Clorila, á quien ama tiernamente.

SONETO V.

El sueño en el dia de Clori.

Estando ausente de mi Clori amada,
Y llegado que fué su alegre dia,
Púsome en su sabrosa compañia
Dormido, la vision mas regalada.

En mi amoroso pecho reclinada,
Los requiebros mas dulces le decia:
Ella con blanda voz me respondia
En su lábio de rosa embalsamada.

Parecíame mirarla con los ojos:
Mas tocado de envidia el dios Morfeo,
Tuvo zelos, no hay duda, y diome enojos:

Y del éstasi, Clori, en que te veo,
Vuelvo ¡ay triste! llorando los despojos
Con que el sueño engañaba á mi deseo.

SONETO VI.

El ruego amoroso.

Acaba de llegar, zagala mia,
Al delicioso campo, dó te espera
El blando resplandor, la luz primera
Del muy risueño, del reciente dia.

¡Si llegases ahora! ¡qué alegria
Por todo el ancho valle se esparciera!
Con frescas rosas la alma primavera
Tus sienes al instante ceñiria.

Cantárate de amor requiebros suaves,
Con cántico mas dulce que á la aurora
El coro alegre de las dulces aves....

Qué ¿no llegas, bellísima pastora?
Acaba de aliviar las penas graves
Del triste Silvio que tu ausencia llora.

SONETO VII.

Resolucion del amor.

En el funesto potro de una cama,
Que el impulso del mal labró violento:
Á las sangrientas manos del tormento,
Ó la muerte, ó la vida un triste llama:

Los que escuchan las voces con que esclama,
Á delirio atribuyen su lamento;
Mas yo que á semejanza suya siento,
Tengo por bien el mal que ansioso clama.

Pues aunque el fin mortal le atemoriza,
No logrando descanso, mira cierto
Que en su dolor la muerte se eterniza:

Así mi corazon del fin incierto,
Cuando enfermo de amor triste agoniza,
De una vez quiere ser, ó vivo, ó muerto.

SONETO VIII.

La separacion de Clorila.

Luego que de la noche el negro velo
Por la espaciosa selva se ha estendido,
Parece que de luto se han vestido
Las bellas flores del ameno suelo.

Callan las aves, y con tardo vuelo
Cada cual se retira al dulce nido:
¡Qué silencio en el valle se ha esparcido!
Todo suscita un triste desconsuelo.

Solo del Buho se oye el ronco acento,
De la Lechuza el éco quebrantado,
Y el medroso ladrar del Can hambriento.

Queda el mundo en tristeza sepultado,
Como mi corazon, en el momento
Que se aparta Clorila de mi lado.

SONETO IX.

La triste ausencia.

Su manto recogió la noche oscura
Que cobijaba al mundo tristemente,
Y abriéndose las puertas del oriente
Se asoma á su balcon la aurora pura.

De la fresca arboleda en la espesura
Los zéfiros susurran blandamente:
Desata el arroyuelo su corriente,
Y por márgenes verdes se apresura:

Sus fragancias respiran flores suaves,
Y llenando los vientos de armonia
Requiebros trinan las parleras aves:

Todo el mundo se llena de alegria:
Ménos yo, que en mis penas siempre graves,
Ausente estoy de la zagala mia.

Entónces, Mopso, cuando está mas viva
La llama de mi amor, cuando mas fuerte
Agita el alma, de mi bien me priva
Crüel influjo de mi mala suerte:
Y entónces ¡ay de mí! Dóris esquiva,
Parece que en mi ausencia ve mi muerte,
Pues violando el amor y la fé pura
Mancha con otro dueño su hermosura.

Cuando perdida advierto yo su gracia,
Y el rigor á que ingrata me condena;
Y veo de mi amor la ineficacia,
Y en otros brazos la contemplo agena,
Crece tanto el dolor de mi desgracia,
Y de su ingratitud la grave pena,
Que levanto la voz de mis querellas
Hasta herir esa bóveda de estrellas.

Sí, Mopso, cuando yo su mal recuerdo,
Cual por el monte fiera embravecida,
Las plantas trozo, los peñascos muerdo,
Procurando acabar mi amarga vida:
Me falta la razon, el juicio pierdo:
Y enferma el alma con mortal herida,

No sé como despojo de mi saña
No encuentro mi sepulcro en la montaña.
Pluguiera al cielo que de sus enojos
(Antes que de mi Dóris las estrellas
Hubiera visto de sus negros ojos)
Me hubiesen abrazado las centellas:
Pues ahora que contempló los despojos
Que el amor me ofreció en sus luces bellas.
Tan sin remedio en otro dueño, quedo.....
Quedo..... como esplicarte yo no puedo.

MOPSO.

Hazte, Fenicio amigo, hazte violencia
Para romper los lazos amorosos:
Á tu ayuda se mira ya la ausencia
Despues de largos tiempos perezosos:
Pon tu aficion en otra, y la esperiencia
Efectos te hará ver maravillosos:
Estos son contra amor seguros medios,
Y de su mal los únicos remedios.

FENICIO.

De mi pecho confieso que debiera
Arrancar su retrato soberano;
Pero helara la alegre primavera,
Floreciera el invierno triste y cano,
Esta montaña abajo se viniera,
Igualando sus cumbres con el llano,
Ántes que, de mi agravio satisfecho,
Sacara su retrato de mi pecho.
Tu consejo, no hay duda, atiendo grato;
Mas quererlo llevar á buen efecto
Es imposible, Mopso, y así trato
Acabar á los yerros de mi afecto:
Bruto soy en querer á un dueño ingrato;
Aunque como hombre culpo su defecto:
Mas adorando á Dóris, no disputo
Sobre si bien soy hombre, ó bien soy bruto.

MOPSO.

Fuerza será dejarte en tu locura
Cuando el tirano amor te tiene ciego:
No tienes ¡ay de tí! no tienes cura,
Á mi consejo opuesto, y á mi ruego:
Mas si algo te merece mi ternura
Á mi cabaña ven conmigo luego:

FENICIO.

Cuanto fuere tu gusto á mi alma pide;
Ménos el que de Dóris cruel se olvide.
Que aunque me aviente la fortuna airada
Á la region ardiente, ó á la fria,
Y la esperanza llore retirada
De volverla á gozar en algun dia,
En mi memoria siempre colocada
El ídolo será de la alma mia:
Así Dóris verá por mis amores
El amante mas fiel de los pastores.

POETA.

La carroza dorada
Del inflamado intrépido Faetonte
Rodaba acelerada
Tras de las cumbres del soberbio monte,
Sepultando sus rayos carmesies
Entre nubes de rosas y alelíes:
Cuando los dos zagales,
Dejando del desierto la aspereza,
Sus amorosos males
Cantabán por alivio á su tristeza:
Costumbre muy antigua en los pastores
En triste soledad cantar amores.
Al alvergue llegáron
Habiéndose ocultado el febeo coche
Entre las que bajaron
Oscuras sombras de la negra noche,
Y entónces cada cual se recogia
En su pajizo lecho hasta otro dia.

ÉGLOGA SEGUNDA.

LA PASTORA MAS FIEL

DE LA CABAÑA.

DEDICATORIA.

Fileno, sábio pastor,
si á tí se quejó algun dia,
como sé, la Dóris mia,
de que olvidaba su amor;
Oye en mi voz su dolor;
mas sin hacer de esto juicio,
pues si del triste Fenicio
llega á tí la voz confusa,
es, porque quiere mi musa
hacerte algun sacrificio.

SONETO X.

Á la vuelta de Clori.

Ya vuelve la deseada primavera
En alas de los blandos zefirillos
Y el coro de los dulces pajarillos
Con su voz la saluda lisonjera.

Del abundoso rio la ribera
Atrae con el olor de sus tomillos
Á los simples y mansos corderillos
Que fatigan del monte la ladera.

Su zampoña el pastor ya templa ufano
Para cantar amores con terneza
Á su zagala por el verde llano.

Se alegra la comun naturaleza
Cuando vuelve la ninfa del verano,
Como yo cuando vuelve tu belleza.

SONETO XI.

Á Clori en el campo.

Á dó quiera que vuelve el rostro hermoso,
El rostro celestial la Clori mia,
Esparce con sus ojos la alegria:
Tal es de alegre su mirar gracioso.

Un caos pareciame tenebroso
El campo, cuando á verme aun no salia;
Mas despues que asomó su claro dia,
Me parece un oriente luminoso.

¡Ay! mírame, zagala; y tus ojuelos,
Con cuyas blandas luces resplandeces,
No los cubra la ausencia con sus velos:

¡Ay! mírame otra vez, y otras mil veces,
Que el sol no es tan alegre por los cielos,
Como tú por los campos me pareces.

Á la margen se sienta
De un arroyuelo, músico del prado,
Y á su compas atenta,
De congojas el pecho traspasado,
El silencio rompió, dando á los vientos
Estos de su dolor tristes acentos.

DÓRIS.

Aquí la vez primera
Fenicio me ofreció tiernos amores;
Y aquí la vez postrera
Ha de ser de mi vida y sus rigores:
Que este lugar destina la cruel suerte
Por teatro de mi vida, y de mi muerte.
Vosotras, flores bellas,
Que de Fenicio visteis las caricias,
Y vosotras, estrellas,
Que envidiasteis acaso mis delicias,
¿No os mueve á compasion tan cruel mudanza
Que acaba con su amor y mi esperanza?

Fenicio, ya estés ahora
Ofreciendo tu afecto en los altares
De otra incauta pastora,
Ó ya estés entonándole cantares,
Despues de haber llevado sus ovejas;
Como quiera que estés, oye mis quejas.
Si á tan mortal olvido
Habias de condenarme, ¿por qué, fiero,
Mostrándote rendido
Me ofreciste un amor tan lisonjero?
Ó si es verdad que entónces me querias,
¿Donde está aquel amor que me decias?
Luego ya por ingrato
Desde hoy en adelante he de tenerte,
Pues tu engañoso trato
No me dicta juzgarte de otra suerte:
Mas ¿qué satisfaccion, qué recompensa
Puede ser de mi mal y de tu ofensa?
Si mientras ofendida
Yo te culpo de infiel, tú en otro empeño
Acabas con mi vida,
¿Como será posible, ingrato dueño,

Que de mi antigua paz la dulce calma
Vuelva á la posesion de toda mi alma?
No, Fenicio, no es dable
Que de mi pecho arranque los rezelos,
Con que se hace implacable
La guerra cruda de continuos zelos:
Yo me siento morir, si de mis males
No se duelen los dioses celestiales.
¡Cuanto mejor me estaba
No haber correspondido á las finezas
Con que me señalaba
Otro tiempo tu amor entre bellezas!
Quizá no echara ménos la alma mia
El sosiego que tuvo en algun dia.
¡Oh tiempo venturoso
Ántes que yo á Fenicio conociera!
¡Tiempo! ¡tiempo dichoso
Que me veia con cara placentera,
Cuando de aquel arroyo en las orillas
Triscaba con las otras pastorcillas!
Mas hoy aprisionado
Mi desgraciado amor se llora ciego;

Y en un mar alterado
Bebiendo sin cesar olas de fuego
Naufraga la razon: ¡cuanto perjuicio
El engaño me trajo de Fenicio!
¡Oh vosotras, deidades,
Que cuidais de estos páramos sombríos,
Y de estas soledades
Dedicados teneis los sacros rios,
Si os mueven mi dolor y mis pesares,
Sacrificio seré á vuestros altares.
Vosotras, sí, por quienes
Tantas veces Fenicio me juraba
Sus afectuosos bienes,
Mirad que vuestro honor se menoscaba,
Si de mi triste voz las grandes quejas
No mueven á piedad vuestras orejas.
Y pues que de Fenicio
Contra vos se declaran las ofensas,
Recóbrese mi juicio,
Que el ingrato tendrá las recompensas
En celestiales iras. Entretanto
Calme el dolor, enjúguese mi llanto.

Mas ¡ay! almas deidades,
Suspended vuestro brazo vengativo;
No mis penalidades
De su desgracia sean triste motivo;
Mas ántes pague yo vuestros enojos,
Y vuelvan á llorar mis turbios ojos.

POETA.

Aquí la voz doliente
Con los tiernos suspiros se embargaba;
Pero el llanto elocüente
Que en sus mejillas rojas derramaba,
Para afear de Fenicio los agravios,
Hizo las veces de sus bellos lábios.
Clamorosos gemidos
Y lastimosos ayes traspasaban,
Por el aire impelidos,
Las débiles paredes que formaban
Una cercana choza en que vivia
La amiga mas discreta que tenia.

Esta era Filomena,
Con quien habia otras veces conferido
La causa de su pena,
Y la que habiendo el éco conocido
De su amiga, dejó la dulce cama,
Llevada del acento que la llama.
Presa la halló en los lazos
De un violento desmayo, por el suelo:
Tómala entre sus brazos,
Y procurando darle algun consuelo,
Despues que ya del éxtasi volvia,
Así con blandas voces le decia:

FILOMENA.

¿Hasta cuando tus ojos
Dejarán de llorar, Dóris querida,
Los injustos enojos
Con que Fenicio cruel te tiene herida?
¿Hasta cuando tendrán con tus lamentos
Lúgubres quejas los sonoros vientos?

SONETO XII.

Las trampas de la cautela.

Con sus pintadas alas rasga el viento
De libertad gozando un pajarillo,
Y cantando desde un verde arbolillo
Participa á los prados su contento:

Pero apenas desata el dulce acento,
Y el agradable son de su piquillo,
Cuando el mas cauteloso pastorcillo
Mil redes le dispone aquel momento.

Á cautiverio duro reducido,
Melancólico, triste, y pesaroso,
En lágrimas su canto ha convertido:

¡Ah pajarillo incauto! riguroso
Es tu estado infeliz, porque has caido
Como yo, en la red del cauteloso.

SONETO XIII.

De agradecimiento.

No necesitas, no, niña preciosa,
De tu garbo, donaire y gentileza:
Para ser estimada con presteza,
Eres á mas de linda, muy graciosa.

Estando en la ciudad mas populosa,
Cual viajante, que yerra en la maleza,
Mereció mi cariño tu terneza:
¿Puede darse entre dichas mayor cosa?

Mil gracias te repito cada dia,
En la noche, en la tarde, en la mañana,
Recorriendo tu amor y gallardia:

Y á pesar de la ausencia mas tirana,
Un altar te levanto en la alma mia,
Donde adoro tu imágen soberana.

SONETO XIV.

De la hermosura.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
Con las perlas del alba enriquecida,
Y en trono de esmeraldas, tan erguida
Que parece del campo soberana.

No tarda, aunque la miras tan ufana,
En verse por los vientos sacudida,
Y advertirás entónces convertida
En mustia palidez su hermosa grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
Cual si de eterna fuese su esperanza,
Te adorna de gallarda gentileza;

Pero vendrá la muerte sin tardanza,
Y marchito el verdor de su entereza,
Del trono la hará caer de la privanza.

DÓRIS.

Antes con la memoria
De mi pasado bien, mi mal se aumenta,
Y perdida mi gloria,
Un infierno á los ojos se presenta.
¿Quien, Filomena amiga, quien pensara
Que mi gloria en infierno se trocara?

FILOMENA.

Si de las sugestiones
Del amor en el pecho de quien ama
No triunfan las razones,
Emprendo inútil apagar tu llama;
Pero ya es hora de buscar sosiego
En nuestras dulces camas.

DÓRIS.

Vamos luego.

SONETO XVI.

Clori á Lisi.

¿Para qué, bella Lisi, el triste caso
De la parca fatal tu musa entona,
Si con lúgubres metros me ocasiona
Recuerdos de mi *mona* en el ocaso?

No llores, Lisi; mas si el llanto acaso
De justicia se debe á su persona,
Llorémos ambas mi difunta *mona*,
Llevándola con versos al parnaso.

Mientras vivió ¡memoria lastimera!
Nos halagaba, acaso agradecida,
Si no á nosotras, al durazno ó pera:

Y al hacernos su eterna despedida,
Nos recordó en su escena postrimera,
Lo que somos ¡ay Lisi! en esta vida.

SONETO XVII.

Contra el amor comun.

Tienes una alma, Gil, tan afectuosa,
Que con el ciego dios hace pareja,
Ni hace gesto á la moza, ni á la vieja,
Quiere tanto á la fea, como á la hermosa.

¡Dichosa ella mil veces! sí, dichosa,
Que entre buenas y malas se festeja,
Conforme con el uso de la abeja,
Que no hace entre las flores otra cosa.

Pero cuidado, Gil, que si examinas
Tus vuelos á los suyos inferiores,
Acaso temerás funestas ruinas:

Que en el campo comun de los amores
Como tambien hay flores con espinas,
Puedes llorar picado entre las flores.

De una estrecha amistad mas que otra alguna?
¿Conque dejas por último mis brazos?
¿Los dulces brazos de tu Silvio dejas?
¿Dejas mi corazon que por la boca
Repitiéndote está sus blandas quejas?
¿Te has transformado acaso en dura roca,
Que dejas á tu Silvio en triste calma
Sin su Clori? ¿sin tí? ¿sin toda su alma?
Mas ¡ay! que si la estrella
De mis brazos te arranca, ¿por qué lloro
Motivos que no das, mi Clori bella?
La estrella me arrebata el bien que adoro.
Á Dios, Clori,.... ¿te vas? sí, que la suerte
Con tu ausencia procura......
Procura..... ¡ay! sí, procura darme muerte,
Privándome de toda mi dulzura.
Y puesto que la fuerza
La incontrastable fuerza del destino
No hay brazo que la tuerza,
Anda, mi Clori, empieza tu camino.
Mas no, Clori, te aguarda:
¿Olvidarás de Silvio la ternura,

Si acaso para verte el tiempo tarda?
¿Olvidarás que ha sido tu hermosura,
Tantas dichosas veces adorada,
En lo mejor de su alma colocada?
No lo permitas, Clori, ¡ay! ten presentes
Del corazon mas fiel tantos amores,
Que á prueba de otros muchos pretendientes,
Envidiosos pastores,
Me hicieron dueño al fin de tus favores.
Sí, Clori: que aunque ausentes
Estémos, y en las tierras mas distantes,
Yo te prometo, por aquella gloria
Que me causó el triunfar de tus amantes,
El que siempre estarás en mi memoria.....
En mi memoria, siempre agradecida
Al honesto recato
De tu amoroso trato;
Y muy reconocida
Á la sagrada fe comprometida.
Con juramentos tantos,
Que por los dioses santos
Hicimos, cuando en mas dichoso dia

Yo me nombré por tuyo, y tú por mia.
¿Lloras, mi Clori? no, no tus ojuelos,
Corriendo en tus mejillas,
Como dos arroyuelos,
Se arrebaten las tiernas florecillas.
¡Ay! véncete á mi ruego:
No eclipses de tu cielo peregrino
En cada niña un sol de blando fuego:
No llores, Clori, sigue tu camino.

POETA.

Con estas espresiones de ternura
Silvio de su zagala se despide,
Quien con llanto esplicaba su amargura,
Que á su lábio de rosa hablar impide:
Danse el postrer abrazo;
Y desunido el amoroso lazo,
Los últimos á dioses se dijeron
Con ayes tan del alma prorrumpidos,
Que las Driadas y Faunos se movieron,
Y en écos repetidos
Desde sus hondas cuevas respondieron.

ÉGLOGA CUARTA.

Llora Silvio la ausencia de Clori.

SILVIO, POETA.



POETA.

Como suele el amante pajarillo,
Para aliviar su corazon doliente,
Quejarse sobre algun verde arbolillo
Á su consorte ausente:
El triste Silvio sin su Clori amada
Llora su desventura,
Y en el silencio de la noche oscura
De este modo su pena fué espresada.

SILVIO.

La cara trocó el mundo:
Y así como en la noche oscura y triste,
Un estraño silencio el mas profundo
Respira el campo desque tú te fuiste.
Ya no alegra la luz que la alba embia,
Ni las aves canoras
Su voz desatan ya con alegria.
Tristes corren las fuentes mas sonoras,
Y aun las flores ya niegan su fragancia.
Con razon la distancia,
Que nos separa causa mis desvelos.
¡Oh si te viese ahora,
Bellísima pastora!
¡Ay! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.
No me cabe el dolor dentro del pecho,
Serranilla graciosa,
Cuando pongo los ojos en el techo.

De tu mandra (1) dichosa:
Ya no se ve blanquear, como solia,
Con tantas palomitas melindrosas:
Que como echaron ménos tu presencia,
Quizá á buscar se fueron su alegria.
Si estuviesen, aun creo que llorosas
Al triste Silvio hicieran compañia.
Date prisa á volver, zagala mia.
¡Ay! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.
Tus mansas inocentes corderitas
Ni se alegran, ni buscan por el prado
Como de antes las nuevas yerbecitas.
¡Pobrecillo ¡ay! sin tí de tu ganado!
Y cuando llega la hora
Que del redil las saque su pastora,
La llaman con tristísimos balidos:
Á tan grande dolor les acompaña
Con écos repetidos.

(1.) *Mandra*, albergue pastoral. A.

SONETO XVIII.

Á Fileno.

Cuando por una estrella venturosa
Juntado el cielo santo nos habia,
Viviamos en acorde compañia
En esa para mí ciudad dichosa;

Mas despues que la suerte rigurosa
Á esta corte de México me envia,
Ya parece que pierde su armonia
Nuestra amistad sagrada y deliciosa.

Debieras ser, Fileno, mas amante,
Y con franco papel estar conmigo,
Como yo estoy contigo, aunque distante.

¿Te ofendo, mi Fileno, en lo que digo?
Pues prometo la enmienda en el instante
Que escribas con mas ganas á tu amigo.

ÍNDICE

DE LAS POESIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

LAS FLORES DE CLÓRILA.

ÉGLOGA QUINTA.

Celebra Silvio la vuelta de Clori.

SILVIO, POETA.



POETA.

Ya de los montes el invierno cano
Retirado se habia,
Cuando Silvio volvia
Á ver de Clori el rostro soberano.
De su torneada mano,
Que á la boca llevaba muchas veces
Con gratas sencilleces,
Cariñoso la toma:
Sobre la verde yerba de una loma
La sienta, y á su lado

La requiebra, cual suele en el techado
Simple palomo á cándida paloma.

SILVIO.

Bellísima serrana,
Prodigio celestial, todo bien mio,
Grata á mis ojos mas que en la mañana
Á las sedientas flores el rocio:
Pasó la noche oscura,
Que lloraba con lágrimas eternas:
El suave resplandor, las luces tiernas
De tu blanda hermosura
Disipa mi tristeza:
Igual es tu belleza
Á la que tiene la rosada aurora,
Cuando, rompiendo los nocturnos velos,
Alegra los espacios de los cielos,
Y las coronas de los montes dora.
Pajaros dulces, que en pajizas camas
Gratas consortes requebrais contentos,

Salid alegres á las verdes ramas:
Desatad vuestros músicos acentos,
Y esparcid en los vientos
Vuestra sonora plácida armonia,
Pues ha llegado la zagala mia.
  Salid ya del establo, corderillos,
Que en el campo os espera
Produccion olorosa de tomillos,
Que con Clori os envió la primavera.
Subid al montè, bajad á la ribera:
Dad saltos de alegria,
Pues ha llegado la zagala mia.
  Amantes zagalejas,
Que en el fértil sembrado de amapolas
Soleis cantar á solas
De un mal pagado amor las tiernas quejas,
Vuestros amargos lloros
Conviértanse hoy en cánticos sonoros
De alegre melodia,
Pues ha llegado la zagala mia.
  Templad los agradables caramillos,
Porque en lo mas sabroso de la siesta,

Músicos pastorcillos,
Harémos nuestro baile en la floresta
Á la usanza de simple serrania,
Pues ha llegado la zagala mia.

POETA.

Á seguir iba Silvio; pero viendo
La carroza del sol, que iba subiendo,
Se retira á su albergue en compañia
De Clori, y observando los pastores
Sus festivos empeños,
Se dispusieron todos á porfia,
Para alcanzar favores
De sus hermosos dueños:
Y á la siesta en el campo se juntaron,
Y *la vuelta de Clori* celebraron.

SONETOS.

SONETO I.

Influjo del amor, imitándo el artificio del primer soneto de Don Tomás de Iriarte.

Célebres calles de la corte indiana,
Grandes plazas, soberbios edificios,
Templos de milagrosos frontispicios,
Elevados torreones de arte ufana.

Altos palacios de la gloria humana,
Fuentes de primorosos artificios,
Chapiteles, pirámides, hospicios,
Que arguyen la grandeza americana:

¡Oh México! sin duda yo gozara
Del gusto que me brinda tu grandeza,
Si causa superior no lo estorbara.

De tu suelo me arranca con presteza
El suave influjo de la dulce cara
De una agraciada rústica belleza.

LA INOCENCIA.

LA MÚSICA DE CELIA.

LA POLLITA DE CLORI.

SONETO IV.

El deseo.

Con alas vuelo de inmortal deseo
Al campo de mi grata pastorcilla:
Flores la hallo cojiendo ácia la orilla
De una fuente que es todo su recreo:

En su falda las echa; yo la veo
Cortar de verde sauce una ramilla,
Y con nardo, violeta, y maravilla,
Una guirnalda trenza con aseo.

Cuando en sus hebras de oro la ponia,
Los pájaros cantaron dulcemente,
Juzgando que era la alba que salia:

Esto cantaba Silvio estando ausente,
Y ansioso de la alegre compañia
De Clorila, á quien ama tiernamente.

SONETO V.

El sueño en el dia de Clori.

Estando ausente de mi Clori amada,
Y llegado que fué su alegre dia,
Púsome en su sabrosa compañía
Dormido, la vision mas regalada.

En mi amoroso pecho reclinada,
Los requiebros mas dulces le decia:
Ella con blanda voz me respondia
En su lábio de rosa embalsamada.

Parecíame mirarla con los ojos:
Mas tocado de envidia el dios Morfeo,
Tuvo zelos, no hay duda, y diome enojos:

Y del éstasi, Clori, en que te véo,
Vuelvo ¡ay triste! llorando los despojos
Con que el sueño engañaba á mi deseo.

SONETO VI.

El ruego amoroso.

Acaba de llegar, zagala mia,
Al delicioso campo, dó te espera
El blando resplandor, la luz primera
Del muy risueño, del reciente dia.

¡Si llegases ahora! ¡qué alegria
Por todo el ancho valle se esparciera!
Con frescas rosas la alma primavera
Tus sienes al instante ceñiria.

Cantárate de amor requiebros suaves,
Con cántico mas dulce que á la aurora
El coro alegre de las dulces aves....

Qué ¿no llegas, bellísima pastora?
Acaba de aliviar las penas graves
Del triste Silvio que tu ausencia llora.

SONETO VII.

Resolucion del amor.

En el funesto potro de una cama,
Que el impulso del mal labró violento:
Á las sangrientas manos del tormento,
Ó la muerte, ó la vida un triste llama:

Los que escuchan las voces con que esclama,
Á delirio atribuyen su lamento;
Mas yo que á semejanza suya siento,
Tengo por bien el mal que ansioso clama.

Pues aunque el fin mortal le atemoriza,
No logrando descanso, mira cierto
Que en su dolor la muerte se eterniza:

Así mi corazon del fin incierto,
Cuando enfermo de amor triste agoniza,
De una vez quiere ser, ó vivo, ó muerto.

SONETO VIII.

La separacion de Clorila.

Luego que de la noche el negro velo
Por la espaciosa selva se ha estendido,
Parece que de luto se han vestido
Las bellas flores del ameno suelo.

Callan las aves, y con tardo vuelo
Cada cual se retira al dulce nido:
¡Qué silencio en el valle se ha esparcido!
Todo suscita un triste desconsuelo.

Solo del Buho se oye el ronco acento,
De la Lechuza el éco quebrantado,
Y el medroso ladrar del Can hambriento.

Queda el mundo en tristeza sepultado,
Como mi corazon, en el momento
Que se aparta Clorila de mi lado.

SONETO IX.

La triste ausencia.

Su manto recogió la noche oscura
Que cobijaba al mundo tristemente,
Y abriéndose las puertas del oriente
Se asoma á su balcon la aurora pura.

De la fresca arboleda en la espesura
Los zéfiros susurran blandamente:
Desata el arroyuelo su corriente,
Y por márgenes verdes se apresura:

Sus fragancias respiran flores suaves,
Y llenando los vientos de armonia
Requiebros trinan las parleras aves:

Todo el mundo se llena de alegria:
Ménos yo, que en mis penas siempre graves,
Ausente estoy de la zagala mia.

TRADUCCION DE UNOS VERSOS

DE ANGELO POLICIANO.

ODAS Á DIVERSOS ASUNTOS.

TRES JUGUETILLOS Á CLORILA.

DOS TRADUCCIONES DE UNOS VERSOS

DE GALO.

SONETO XIV.

De la hermosura.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
Con las perlas del alba enriquecida,
Y en trono de esmeraldas, tan erguida
Que parece del campo soberana.

No tarda, aunque la miras tan ufana,
En verse por los vientos sacudida,
Y advertirás entónces convertida
En mustia palidez su hermosa grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
Cual si de eterna fuese su esperanza,
Te adorna de gallarda gentileza;

Pero vendrá la muerte sin tardanza,
Y marchito el verdor de su entereza,
Del trono la hará caer de la privanza.

SONETO XV.

De la juventud.

¿No ves ese clavel ya deshojado,
Por la crueldad del cierzo enfurecido:
Tan muerto, que parece enternecido
Las exequias le canta triste el prado?

Pues ayer se ostentó tan encarnado,
Tan fragante, tan verde, tan lucido,
Que entre el vistoso ejército florido,
Por galan de la selva fué estimado.

Así será tu muerte lastimosa,
Y no tarde tampoco; aunque reflejo,
Que presumes de una alma muy fogosa.

¡Pronóstico fatal! mas te aconsejo,
En premio del retrato de la rosa,
Que este clavel te pongas por espejo.

SONETO XVI.

Clori á Lisi.

¿Para qué, bella Lisi, el triste caso
De la parca fatal tu musa entona,
Si con lúgubres metros me ocasiona
Recuerdos de mi *mona* en el ocaso?

No llores, Lisi; mas si el llanto acaso
De justicia se debe á su persona,
Llorémos ambas mi difunta *mona*,
Llevándola con versos al parnaso.

Mientras vivió ¡memoria lastimera!
Nos halagaba, acaso agradecida,
Si no á nosotras, al durazno ó pera:

Y al hacernos su eterna despedida,
Nos recordó en su escena postrimera,
Lo que somos ¡ay Lisi! en esta vida.

SONETO XVII.

Contra el amor comun.

Tienes una alma, Gil, tan afectuósa,
Que con el ciego dios hace pareja,
Ni hace gesto á la moza, ni á la vieja,
Quiere tanto á la fea, como á la hermosa.

¡Dichosa ella mil veces! sí, dichosa,
Que entre buenas y malas se festeja,
Conforme con el uso de la abeja,
Que no hace entre las flores otra cosa.

Pero cuidado, Gil, que si examinas
Tus vuelos á los suyos inferiores,
Acaso temerás funestas ruinas:

Que en el campo comun de los amores
Como tambien hay flores con espinas,
Puedes llorar picado entre las flores.

SONETO XVIII.

Á Fileno.

Cuando por una estrella venturosa
Juntado el cielo santo nos habia,
Viviamos en acorde compañia
En esa para mí ciudad dichosa;

Mas despues que la suerte rigurosa
Á esta corte de México me envia,
Ya parece que pierde su armonia
Nuestra amistad sagrada y deliciosa.

Debieras ser, Fileno, mas amante,
Y con franco papel estar conmigo,
Como yo estoy contigo, aunque distante.

¿Te ofendo, mi Fileno, en lo que digo?
Pues prometo la enmienda en el instante
Que escribas con mas ganas á tu amigo.

ÍNDICE

DE LAS POESIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

LAS FLORES DE CLÓRILA.

ÉGLOGAS.

SONETOS.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

TRADUCCION DE UNOS VERSOS

DE ANGELO POLICIANO.

ODAS Á DIVERSOS ASUNTOS.

ERRATAS

DE ESTE TOMO.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Debe decir.*
33.......	15.........	daban á	se daban en
203.......	8	ungido...	urgido.

NOTA.

En la *pág. 130.* debiéndose poner *Oda 11ª* se puso *Oda 12ª* por lo cual, esta y las cuatro que siguen, leanse con un número ménos del que representan.

DOS TRADUCCIONES DE UNOS VERSOS DE GALO.

ÉGLOGAS.

SONETOS.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ERRATAS

DE ESTE TOMO.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Debe decir.*
33.......	15.........	daban á	se daban en
203.......	8........	ungido...	urgido.

NOTA.

En la *pág. 130.* debiéndose poner *Oda 11ª* se puso *Oda 12ª* por lo cual, esta y las cuatro que siguen, leanse con un número ménos del que representan.

